



**UNIVERSIDAD
AUTÓNOMA
METROPOLITANA**
Unidad Iztapalapa

DIVISIÓN DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANIDADES



POSGRADO
**PSICOLOGÍA
SOCIAL**

**DIVISIÓN DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANIDADES
POSGRADO EN PSICOLOGÍA SOCIAL**

**“MOVERSE EN UN ORDEN NARCOPATRIARCAL: REPRESENTACIONES
SOCIALES Y PRÁCTICAS DE MOVILIDAD EN MUJERES UNIVERSITARIAS
DE CULIACÁN, SINALOA”**

**TESIS
QUE PARA OBTENER EL GRADO DE
MAESTRA EN PSICOLOGÍA SOCIAL**

PRESENTA

SUGHEY DANIELA CASTRO ANGULO

MATRÍCULA: 2233804201

ORCID: 0009-0009-8991-0943

CORREO: sugheycastroa@gmail.com

**DIRECTORA DE TESIS:
DRA. MARTHA LILIA DE ALBA GONZÁLEZ**

**JURADO
PRESIDENTA: DRA. PAULA CAROLINA SOTO VILLAGRÁN
SECRETARIA: DRA. MARTHA LILIA DE ALBA GONZÁLEZ
VOCAL: DRA. LILIAN PAOLA OVALLE MARROQUÍN
VOCAL: DRA. EDNA HERNÁNDEZ GONZÁLEZ**

IZTAPALAPA, CIUDAD DE MÉXICO A 2 DE DICIEMBRE DEL 2025

Salí de casa con la mirada arriba
y los ánimos abajo.
Las suelas de mis botas viejas
rozan el pavimento,
la fricción hace que me pregunte:

*¿Quién limpia la sangre en el asfalto,
derramada la noche anterior?*

Si es el agua de la lluvia,
qué remedio para el año de sequía.
pero aquí la lluvia puede estar maldita.
El río quiere retomar su forma.
Hace rato que sus corrientes
arrastran culpas.

*¿Quién limpia la sangre en el asfalto,
derramada la noche anterior?*

Si es el sol quien la seca,
qué tormento para las caminatas largas
qué gusto para los atardeceres al rojo vivo.
Hace rato que el cielo vespertino
parece recordar al infierno.

No hay remedio para las lluvias que ahogan,
ni para los soles que queman.
Debe haberlo, en cambio,
para la maldición.

Aquí no siempre fue infierno.

- S.C.

AGRADECIMIENTOS

Agradezco a la Secretaría de Ciencia, Humanidades, Tecnología e Innovación (SECIHTI) por el apoyo otorgado durante mis estudios de maestría y por el financiamiento de este trabajo de investigación. Agradezco también a la Universidad Autónoma Metropolitana y al Posgrado en Psicología Social por brindarme el espacio y las condiciones necesarias para desarrollar este proyecto durante los últimos dos años.

Quiero agradecer de manera especial a mi directora de tesis, la Dra. Martha De Alba, por su acompañamiento constante, su lectura atenta y su escucha cuidadosa. Por las conversaciones amenas y siempre enriquecedoras que hicieron de mi estancia en la maestría una experiencia más amable y estimulante. Gracias por alentarme a ser crítica, por enseñarme a construir desde el diálogo y a compartir las dudas, las inquietudes, los logros y los tropiezos. Por recordarme que el conocimiento se construye mejor cuando se comparte.

También extendo mi agradecimiento a mi comité, las doctoras Paula Soto, Paola Ovalle y Edna Hernández por su lectura atenta y acompañamiento, por su apertura al diálogo y por compartir su experiencia.

Agradezco a mis profesoras y profesores del Posgrado en Psicología Social, quienes a lo largo de este proceso contribuyeron de manera significativa a mi formación académica, desde una postura crítica y comprometida.

Extiendo mi agradecimiento a mis compañeras y compañeros del seminario de avances de investigación, por recibirme desde que este trabajo eran apenas ideas y preguntas vagas. Gracias por su escucha generosa, por compartir sus dudas, comentarios y recomendaciones, y por construir una comunidad, un espacio amable que hizo de esta experiencia mucho menos solitaria.

Agradezco siempre a mi mamá, Sughey, y a mi papá, Benjamín, por traerme y acompañarme hasta acá. Por alentarme siempre a soñar, a imaginar y a atreverme a hacer las cosas, por respetar mis decisiones, incluso cuando eso ha significado alejarme de casa. Gracias por sostenerme todos estos años, desde aquella niña que soñaba con ser científica. Por enseñarme que podía convertir mis preguntas en camino y mi curiosidad en horizonte.

Mi gratitud siempre a mis hermanas, Fer y Mayli. Por hacerme reír y distraerme, aun cuando no debería. Por ser mi red de apoyo, mi espacio más seguro y mi aquelarre. Agradezco

sus ejemplos de vida y sus infinitas ganas de ayudar, crecer y aprender. De ustedes aprendo todos los días. A Piper, por desvelarse conmigo en las madrugadas de escritura.

No quiero dejar de agradecer a mis abuelas, Coqui y Tita, por ser el ejemplo de que se puede pasarla bien, romper esquemas y ser graciosas y libres de la forma más auténtica. A Coqui, por visitarme en la Ciudad de México, por llevarme de compras a Correo Mayor y enseñarme a explorar las ciudades. A mi Tita, por haberme alentado a postularme a un posgrado fuera de Sinaloa, aun en nuestros últimos días juntas. Por depositar su confianza en mí, por enseñarme que no hay por qué temer a hacer las cosas sola, que una puede llegar hasta donde quiera. Por presumir mis reconocimientos más que yo y por preocuparse porque aprendiera a cocinar comida sinaloense para mi vida de foránea (esto último aún no lo logro, quizá en un futuro, Tita).

Agradezco también a mi tía Bery, a Titi y a Fra, por estar siempre pendientes de mí durante la maestría. Por hacerme reír y acompañarme a la distancia. Por ser esa red de apoyo que tanto valoro y agradezco. Por organizar la carne asada cada vez que llegaba o me despedía de Culiacán.

A mis muy queridas amistades Moni, Gaby, Julio y Froi, les agradezco los años, las risas, las reuniones y los conciertos. Gracias por sus mensajes de apoyo y de ánimo para sobrellevar esta etapa, su amistad ha sido siempre un sustento, son mi familia. A Liz, por llegar y aceptarme en el momento más caótico de este proceso, por escucharme con paciencia y compartirme de su ternura infinita.

A mis amigas de la maestría, les agradezco por todo lo que me enseñaron y me siguen enseñando. A Ceci, por la confianza, las risas, las pláticas profundas y por recordarme que la rebeldía también puede ser ternura. A Giuli, por compartir su brillo, su conocimiento y su escucha siempre amable. A Mars, por su calidez, por regalar su amistad atenta, divertida y cercana. A Flor, por ser siempre una compañía serena, amable y por su escucha generosa. Conocerlas y compartir este espacio con ustedes ha sido lo más bonito de esta etapa. Agradezco además a mis compañeras y amigas del Posgrado en Psicología Social, a Lily, Dany, Nerea, Arely, por enseñarme que la academia es mejor cuando se comparte con amigas y se aprende con otras mujeres.

Extiendo mi agradecimiento al grupo de autocuidado, Ceci, Giuli, Mars y José. Les estaré siempre agradecida por el espacio que construimos, por sus comentarios sanadores,

sus porras, todos los pomodoros y las conversaciones compartidas. Fueron un alivio en los momentos de caos.

Quiero agradecer infinitamente al Laboratorio de Estudios Psicosociales de la Violencia y a todas las amistades y compañeras y compañeros que conocí ahí. Llevo su guía y acompañamiento en mi trayectoria académica a donde voy. Agradezco a César Burgos por su apoyo y escucha, por alentarme a superarme, a investigar desde una postura sensible y política, y por acompañarme antes y durante mi estancia en el posgrado. A Hiram Reyes, agradezco la confianza depositada en mí, su lectura atenta y sus consejos. También agradezco a Isabel Sánchez por su apoyo, sus invitaciones a participar en distintas actividades.

Agradezco también a mis compañeras y amigas en Sinaloa que, desde la academia y el activismo, trabajan incansable y valientemente por transformar los problemas que aquejan nuestra ciudad y nuestro estado. Las admiro, les aprendo y las reconozco a donde quiera que vaya.

Extiendo mi especial agradecimiento a las universitarias sinaloenses que, desde su interés y curiosidad, se acercaron, preguntaron y compartieron conmigo durante la elaboración de este trabajo. En especial a Vane, Aurora, Violeta, Susana, Nat, Gaby, Dany, Sandy, Kat, Nathaly, Airam, Isabel, Marian, Sandra y Monse, por participar, por dedicar su tiempo y depositar su confianza. Por compartir sus afectos, por las risas, las anécdotas, las lágrimas, la rabia y las ideas compartidas. Soy afortunada de haberlas conocido y de aprender de su experiencia. Les agradezco por coincidir, disentir, explorar y comprometerse. Escucharlas y aprender de ustedes ha sido el motivo y la razón de este trabajo. Gracias por ser parte, por construir desde nuestro dolor compartido y desde nuestra digna rabia.

Finalmente, agradezco a todas aquellas que leen, que comparten, a las amigas y compañeras que me trajo esta experiencia y a las que están por venir.

ÍNDICE

Resumen	1
Abstract	2
CAPÍTULO 1. INTRODUCCIÓN.....	3
1.1. Construcción del problema de investigación.....	6
1.2. Preguntas de investigación	7
1.2.1. Pregunta general	7
1.2.2. Preguntas específicas	8
1.3. Objetivos de investigación	8
1.3.1. Objetivo general.....	8
1.3.2. Objetivos específicos	8
CAPÍTULO 2. ESTUDIOS FEMINISTAS Y MOVILIDAD URBANA.....	9
2.1. Estudios feministas: teoría y activismo en movimiento	9
2.1.1. Desplazamientos urbanos: transporte y desigualdad	10
2.1.2. Planeación urbana: género y exclusión en el diseño de las ciudades	12
2.1.3. Un entendimiento feminista sobre el miedo a la violencia.....	13
2.1.4. El miedo y el espacio en disputa.....	14
2.1.5. Cuerpos en tránsito: experiencias corporales en la movilidad.....	15
2.2. Mujeres en contextos de violencia y narcotráfico	16
2.2.1. Movilidad y mujeres en zonas de conflicto	18
CAPÍTULO 3. MARCO TEÓRICO.....	20
3.1. Reflexiones feministas sobre el orden patriarcal y el orden urbano.....	20
3.1.1. Narcotráfico y género: una deuda pendiente	21
3.1.2. Género y violencia por el narcotráfico	22
3.1.3. Ecos patriarcales de la violencia extrema	23
3.1.4. Narcopatriarcado: un marco para comprender el cruce entre el patriarcado y el narcotráfico	24
3.2. Claves para abordar la movilidad urbana	26
3.2.1. Movilidad y representaciones sociales	28
3.2.2. El giro de la movilidad: repensar trayectorias, sentidos y prácticas.....	30
3.2.3. Movilidad cautiva: barreras físicas, culturales y simbólicas	32

3.2.4. Movilidad en resistencia: agencia en contextos hostiles	34
CAPÍTULO 4. ELEMENTOS CONTEXTUALES.....	36
4.1. La ciudad como escenario de desigualdad: estructura urbana y transporte público. 38	
4.2. Notas autoetnográficas	42
CAPÍTULO 5. DISPOSITIVO METODOLÓGICO	45
5.1. Posicionamiento epistemológico	45
5.2. Investigación cualitativa feminista e investigación sensible	46
5.3. Técnicas de investigación: entrevistas a profundidad y técnica de photovoice	46
5.4. Trabajo de campo	48
5.5. Participantes	51
5.6. Análisis de la información.....	52
CAPÍTULO 6. RESULTADOS.....	56
6.1. Moverse en un orden narcopatriarcal	57
6.1.1. Crisis actual de inseguridad: moverse en una narcoguerra.....	58
6.1.2. Ser mujer en Culiacán: movilidad atravesada por el patriarcado y la narcoviolencia.....	60
6.1.3. Culiacán sitiado: militarización y el control de movimiento.....	64
6.2. Prácticas de la movilidad y experiencias en movimiento.....	67
6.2.1. Rutinas, tiempos y espacios del movimiento.....	69
6.2.2. El transporte público como escenario de movilidad.....	74
6.2.3. Lo siniestro: moverse en la incertidumbre y la ruptura de lo cotidiano	78
6.3. La dimensión afectiva de la movilidad.....	81
6.3.1. Entre el miedo y el terror: afectividades en alerta	82
6.3.2. Diversificación de la afectividad: disfrute, tranquilidad y encuentros	85
6.4. Movilidad cautiva y orden narcopatriarcal: los límites del moverse.....	88
6.4.1. Inmovilidad y encierro: cuando la ciudad se vuelve cautiverio	89
6.4.2. Restricciones y cautiverios: la captura de la movilidad	91
6.5. Movilidad en resistencia: disputar el espacio y moverse por la ciudad	93
6.5.1. Resistencia y recreación: disputar el derecho a la ciudad.....	94
6.5.2. El cuidado como resistencia en la movilidad	96
6.5.3. Ser universitaria en movimiento: nociones a futuro	98

CAPÍTULO 7. DISCUSIÓN Y CONCLUSIONES.....	102
REFERENCIAS	109
ANEXOS	122
Anexo 1. Guía de entrevistas e instrucciones de photovoice	122

ÍNDICE DE TABLAS

Tabla 1. Demanda de transporte público por ruta hacia Ciudad Universitaria	41
Tabla 2. Características de las mujeres universitarias	52
Tabla 3. Sistema de códigos	54

ÍNDICE DE FIGURAS

Figura 1. Geolocalización de Culiacán y zonas universitarias vinculadas al estudio	39
Figura 2. Rutas urbanas de transporte público y conectividad	40
Figura 3. Mapa de códigos para la categoría <i>Narcopatriarcado</i>	58
Figura 4. Mapa de códigos para la categoría <i>Experiencias en movimiento</i>	68
Figura 5. Mapa de trayectos casa-universidad	71
Figura 6. Mapa de códigos para la categoría <i>Afectividad</i>	82
Figura 7. Mapa de códigos para la categoría <i>Movilidad cautiva</i>	88
Figura 8. Mapa de códigos para la categoría <i>Movilidad en resistencia</i>	94

ÍNDICE DE IMÁGENES

Imagen 1. Mural de desaparecidos, Catedral de Culiacán.....	38
Imagen 2. Fotografías que tomé en la Marcha 8M, Culiacán, Sinaloa 2025	49
Imagen 3. Diseño del póster de convocatoria que compartí en redes sociales	50
Imagen 4. Las paredes hablan	64
Imagen 5. Militares apuntándonos	66
Imagen 6. Camino a la universidad	70
Imagen 7. Evitar la noche	74
Imagen 8. Mensajes	76
Imagen 9. Asiento VIP	77
Imagen 10. Siniestro	80
Imagen 11. Todos los días	85
Imagen 12. Vista al río	87
Imagen 13. Choferes conocidos	92
Imagen 14. Cuidado de otras	97

Imagen 15. La narcopandemia también es violencia patriarcal	100
Imagen 16. “Otro Culiacán es posible”, “¿Dónde están?”	108

Resumen

Esta Idónea Comunicación de Resultados (ICR) es resultado del trabajo de investigación que realicé durante mi estancia en la Maestría en Psicología Social de la Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Iztapalapa. El objetivo general fue analizar las representaciones sociales y las prácticas de movilidad de las mujeres universitarias en Culiacán, Sinaloa, en un contexto de orden narcopatriarcal. Mi propósito fue comprender la movilidad como un entramado de prácticas, emociones y significados que evidencian las tensiones entre miedo, cautiverio y resistencia. Desde una perspectiva feminista y situada de la psicología social, parto de la idea de que moverse es también habitar, disputar y resignificar la ciudad. A lo largo del trabajo recupero los aportes del “giro de la movilidad” y la teoría de las representaciones sociales, con el fin de articular un marco teórico que dialogue con las experiencias narradas por las universitarias. Metodológicamente, sostengo un posicionamiento feminista y sensible que me llevó a trabajar con entrevistas en profundidad y la técnica de photovoice. En los resultados atiendo que la movilidad está atravesada por múltiples violencias: desde la narcoviolencia y la militarización hasta el acoso sexual y las restricciones simbólicas del miedo. Sin embargo, también emergen prácticas de resistencia y cuidado que disputan el espacio urbano. Este trabajo se une a la discusión académica y social sobre la movilidad de las mujeres en contextos poco explorados por la investigación, abordando cómo el narcopatriarcado estructura y condiciona la vida cotidiana, pero también cómo es resistido y resignificado en los trayectos universitarios.

Palabras clave: Movilidad urbana, mujeres universitarias, narcopatriarcado, representaciones sociales, prácticas de movilidad.

Abstract

This Idónea Comunicación de Resultados (ICR) is the result of the research I conducted during my Master's degree in Social Psychology at the Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa. The general objective was to analyze the social representations and mobility practices of university women in Culiacán, Sinaloa, within a narcopatriarchal order. My aim was to understand mobility as a web of practices, emotions, and meanings that reveal the tensions between fear, captivity, and resistance. From a feminist and situated perspective in social psychology, I start from the idea that moving is also inhabiting, disputing, and resignifying the city. Throughout this work, I draw on the contributions of the mobility turn and the theory of social representations in order to articulate a theoretical framework that dialogues with the experiences narrated by the students. Methodologically, I adopt a feminist and sensitive positioning that led me to work with in-depth interviews and the photovoice technique. The results show that mobility is traversed by multiple forms of violence: from narco-violence and militarization to sexual harassment and symbolic restrictions of fear. However, practices of resistance and care also emerge, disputing urban space. This work contributes to the academic and social discussion on women's mobility in contexts rarely explored by research, addressing how narcopatriarchy structures and conditions everyday life, but also how it is resisted and resignified in university women's trajectories.

Keywords: Urban mobility, university women, narcopatriarchy, social representations, mobility practices.

CAPÍTULO 1. INTRODUCCIÓN

*“Las mujeres se mueven en todo el planeta tierra,
se les facilite el camino o no.”*

- Amelia Valcárcel.

La movilidad urbana constituye uno de los ejes centrales para comprender cómo se producen y reproducen las desigualdades en la vida cotidiana. Analizarla desde una perspectiva feminista implica reconocer que los trayectos, los recorridos y los cuerpos en movimiento no son neutros, están atravesados por relaciones de poder, mandatos de género y dinámicas de violencia que delimitan quién puede desplazarse, en qué condiciones y con qué riesgos (Massey, 1994; McDowell, 1999). En este sentido, la movilidad se vuelve una lente privilegiada para observar cómo se entrelazan el espacio urbano, el patriarcado y las violencias estructurales.

En México, buena parte de la literatura académica sobre movilidad se ha concentrado en grandes ciudades, privilegiando los sistemas de transporte o las experiencias en contextos metropolitanos. Sin embargo, se ha prestado poca atención a escenarios atravesados simultáneamente por la violencia criminal y por un orden patriarcal que restringe de manera diferenciada la vida de las mujeres. Es justamente en estos márgenes donde situar la mirada me resulta fundamental.

Esta Idónea Comunicación de Resultados (ICR) reúne el trabajo de investigación que realicé durante mis estudios de maestría en Psicología Social, donde abordé las representaciones sociales y prácticas de movilidad de mujeres universitarias en Culiacán, Sinaloa, una ciudad profundamente marcada por la violencia vinculada al narcotráfico y la militarización, donde moverse no significa únicamente trasladarse, sino esquivar riesgos, anticipar peligros y negociar con un entramado social dominado por el narcopatriarcado. Analizar la movilidad en este contexto permite iluminar las tensiones entre miedo y agencia, cautiverio y resistencia, violencia y posibilidad de resignificación del espacio urbano. De igual manera, al situarse en un contexto poco explorado por la investigación, este trabajo adquiere relevancia social, al abordar experiencias y tensiones que suelen permanecer en los márgenes del análisis académico y de las políticas públicas.

Con la intención de explorar las representaciones sociales y las prácticas de movilidad de las mujeres universitarias dentro de un orden narcopatriarcal, presento en este Capítulo 1, un apartado introductorio con la construcción del problema de investigación, así como las preguntas y los objetivos que orientan este trabajo. De esta manera, sitúo el marco inicial desde el cual se articula la relevancia de analizar la movilidad en un contexto atravesado por múltiples violencias, y planteo los ejes que guiarán el desarrollo posterior de mi trabajo.

Así, presento el Capítulo 2 donde desarrollo el estado del arte sobre la relación entre estudios feministas y movilidad urbana. Reviso aportes que han problematizado el espacio y la movilidad como escenarios atravesados por desigualdades de género, así como investigaciones que han analizado el transporte, la planeación urbana, el miedo a la violencia y las experiencias corporales de las mujeres en movimiento. Asimismo, incluyo reflexiones sobre la movilidad en contextos de narcotráfico y de conflicto, lo que me permite identificar los vacíos existentes en la literatura y situar la pertinencia de mi investigación en Culiacán, Sinaloa.

En el Capítulo 3 presento el marco teórico que sustenta la investigación. Retomo las reflexiones feministas sobre el patriarcado y el orden urbano, para después articularlas con los aportes que problematizan el narcotráfico como un sistema que exacerba las violencias patriarcales. A partir de ello, desarrollo la noción de *narcopatriarcado* como una categoría analítica central para comprender cómo se entrecruzan el poder patriarcal y las dinámicas del narcotráfico en la vida urbana. Finalmente, incorporo las claves conceptuales del “giro de la movilidad” y de la teoría de las representaciones sociales, con el propósito de construir un andamiaje que permita analizar los significados, las prácticas y las tensiones que emergen de la movilidad cotidiana de las mujeres universitarias en Culiacán.

En esta línea, en el Capítulo 4 presento los elementos contextuales que permiten comprender el escenario en el que se inscribe esta investigación. A través de notas autoetnográficas y referencias a la situación actual de Culiacán, describo las dinámicas sociales, urbanas y de violencia que atraviesan la vida cotidiana en la ciudad. Esto me permitió describir de manera situada el marco en el que se despliegan las prácticas de movilidad de las mujeres universitarias, mostrando cómo la narcoviolencia, la militarización y las lógicas del narcopatriarcado configuran tanto el espacio urbano como las experiencias que se viven en él.

Por otro lado, en el Capítulo 5 detallo el dispositivo metodológico de la investigación. Expongo el posicionamiento epistemológico feminista y situado que orienta mi estudio, así como la elección de un enfoque cualitativo sensible a las experiencias de las mujeres en contextos de violencia. Presento las técnicas empleadas, entre ellas las entrevistas en profundidad y la técnica de photovoice, así como las características de las participantes y el desarrollo del trabajo de campo. Finalmente, describo el proceso de análisis de la información, señalando cómo estas decisiones metodológicas permiten dar cuenta de las prácticas, significados y representaciones sociales vinculadas a la movilidad en un contexto narcopatriarcal.

De este modo, en el Capítulo 6 presento los resultados de la investigación, organizados a partir de las categorías analíticas construidas durante el proceso de codificación. Exploro cómo las mujeres universitarias narran su experiencia de moverse en un orden narcopatriarcal, mostrando los efectos de la narcoviolencia, el patriarcado y la militarización sobre su vida cotidiana. Profundizo en las prácticas de movilidad y en las emociones que las atraviesan, desde el miedo y la restricción hasta las formas de resistencia, disfrute y agencia. Asimismo, analizo la movilidad cautiva como límite impuesto por la violencia, y la movilidad en resistencia como un campo de disputa donde las universitarias imaginan y ejercen el derecho a habitar la ciudad.

Finalmente, en el Capítulo 7 desarrollo la discusión y las conclusiones. Expongo las reflexiones y aprendizajes principales para dialogar con los marcos teóricos y con las investigaciones previas, destacando cómo las representaciones sociales de miedo, peligro, cuidado y resistencia estructuran la movilidad de las mujeres universitarias en Culiacán. Argumento, además, que el concepto de narcopatriarcado permite comprender de manera más precisa la intersección entre las violencias patriarcales y las lógicas del narcotráfico en el espacio urbano. Finalmente, planteo los aportes teóricos, metodológicos, psicosociales y sociales de la investigación, así como mis aprendizajes como investigadora, universitaria y feminista, subrayando la importancia de abordar estas experiencias en el análisis académico y en las políticas públicas, así como la necesidad de generar nuevas formas de pensar, desde la psicología social feminista y situada, el derecho de las mujeres a moverse y habitar la ciudad.

1.1. Construcción del problema de investigación

Pensar la movilidad urbana desde una perspectiva feminista implica desplazar su entendimiento hacia una dimensión política, simbólica y afectiva. En este sentido, desde el llamado "giro de la movilidad" (Cresswell & Uteng, 2008) se propone comprender que, transitar la ciudad, no solo es recorrerla, sino también habitarla, conocerla y resignificarla a través del acto de moverse. Asimismo, las geografías feministas (McDowell, 1999; Soto, 2016) han permitido comprender que los trayectos no son neutros, sino que están atravesados por relaciones de poder, por jerarquías sociales, por emociones como el miedo, y por formas diferenciadas de habitar y transitar el espacio urbano (Muxí, 2004). Este enfoque relacional revela cómo la movilidad urbana está atravesada por estructuras de poder, dinámicas económicas y representaciones sociales. Es importante partir entonces de la idea que las mujeres en movimiento significan, resisten y resignifican los trayectos que realizan, revelando así las tensiones entre lo urbano, lo patriarcal y lo violento.

En este punto puedo introducir la pertinencia de estudiar la movilidad urbana de las mujeres en una ciudad como Culiacán, Sinaloa, contexto donde sitúo mi investigación. Por un lado, siguiendo a Diana Lan (2016), se requiere de la formulación de nuevas preguntas, metodologías y cuestionamientos sobre la movilidad de acuerdo a los contextos situados en el que se estudie la problemática. Así, muchas de las reflexiones sobre el tema en México se han centrado en grandes ciudades y en los sistemas de movilidad urbana, abordando cuestiones relacionadas con el transporte, la violencia sexual y la planeación urbana desde una perspectiva de género. Descentralizar los estudios sobre movilidad implica reconocer las particularidades de distintos contextos en el país, marcados por dinámicas de violencia estructural, narcotráfico y crimen organizado. Así como incorporar marcos analíticos que reconozcan la especificidad de estos territorios.

Por otro lado, reconozco que las condiciones actuales en las que realizo este estudio en Culiacán, Sinaloa, han evidenciado que hablar de movilidad ya no puede deslindarse de la violencia exacerbada que ha reconfigurado la ciudad desde septiembre del 2024, cuando el conflicto interno entre dos facciones del Cártel de Sinaloa desató una oleada de asesinados, desapariciones, enfrentamientos y militarización en el estado¹ (Vizcarra, 2024). En este

¹ En el Capítulo 4 “Elementos contextuales” de la Idónea Comunicación de Resultados, realizo una descripción más detallada del conflicto y crisis de inseguridad en Sinaloa.

sentido, la crisis de inseguridad actual no es un hecho aislado, sino la expresión más reciente de una trama compleja que articula narcotráfico, exclusión social (Moreno-Candil et al., 2016) y un orden profundamente patriarcal. En este escenario, la movilidad urbana de las mujeres universitarias se vuelve un campo privilegiado para leer cómo el espacio urbano se vive, se teme y se resignifica. Porque moverse no implica sólo trasladarse, sino esquivar zonas, anticipar riesgos, compartir ubicación en tiempo real, memorizar rutas seguras y algunas veces, no salir de casa (E. Ramírez, 2024).

Ante este panorama, es necesario comprender la movilidad de las mujeres universitarias en Culiacán desde una perspectiva feminista situada, contemplando cómo los trayectos cotidianos están mediados por el miedo, la violencia y la vigilancia, pero también por estrategias de cuidado, afectividad y agencia. En este estudio busco problematizar cómo el narcotráfico refuerza y se configura a partir de estructuras patriarcales de poder y control sobre las mujeres, e impacta en su movilidad cotidiana y su libertad. Es decir, propongo nombrar el orden narcopatriarcal para explorar la forma en que estas prácticas encarnadas, simbólicas y situadas evidencian que la violencia por el narcotráfico no es solo económica o criminal, sino también patriarcal (Núñez-González, 2017; Segato, 2016).

En este sentido, la movilidad urbana de las mujeres universitarias -que asisten a clases, ejercen tareas de cuidado y habitan la ciudad- cobra un significado particular en un contexto narcopatriarcal. Además de ser el medio para llegar de un lugar a otro, es una forma de habitar la ciudad, de resistir, de trazar rutas posibles, de incorporar un proyecto de vida. Por ello, desde el paradigma de la movilidad (Cresswell & Uteng, 2008), resulta viable incorporar la teoría de las representaciones sociales (Jodelet, 1989; Moscovici, 1961) para explorar cómo las mujeres universitarias en Culiacán significan su movilidad en un contexto situado, qué emociones las atraviesan, qué estrategias y prácticas realizan, qué narrativas construyen, qué agencia emerge en medio de la violencia narcopatriarcal.

1.2. Preguntas de investigación

1.2.1. *Pregunta general*

¿Cuáles son las representaciones sociales y las prácticas de movilidad de las mujeres universitarias en Culiacán, Sinaloa en un contexto marcado por el orden narcopatriarcal?

1.2.2. Preguntas específicas

- ¿Cómo narran las universitarias la forma en que el orden patriarcal y el orden del narcotráfico se manifiesta, significa y limita su movilidad urbana?
- ¿Cuáles son las prácticas cotidianas de movilidad de las mujeres universitarias en Culiacán en términos de destinos, propósitos, emociones asociadas, trasbordos, rutas y elementos urbanos que identifican como significativos?
- ¿Qué trayectos no realizan las universitarias y qué significados atribuyen a esas restricciones, particularmente en relación a las experiencias de movilidad cautiva?
- ¿Qué estrategias cotidianas y significados desarrollan las universitarias para desafiar y resistir las restricciones impuestas por el orden narcopatriarcal en su movilidad?

1.3. Objetivos de investigación

1.3.1. Objetivo general

Analizar las representaciones sociales y las prácticas de movilidad de las mujeres universitarias en Culiacán, Sinaloa, en un contexto de orden narcopatriarcal.

1.3.2. Objetivos específicos

- Explorar las narrativas de las universitarias sobre cómo el orden patriarcal y el orden del narcotráfico se manifiesta, significa y limita la movilidad urbana de las universitarias.
- Describir las prácticas de la movilidad cotidiana de mujeres universitarias en Culiacán, especificando destinos, propósitos, emociones asociadas, transbordos, rutas, y los elementos urbanos que consideran significativos.
- Identificar los trayectos no realizados y los significados atribuidos a la movilidad restringida, reconociendo las experiencias de movilidad cautiva.
- Interpretar las estrategias cotidianas de movilidad de las universitarias que desafían y resisten las restricciones impuestas por el orden narcopatriarcal.

CAPÍTULO 2. ESTUDIOS FEMINISTAS Y MOVILIDAD URBANA

2.1 Estudios feministas: teoría y activismo en movimiento

En la actualidad, la posibilidad de analizar las desigualdades entre hombres y mujeres, particularmente aquellas que se manifiestan y se transforman en el plano espacial, es resultado del trabajo teórico de las investigadoras feministas impulsado por múltiples autoras desde el siglo XX. Al aplicar una perspectiva feminista al análisis de la movilidad urbana de las mujeres, las investigadoras feministas proporcionan un enfoque crítico y amplio que ha dedicado atención constante a esta problemática. De manera general, Linda McDowell (1999) indica que estas corrientes, mediante distintas metodologías y enfoques, buscan indagar y visibilizar la conexión entre las divisiones de género y las configuraciones espaciales. Los estudios feministas se interesan por comprender cómo mujeres y hombres viven y se relacionan con los espacios de forma diferenciada, y de qué manera estas experiencias influyen en la construcción social tanto del género como del espacio.

María Verónica Ibarra e Irma Escamilla-Herrera (2016) señalan que, en el contexto mexicano, el enfoque feminista en el estudio del espacio urbano ha cobrado fuerza especialmente en las últimas décadas del siglo XX. A pesar de que la incorporación del género en este campo ha permitido abordar una variedad de temas, las autoras advierten que aún existen desafíos importantes para integrar con mayor profundidad las perspectivas feministas y decoloniales dentro de la academia en México. En este sentido, su alcance crítico y transformador está estrechamente ligado al intercambio constante entre producciones académicas provenientes de diversos contextos. Tal como argumentan Lise Nelson (2016) y Diana Lan (2016), estos diálogos posibilitan la creación de nuevas preguntas, marcos teóricos, herramientas metodológicas y reflexiones éticas sobre problemáticas específicas y situadas.

En este sentido, retomar los aportes más recientes en esta línea de investigación permite profundizar en la comprensión de los desafíos actuales, así como apostar por una producción académica más crítica y comprometida con las complejas interacciones entre género, poder y territorio. A continuación, presento algunos de los estudios más significativos que han abordado la movilidad urbana de las mujeres desde enfoques vinculados a los estudios feministas y los estudios de género. Identifico que, en la producción

académica, estas investigaciones se han centrado en diferentes temas, los que destacan son: Los desplazamientos y el transporte, la planeación urbana, el miedo a la violencia, y las experiencias corporales vinculadas a la movilidad.

2.1.1. Desplazamientos urbanos: transporte y desigualdades

Uno de los planteamientos centrales dentro de los estudios sobre movilidad es que las diferencias en el uso del transporte entre mujeres y hombres están profundamente vinculadas a la división sexual del trabajo. En este sentido, Miralles-Guasch et al. (2015) examinan cómo los trayectos de las mujeres se configuran según los motivos del viaje, el medio de transporte empleado, así como las distancias y duraciones de los trayectos. Su análisis revela que las mujeres tienden a movilizarse principalmente a pie o mediante transporte público, lo que evidencia patrones de movilidad relacionados con sus actividades cotidianas. Asimismo, aunque el tiempo total dedicado a los traslados puede ser similar entre mujeres y hombres, las diferencias se manifiestan en aspectos como la velocidad y duración de los recorridos.

Un ejemplo que profundiza en estas dinámicas es el estudio realizado por María Fernanda Parra (2021), quien analiza las formas de movilidad y las experiencias de viaje de mujeres en la ciudad de Villavicencio, Colombia. En su investigación, la autora destaca, entre otros, los desplazamientos multidesestino asociados a tareas de cuidado, los cuales implican trayectos más extensos y dispersos por distintos puntos de la ciudad. Este patrón de movilidad, estrechamente relacionado con el trabajo de cuidado, suele ser menos eficiente y más prolongado, lo que se traduce en mayores costos tanto en tiempo como en recursos económicos (Hanson, 2010).

Lo anterior se relaciona con el concepto de *movilidad de cuidado*, propuesto por Inés Sánchez de Madariaga (2013), el cual abarca los desplazamientos vinculados al trabajo de cuidado. Este trabajo comprende actividades no remuneradas que realizan las personas adultas para niñas, niños u otras personas a su cargo, incluyendo también aquellas tareas asociadas al mantenimiento del hogar.

Tomando como eje la división sexual del trabajo, investigaciones como la de Imanol Ilárraz (2006) indagan en las causas por las cuales las mujeres tienden a movilizarse principalmente a pie o utilizando el transporte público. Entre los factores identificados se encuentran una menor posibilidad de acceder a licencias de conducir, un acceso más restringido a vehículos privados y una mayor frecuencia de viajes en calidad de pasajeras.

Asimismo, el autor subraya que los motivos de estos desplazamientos urbanos suelen estar ligados a responsabilidades de cuidado, como acompañar a niños y niñas a la escuela o realizar compras domésticas, evidenciando de qué manera las relaciones de género moldean las formas de movilidad.

Dentro de los estudios sobre movilidad, las geografías feministas han puesto un énfasis particular en el análisis del transporte público, abordando fenómenos como lo que Linda McDowell (1999) identifica como “la aglomeración”. La elevada densidad de personas usuarias, los trayectos prolongados y las restricciones de acceso a determinadas rutas o zonas de alta afluencia convierten al transporte colectivo en un entorno potencialmente riesgoso para las mujeres. En este contexto, la violencia sexual, especialmente el acoso, aparece como una forma de agresión facilitada por estas condiciones de hacinamiento. El estudio de estas experiencias de violencia y del miedo asociado a ellas permite profundizar en la dimensión subjetiva de la movilidad, revelando cómo sus impactos son vividos de manera distinta por mujeres y hombres (Jirón, 2007).

Una revisión de los estudios existentes sobre el tema revela que muchas investigaciones abordan la violencia sexual en el transporte colectivo desde enfoques de carácter exploratorio o diagnóstico, centrándose en la frecuencia y formas específicas en las que se presenta esta problemática. En el caso de México, por ejemplo, Paula Soto (2017) analiza la movilidad urbana de mujeres que utilizan el Metro de la Ciudad de México. Mediante una encuesta aplicada a usuarias, identifica que el 55% de las encuestadas reportaron haber sentido miedo ante la posibilidad de sufrir una agresión sexual en el último año. Entre los tipos de agresión señalados durante ese periodo se encuentran miradas lascivas, tocamientos, roces deliberados, intimidación y actos de exhibicionismo. Desde esta perspectiva, el temor a la violencia sexual se convierte en una barrera significativa para el ejercicio pleno del derecho a la movilidad (Soto, 2016). El tema del miedo a la violencia se vuelve una latente que abordaré con mayor detalle más adelante. Sin embargo, me interesa articularlo para reflexionar sobre la intersección existente en cuanto a las prácticas de movilidad, las formas de desplazamiento y transporte con los efectos de las violencias contra las mujeres. En este sentido, me resulta importante considerar que estas violencias no solo se sostienen en las interacciones cotidianas, sino también en la impunidad y en la débil actuación

de las autoridades encargadas de atenderlas, lo cual profundiza la sensación de desprotección en los espacios urbanos (Velázquez-Huerta, 2021).

En el caso particular de Culiacán, César Burgos-Dávila et al. (2025) a partir de un análisis de contenido de documentos oficiales y prensa local, complementado con trabajo de campo cuasi-etnográfico en diversas rutas, los autores muestran que el sistema de transporte se caracteriza por su baja planificación, deficiencias en la calidad del servicio, inseguridad y carencias en infraestructura. Identifican tres categorías centrales: el servicio, los costos y las quejas de usuarios; los riesgos y la seguridad en las unidades; y las experiencias de los estudiantes como usuarios frecuentes. Sus hallazgos evidencian que el transporte público en Culiacán difícilmente se percibe como una opción segura o confiable, al contrario, constituye un escenario de riesgos cotidianos que afectan directamente la movilidad urbana. Este diagnóstico resulta clave porque permite situar que, en esta ciudad, las problemáticas de movilidad no solo se relacionan con la violencia estructural vinculada al narcotráfico, sino también con la precariedad de las políticas de transporte, lo que complejiza las experiencias cotidianas de movimiento.

2.1.2. Planeación urbana: género y exclusión en el diseño de las ciudades

Comprender los estudios que vinculan movilidad y planificación urbana implica reconocer que el orden urbano no es producto del azar, sino que responde a estructuras de poder y lógicas patriarcales que han dado forma a las ciudades de manera desigual, limitando el acceso equitativo a bienes y servicios, especialmente para las mujeres (Muxí, 2004). En esta línea, María Fernanda Parra (2021) identifica en su investigación los tipos de desplazamientos en los que las mujeres perciben negativamente el entorno construido. La ausencia de infraestructura adecuada, como banquetas accesibles, paradas de transporte seguras o alumbrado suficiente, impacta de forma directa en su experiencia cotidiana de movilidad, restringiendo su accesibilidad. Su análisis señala que la planeación urbana ha favorecido históricamente el uso del automóvil privado y ha sido diseñada desde una visión predominantemente masculina. Esto ha generado una exclusión sistemática de las necesidades específicas de las mujeres en el diseño de los espacios urbanos. Esta invisibilización ha dado lugar a ciudades, barrios y sistemas de transporte que no consideran ni responden a sus necesidades (Soto, 2014).

2.1.3. *Un entendimiento feminista sobre el miedo a la violencia*

Sin duda, en el estudio de la movilidad desde una perspectiva feminista se aborda el miedo a la violencia como una constante en la vida cotidiana de las mujeres desde diferentes contextos. Para profundizar en esta problemática, Susan Griffin (citada en Rich, 2019) subraya que más allá de los actos violentos en sí, lo que marca profundamente la experiencia cotidiana es el miedo constante a que estos ocurran:

Y cómo manejamos día tras día esta experiencia que nos dice, sin palabras, directamente al corazón: Tu existencia, tu experiencia, puede acabar en cualquier momento (...) y la mejor defensa frente a ello es no ser, negar que tu persona forma parte del cuerpo (...), apartar la mirada, hacer menos notoria tu presencia en el mundo. (p. 173)

Por su parte, Susan Brownmiller (2005) argumenta que el miedo opera como una herramienta de control social, restringiendo las libertades de las mujeres y reforzando su subordinación dentro del orden patriarcal. Este miedo no surge de forma espontánea, sino que se construye desde etapas tempranas de la vida. Rosa Márquez y Martha Jaenes (2021) explican que las mujeres aprenden desde niñas a temer, a través de advertencias que funcionan como mecanismos de socialización. Estos procesos son clave para comprender cómo ciertos espacios adquieren una carga simbólica de seguridad o peligro en función del género. Las advertencias, además, se reproducen y amplifican mediante distintos canales como los medios de comunicación, las redes sociales y las historias compartidas entre mujeres, ya sean amigas, familiares o conocidas (Castro-Angulo, 2022).

Desde esta perspectiva, me interesa prestar especial atención a los desplazamientos que identifica María Fernanda Parra (2021), condicionados por la percepción de inseguridad. Esta tipología da cuenta de cómo el temor a la violencia restringe tanto los horarios como las rutas que las mujeres consideran viables, limitando significativamente su libertad de movimiento. Diversas investigaciones coinciden en señalar que el clima de violencia en los espacios urbanos genera sentimientos de miedo y desconfianza, lo que lleva a las mujeres a modificar sus trayectos, ajustar sus horarios e incluso evitar ciertos medios de transporte (Soto, 2014). Esta dimensión subjetiva de la movilidad es clave para entender los obstáculos específicos que enfrentan las mujeres en contextos urbanos marcados por la inseguridad.

Paula Soto (2013) ha evidenciado cómo el miedo a la violencia impacta directamente en la manera en que las mujeres se relacionan con el espacio urbano. Este temor puede llevarlas a evitar lugares o momentos del día considerados tradicionalmente como dominados por lo masculino, a modificar sus rutas habituales, esquivar ciertos entornos y, en casos más extremos, optar por el confinamiento como forma de resguardo frente al riesgo percibido.

Desde una lectura feminista, el control y confinamiento de las mujeres en los espacios que habitan puede ser comprendido a través de la categoría de *cautiverios*, desarrollada por Marcela Lagarde (1999/2015). Esta noción sintetiza una construcción cultural que define la situación de las mujeres dentro del sistema patriarcal. Según la autora, las mujeres se encuentran en estado de cautiverio porque se les ha arrebatado la autonomía, se les ha negado la posibilidad de vivir con independencia, de ejercer su capacidad de autogobierno, de tomar decisiones libres y de elegir el rumbo de sus propias vidas. Así, los cautiverios permiten problematizar cómo las estructuras patriarcales sostienen y reproducen la subordinación de las mujeres en diversas esferas de la vida cotidiana. Asimismo, me interesa resaltar los aportes de Sara Ahmed (2014) en cuanto que el miedo no solo es una emoción individual, sino un efecto social que estructura el acceso a la ciudad y refuerza exclusiones de género, dado que las mujeres aprenden a moverse con precaución, evitando ciertos espacios y horarios en función de la amenaza latente. De esta manera, el miedo no se limita a una simple respuesta ante la violencia, sino que se convierte en un mecanismo de control que garantiza la permanencia de la desigualdad.

2.1.4. *El miedo y el espacio en disputa*

Un antecedente importante de este trabajo lo constituye la investigación que realicé en el Laboratorio de Estudios Psicosociales de la Violencia durante mis estudios de licenciatura en la Universidad Autónoma de Sinaloa. En ese momento, exploré sobre el miedo a la violencia sexual en mujeres universitarias en Culiacán (Castro-Angulo, 2022). En dicho estudio, documenté cómo el miedo se construye socialmente como una forma de violencia simbólica que restringe la movilidad y condiciona la vida cotidiana de las mujeres. Las estudiantes entrevistadas narraron experiencias de acoso, amenazas y hostigamiento que mostraban cómo la violencia sexual se entrelaza con la violencia estructural de la ciudad, generando un estado permanente de alerta y vigilancia corporal. Siguiendo a Rita Segato (2010, 2018) este miedo puede entenderse como parte de una *pedagogía de la crueldad* que

busca disciplinar a las mujeres, inscribiendo la amenaza en sus cuerpos y en su relación con el espacio urbano.

Lo que resulta clave, sin embargo, es reconocer el miedo no solo como una limitación, sino también como un territorio en disputa. En reflexiones posteriores, pude exponer cómo las mujeres no solo lo padecen, sino que lo confrontan mediante prácticas cotidianas y colectivas: compartir la ubicación en tiempo real, recurrir a redes feministas de apoyo o reappropriarse de espacios considerados peligrosos (Castro-Angulo et al., en prensa). Desde la perspectiva de Linda McDowell (1999), el espacio urbano es también un escenario de resistencia, y, como señala Sara Ahmed (2014), el miedo no se reduce a una emoción individual, sino que puede movilizar acciones colectivas que reconfiguren el acceso a la ciudad. Esta mirada permite problematizar el miedo no únicamente como limitación, sino como una afectividad que puede ser resignificada y transformada en potencia de acción y en reivindicación del derecho a habitar la ciudad.

2.1.5. *Cuerpos en tránsito: experiencias corporales en la movilidad*

Una dimensión íntimamente ligada a la movilidad de las mujeres es el cuerpo. Los enfoques feministas coinciden en reconocerlo como un espacio en el que se inscriben las experiencias urbanas, las relaciones de poder y las estructuras de género. En su estudio sobre la movilidad de mujeres en la ciudad de Guanajuato, México, Liliana Vidó (2022) coloca al cuerpo, sus prácticas y vivencias en el centro del análisis. Su investigación aborda la corporalidad desde dos ángulos: por un lado, explora emociones, sensaciones y sentimientos, con énfasis en la percepción de inseguridad; por otro, analiza las posturas, reacciones y comportamientos que las mujeres adoptan al desplazarse cotidianamente, incluyendo las herramientas que emplean para navegar por la ciudad. A partir de este enfoque, la autora subraya que “las experiencias de las mujeres al moverse por la ciudad significan tomar en cuenta que se habla de un cuerpo situado, que es visto como espacio en sí mismo” (p. 80).

Para las mujeres, recorrer la ciudad no es solo una práctica física, es también una vivencia corporal y emocional que evidencia y reproduce desigualdades estructurales. Desde esta perspectiva, Alicia Lindón (2020) propone la noción de *coreografías constrictivas*, para referirse a las estrategias corporales que las mujeres desarrollan frente al miedo y la posibilidad de violencia. Estas incluyen conductas como evitar el contacto visual, modificar

la forma de vestir para no llamar la atención, o usar objetos personales para proteger y delimitar su espacio. Tales rutinas defensivas revelan una subjetividad atravesada por la inseguridad, al tiempo que evidencian las barreras simbólicas que restringen su derecho a moverse libremente en el entorno urbano.

En sintonía con esta línea teórica, el cuerpo se convierte en el punto desde donde se viven las emociones y desde el cual se construye experiencia. Así lo plantea Longhurst (2003), al afirmar que el cuerpo es el lugar privilegiado de la experiencia emocional y, en consecuencia, un componente esencial del espacio tal como es vivido. Aunque en explicaciones más tradicionales las emociones suelen entenderse como experiencias individuales o internas, aquí me interesa resaltar las nociones que las conciben como fenómenos sociales, inscritos en contextos políticos, culturales y colectivos. Este enfoque dialoga con los planteamientos de Anne Hufschmid (2012), quien sostiene que el cuerpo no solo transita el espacio, sino que lo impregna de significados afectivos, especialmente en contextos donde la violencia es una presencia constante.

Desde esta mirada, la movilidad urbana no se reduce a la ocupación del espacio físico, sino que implica también una producción simbólica en torno a la movilidad. Edward Soja (2008) afirma que el espacio se produce desde el cuerpo, el cual, a su vez, está modelado por las relaciones de poder que configuran las ciudades. En este sentido, el espacio urbano es simultáneamente construido por las prácticas de movilidad y por las narrativas emocionales que se entrelazan con ellas.

2.2. Mujeres en contextos de violencia y narcotráfico

Hasta este punto, encuentro que las investigaciones en México sobre la movilidad urbana de las mujeres se han enfocado de manera significativa en contextos como la Ciudad de México. No obstante, también han circulado estudios en otras ciudades del país, por ejemplo, en Guadalajara, Jalisco, donde se analizan los patrones de movilidad femenina en corredores intermodales mediante métodos mixtos (Godinez et al., 2020). Otro ejemplo es un estudio en la zona Metropolitana de Monterrey, Nuevo León, donde se identifican obstáculos como la violencia sexual en el espacio público y la falta de atención a las necesidades específicas de las mujeres (Rendón-Huerta, 2021). Estos estudios evidencian que las condiciones de desplazamiento, las opciones de transporte y la extensión de los

trayectos asumen dinámicas particulares según cada contexto. En este sentido, al situar mi análisis en Culiacán, Sinaloa, considero indispensable incorporar una reflexión que contemple no solo el orden patriarcal y urbano, sino también la presencia de un orden narcopatriarcal. Este concepto lo propongo para abordar cómo las dinámicas del narcotráfico influyen en la movilidad y en las dinámicas urbanas de las mujeres, moldeando sus trayectos y experiencias en la ciudad.

Incorporar esta perspectiva es fundamental para comprender de manera integral las implicaciones de vivir y desplazarse en un entorno marcado por múltiples formas de violencia estructural (Galtung, 2016). En Culiacán, la movilidad no solo está condicionados por las estructuras patriarcales, sino también por las lógicas del narcotráfico, que definen quiénes tienen acceso a determinados espacios y bajo qué circunstancias.

En estudios recientes, Anajilda Mondaca (2024) no se centra específicamente en la movilidad urbana, sin embargo, su registro etnográfico de los espacios de Culiacán, Sinaloa, permite problematizar cómo ciertos lugares -en particular aquellos vinculados a la narcocultura o considerados emblemáticos de ella- contribuyen a comprender y explicar las narrativas que se tejen en torno al cuerpo de las mujeres. A través de estos espacios, la autora ofrece una perspectiva valiosa para analizar cómo las representaciones y expectativas sociales en torno al cuerpo femenino se construyen y reproducen en un contexto marcado por la presencia del narcotráfico.

En este sentido, la autora destaca cómo estas narrativas involucran, en la mayoría de los casos, violencia simbólica, donde resalta la dominación masculina, el sexismo y la cosificación (Bourdieu, 2006). Asimismo, señala que estos elementos responden al *culto al cuerpo* de las mujeres dentro de la narcocultura.

Estos aportes teóricos puedo relacionarlos con resultados de investigaciones que, si bien, no se sitúan en contextos de narcocultura y narcoviolencia, contribuyen a comprender cómo la dimensión corporal influye en la forma en que las mujeres se mueven por la ciudad. Estos estudios abordan las sensaciones de inseguridad y el miedo que enfrentan las mujeres al percibir miradas lascivas en espacios urbanos o al utilizar el transporte colectivo, además de los comportamientos corporales que adoptan, como cambiar su vestimenta al recorrer la ciudad. Esta última llama mi atención pues, mientras estudios situados en otras ciudades mexicanas hablan de una restricción en la vestimenta como medida para evitar el acoso

sexual (véase Soto, 2014; Vidó, 2022), en el contexto de la narcocultura, el cuerpo femenino se convierte en un símbolo de estética y forma, promoviendo prácticas de consumo y representando un mecanismo de aceptación social (Carrillo et al., 2013), así como las estrategias adoptadas por las mujeres para adecuarse a los cánones de belleza impuestos por la narcocultura (Mondaca, 2024).

La narcocultura, con sus códigos de violencia y de estética, marca una diferencia sustancial respecto a otros contextos, pues condiciona cómo se mira y se representa el cuerpo de las mujeres, cómo éste se mueve y se resguarda en la ciudad. Esta constatación me lleva a preguntarme qué tanto de lo que sabemos sobre la movilidad de las mujeres en México logra dar cuenta de experiencias como las que vivimos en Culiacán, donde el miedo, las restricciones y las estrategias cotidianas de las mujeres están atravesadas por un orden narcopatriarcal que aún no ha sido suficientemente explorado desde la investigación académica.

2.2.1. *Movilidad y mujeres en zonas de conflicto*

Si bien no existe una literatura académica consolidada que aborde de manera específica la movilidad de las mujeres en contextos atravesados por la violencia del narcotráfico, es posible apoyarse en investigaciones desarrolladas en otras regiones del Sur Global donde la intersección entre género, movilidad y violencia ha sido problematizada. Un referente importante es el estudio de Nausheen Anwar, Sarwat Viqar y Daanish Mustafa (2018) en Pakistán, quienes exploran cómo las mujeres experimentan formas de violencia urbana en ciudades como Karachi y Rawalpindi-Islamabad. Su investigación muestra que el acceso al transporte y a la infraestructura básica se encuentra mediado por dinámicas de género y atravesado por episodios de violencia extrema, lo que deriva en una movilidad interrumpida, restringida y constantemente negociada.

Este trabajo permite comprender que, en escenarios marcados por conflictos armados o por violencias urbanas de gran escala, las trayectorias de las mujeres están condicionadas tanto por limitaciones materiales -falta de transporte seguro, carencia de servicios-, como por la exposición cotidiana a amenazas, hostigamiento y enfrentamientos que moldean sus prácticas de movilidad. Dichas condiciones producen formas de movilidad precaria que afectan directamente las posibilidades de acceder a la educación, al trabajo y a espacios de sociabilidad.

Su análisis resulta relevante porque propone pensar la violencia no únicamente en sus expresiones espectaculares –atentados, enfrentamientos, incendios, exposición de cuerpos asesinados en la vía pública-, sino en su dimensión cotidiana, aquella que se filtra en los trayectos más diarios y en las rutinas urbanas de las mujeres. Encuentro que esto abre un marco comparativo para interpretar cómo, en Culiacán, la violencia derivada del narcotráfico y del orden narcopatriarcal genera efectos semejantes de interrupción, vigilancia y control sobre la movilidad de las mujeres.

A partir de esta revisión, identifiqué que no se cuenta con estudios que aborden de manera específica la movilidad de las mujeres desde un enfoque feminista en contextos atravesados simultáneamente por la violencia y el narcotráfico. Tampoco se encuentran trabajos que analicen esta problemática desde la perspectiva de las representaciones sociales, lo cual deja un vacío importante en la literatura. Señalar esta ausencia me permite marcar la pertinencia del planteamiento de este estudio como eje temático, así como subrayar su relevancia académica y teórica, al aportar un marco interpretativo importante para comprender cómo las violencias estructurales, particularmente las derivadas del orden narcopatriarcal, atraviesan y reconfiguran las prácticas de movilidad de las mujeres universitarias en Culiacán. De igual manera, al situarse en un contexto poco explorado por la investigación, este trabajo adquiere relevancia social, al abordar experiencias y tensiones que suelen permanecer en los márgenes del análisis académico y de las políticas públicas

CAPÍTULO 3. MARCO TEÓRICO

3.1. Reflexiones feministas sobre el orden patriarcal y el orden urbano

Rita Segato (2016) plantea que la historia de la esfera pública está intrínsecamente ligada a la historia del patriarcado. Según la autora, “la historia de la esfera pública o esfera estatal no es otra cosa que la historia del género” (p. 93). Desde esta perspectiva, el espacio urbano refleja procesos sociales y comportamientos humanos profundamente marcados por la diferenciación de género. En otras palabras, los espacios no son neutros: históricamente, los hombres han sido entendidos como la norma, sin considerar la diversidad de actores y funciones que conforman la vida urbana, como es el caso de las mujeres. No obstante, es importante reconocer que las mujeres tampoco constituyen un grupo homogéneo; sus experiencias y posibilidades de habitar la ciudad están atravesadas por múltiples ejes de diferenciación como la clase social, la raza, la edad o la orientación sexual. Tal como plantea Kimberlé Crenshaw (1989), la noción de interseccionalidad permite comprender cómo las estructuras de opresión se entrecruzan, generando desigualdades específicas que influyen también en las formas de movilidad y acceso al espacio urbano.

En primer lugar, me es relevante destacar las definiciones de patriarcado desarrolladas por diversas autoras. Marcela Lagarde (1999/2015) lo conceptualiza como un sistema de poder masculino que se manifiesta en múltiples formas, desde formaciones sociales y relaciones interpersonales hasta contenidos culturales. En una línea similar, Linda McDowell (1983) define el patriarcado desde los estudios feministas, entendido como un sistema que establece la superioridad de lo masculino sobre lo femenino. Estas perspectivas resultan fundamentales para argumentar, como señala Leslie Kern (2020), que el poder está codificado en los espacios que habitamos. Así, el orden urbano se construye y perpetúa sobre lógicas patriarcales que condicionan y estructuran tanto el uso como el significado del espacio en la ciudad.

Para revelar algunas de las lógicas patriarcales que sostienen la estructura urbana, es útil analizar las dicotomías geográficas que construyen oposiciones entre el espacio público y privado (Soto, 2014). Esta polarización merece ser interrogada. Tal como señala Lyn Lofland (1998), la distinción entre lo público y lo privado no puede entenderse de manera estrictamente binaria, ya que entre ambos existen zonas intermedias donde se negocian las

fronteras del encuentro, la visibilidad y la interacción social. Estas gradaciones permiten pensar la vida urbana de forma más compleja, atendiendo a los múltiples niveles de acceso, vigilancia y pertenencia que estructuran el habitar cotidiano.

Esta crítica ha sido ampliamente abordada desde las geografías feministas, donde el uso de dicotomías como público-privado, centro-periferia o movilidad-inmovilidad establece representaciones espaciales que asocian lo femenino y lo masculino a categorías específicas. Estas representaciones no solo impactan directamente el ordenamiento urbano, sino también las prácticas y dinámicas de las relaciones sociales (Massey, 1994; Soto, 2016).

Desde una lectura espacial de la polarización entre lo público y lo privado, la unidad doméstica puede entenderse como un núcleo fundamental de la opresión hacia las mujeres, dado que en su interior se manifiestan diversas formas de violencia, como el abuso sexual hacia niñas, niños y mujeres, la violencia doméstica y la violencia vicaria, entre otras. Por otro lado, las expresiones del patriarcado en el ámbito público se reflejan en la producción y reproducción de formas de coerción y dominio masculino (Soto, 2014), tales como la brecha salarial, la discriminación laboral, el acoso sexual y la violencia sexual en el espacio urbano, entre otros.

Una de las consecuencias más significativas de estas divisiones, y que resulta central para mi marco reflexivo, es que las separaciones rígidas tienden a generalizar y esencializar a lo que representa a “la mujer”, situándola dentro o fuera, en lo público o en lo privado, lo que estereotipa y limita sus posibilidades de movilidad en la ciudad (Saergert, 1981). Al ser su exclusión del ámbito de lo público una estrategia primordial por las que el patriarcado subordina a las mujeres (Walby, 1990).

A la teorización que aquí presento, no puedo excluir el orden del narcotráfico que media e impacta en las reflexiones feministas en cuanto al género, el orden urbano y la movilidad.

3.1.1. Narcotráfico y género: una deuda pendiente

Desde una perspectiva psicosocial, la violencia debe comprenderse a partir del pensamiento cotidiano, los discursos, las vivencias y las interpretaciones enmarcadas en contextos sociohistóricos situados (Domènech & Ibáñez, 1998). Al situar el análisis en esta investigación, añado el orden del narcotráfico, que no debe entenderse como algo separado del orden patriarcal ni del orden urbano. Siguiendo a Gabriela Polit (2014) el narcotráfico y

la violencia con la que opera en Culiacán, Sinaloa, han jugado un papel determinante en la vida de la ciudad. Este fenómeno incide tanto en la experiencia social, afectando los trayectos urbanos, como en las relaciones dentro del espacio, especialmente en las relaciones de género. Así, el narcotráfico moldea las dinámicas sociales y de movilidad y ha establecido un sistema de reglas no escritas que dominan las interacciones cotidianas y se entrelaza con las estructuras de género y el orden urbano. En este sentido, reconozco la necesidad de historizar el narcotráfico y el género, porque, tal como plantea Iliana Padilla (2017), en ciudades como Culiacán:

El narcotráfico tiene arraigo histórico², los habitantes han aprendido a convivir con el riesgo en las calles; escuchar detonaciones de arma, esquivar y tolerar el comportamiento transgresor y prepotente de automovilistas en carros lujos, e incluso atestiguar asesinatos en la vía pública. (p. 19)

3.1.2. Género y violencia por el narcotráfico

El género emerge como un tema central en el análisis de estas dinámicas, ya que el dispositivo sexo-género actúa como generador de sujetos, identidades, relaciones y prácticas sexo-genéricas específicas.

Estas características están profundamente entrelazadas con las relaciones de poder que estructuran tanto el crimen organizado como el narcotráfico (Núñez-Noriega & Espinoza, 2017).

Desde esta visión, el narcotráfico ha cimentado un modelo de hipermasculinidad que se convierte en el núcleo de la narcocultura, reproduciendo valores de dominación, control y violencia como elementos indispensables de lo que significa "ser hombre" en este contexto.

Esta forma de masculinidad no solo legitima, sino que exige la adopción de prácticas violentas como herramienta para consolidar el poder, tanto a nivel territorial como simbólico.

² El narcotráfico en México tiene más de un siglo de historia y ha impactado profundamente la vida cotidiana en todo el territorio nacional. Sin embargo, Sinaloa ocupa un lugar destacado como la "cuna del narcotráfico en México". Al ser el origen del *Cártel de Sinaloa*, fundado en 1979, así como de figuras clave en la historia del narcotráfico, como Miguel Ángel Félix Gallardo, Rafael Caro Quintero, Ismael "El Mayo" Zambada, Joaquín "El Chapo" Guzmán y las familias Carrillo Fuentes, Arellano Félix y Guzmán Loera (para una revisión detallada, véase Astorga, 2005; Valdés, 2013).

La hipermasculinidad se convierte en un modelo aspiracional³, que exalta el uso de la fuerza, el acceso a bienes materiales y la subordinación de otros, incluyendo a las mujeres y los enemigos (Núñez-González & Núñez-Noriega, 2019). Así, en la narcocultura, se construye a partir de actos performativos que buscan demostrar poder y autoridad. Rodrigo Parrini (2016) señala que una de las estrategias más significativas para reforzar esta identidad masculina es la feminización de los cuerpos de los enemigos. Este acto no es solo una manifestación de violencia extrema, es un mecanismo simbólico que busca despojar a los adversarios de su posición de poder dentro del sistema patriarcal. La mutilación, la exposición pública de los cuerpos y la utilización de estos como mensajes de terror transforman a los hombres derrotados en objetos, reforzando la jerarquía masculina a través de su subordinación simbólica.

Asimismo, existe un plano simbólico y material desde estas lógicas del narcotráfico. La acumulación y exhibición de bienes de lujo, vehículos costosos, joyas, ropa de marca, se convierten en marcadores de status. Este despliegue de poder económico reafirma la posición de los narcotraficantes dentro de la jerarquía social de la narcocultura y funciona como un espectáculo performativo que legitima su autoridad y perpetúa el ideal de la masculinidad poderosa y dominante (Núñez-González & Núñez-Noriega, 2019).

Al situar la violencia y la dominación como ejes centrales del género, el narcotráfico no solo refuerza el patriarcado, sino que lo extrema, creando un entorno en el que las relaciones de género, la movilidad y la convivencia urbana están marcadas por la exclusión, el control y el miedo. Así, pone de manifiesto cómo las estructuras patriarcales y narcopatriarcales interactúan para consolidar jerarquías y reproducir la violencia estructural.

3.1.3. Ecos patriarcales de la violencia extrema

El narcotráfico, como sistema de poder que trasciende las esferas de lo económico y lo criminal, se inserta profundamente en las estructuras patriarcales preexistentes, no solo reproduciéndolas, sino amplificándolas al introducir elementos de crueldad expresiva que las caracterizan. Rita Segato (2018) define esta crueldad como una pedagogía, una forma de

³ Dicho modelo aspiracional se exalta a partir de las producciones culturales sobre el narcotráfico, el cual ha permeado la esfera cultural en Culiacán, generando una iconografía sociocultural que entrelaza las creencias y tradiciones populares con las actividades ilícitas del narcotráfico; narcocorridos, series televisivas, películas, íconos religiosos como Jesús Malverde, entre otros.

aprendizaje colectivo que establece jerarquías a través de la violencia extrema y que utiliza los cuerpos de las mujeres como lienzo donde se inscriben mensajes de poder, control y sometimiento. En el contexto de narcotráfico, esta lógica es especialmente evidente, pues la violencia feminicida opera como un dispositivo para reforzar las jerarquías del narcotráfico, a la vez que perpetúa la subordinación de las mujeres en un sistema patriarcal extremo.

En este sentido, Rita Segato (2016) sostiene que el cuerpo de las mujeres asesinadas funciona como un territorio donde se graban mensajes disciplinarios de terror. En el caso del narcotráfico, estos mensajes están dirigidos a rivales, aliados y a la comunidad en general, en una demostración pública de dominio. Para la autora, la mutilación, violación, y asesinato de mujeres no son actos aleatorios ni impulsos individuales, sino estrategias simbólicas diseñadas para consolidar el poder de los cárteles. Estas prácticas convierten los cuerpos de las mujeres en vehículos de una narrativa de terror que asegura el control territorial y refuerza la cohesión interna de los grupos criminales mediante pactos de violencia compartida. Este tipo de violencia cruza los límites de lo instrumental: no busca únicamente silenciar o eliminar a una mujer, sino que transforma su cuerpo en un mensaje explícito de dominación. La exhibición pública de los cuerpos mutilados en espacios comunes de la ciudad o acompañados de narco-mensajes subraya la dimensión expresiva de estos actos.

En esta amalgama entre narcotráfico y patriarcado, las mujeres no solo son víctimas de violencia de género, también se convierten en instrumentos de poder que refuerzan las estructuras masculinas dentro y fuera de las dinámicas criminales. Estas violencias, se inscriben en un modelo de control que transforma las relaciones sociales y asegura la permanencia de un sistema basado en la subordinación y la crueldad (Segato, 2010, 2016).

3.1.4. Narcopatriarcado: un marco para comprender el cruce entre el patriarcado y el narcotráfico

Siguiendo a Ernestina Lizárraga y Beatriz Yazuko (2019) la teoría de género enfrenta una deuda histórica en el análisis del narcotráfico debido al hermetismo académico, la visión androcéntrica y la exclusión sistemática de las experiencias femeninas. Esta exclusión ha perpetuado la idea errónea de que el narcotráfico es un espacio exclusivamente masculino. Lilian Paola Ovalle y Corina Giacomello (2006) también señalan que las mujeres en este contexto suelen ser relegadas a roles subordinados, aunque su participación no se limita a

estos. Más allá de documentar esta participación, es importante analizar cómo las estructuras patriarcales del narcotráfico refuerzan una jerarquía de género que restringe las posibilidades de las mujeres en la vida social y cultural, incluso fuera del ámbito delictivo (Lizárraga & Yazuko, 2019).

Con todo lo expuesto aquí, propongo la categoría de *narcopatriarcado*, como intersección entre el patriarcado y el narcotráfico, que configura un sistema cultural y simbólico que perpetúa y extrema la dominación masculina, moldeando profundamente las relaciones de género en las sociedades donde opera la narcocultura. Este concepto expone cómo el poder patriarcal, que históricamente ha subordinado a las mujeres, converge con las estructuras de violencia, control y ostentación del narcotráfico para imponer jerarquías de género aún más restrictivas.

Para Anajilda Mondaca (2012), la narcocultura es un espacio social donde las mujeres son vistas como símbolos estéticos, de estatus y poder, destinados a complementar la figura masculina dominante. Estas dinámicas refuerzan la cosificación de las mujeres, confinándolas a roles de apoyo como parejas, amantes o figuras decorativas que legitiman y magnifican el poder de los hombres dentro de la narcocultura. Este modelo limita las posibilidades de autonomía y agencia de las mujeres, además que condiciona sus experiencias de movilidad, al reducirlas a las esferas controladas por figuras masculinas.

El narcopatriarcado no solo opera en el ámbito simbólico, sino que se manifiesta materialmente en el control coercitivo que los hombres ejercen sobre los espacios urbanos. Me interesa destacar cómo afecta a las mujeres universitarias, quienes enfrentan restricciones específicas en su movilidad debido a la presencia de estructuras de poder patriarcales y narcopatriarcales que redefinen los territorios. En contextos como Culiacán, las dinámicas del narcotráfico influyen directamente en la seguridad de los espacios, limitando la libertad de movimiento de las mujeres bajo pretextos de protección o moralidad, y exponiéndolas a riesgos constantes en espacios urbanos (Núñez-González, 2017). La imposición de horarios y la exclusión de ciertos espacios se convierten en estrategias para regular la movilidad de las mujeres, reforzando la idea de que los espacios urbanos son inherentemente masculinos y que las mujeres deben mantenerse al margen o bajo supervisión. Este control refleja una dominación territorial del narcotráfico y un reforzamiento de las normas patriarcales tradicionales.

En el contexto urbano de ciudades como Culiacán, las mujeres universitarias experimentan una doble carga: por un lado, el temor a la violencia asociada al narcotráfico; por otro, las restricciones sociales impuestas por el narcopatriarcado. La violencia de género en este orden se exagera mediante prácticas como el acoso callejero, el hostigamiento por parte de figuras masculinas asociadas al narcotráfico y la amenaza constante de ser objeto de violencia sexual o física. Los espacios urbanos están marcados por la presencia simbólica y material del narcotráfico, lo que reconfigura las relaciones de poder en la ciudad y profundiza las desigualdades de género (Núñez-González & Núñez-Noriega, 2019).

Entender el impacto del narcopatriarcado en la movilidad de las mujeres universitarias exige analizar la interacción entre las estructuras patriarcales tradicionales y las dinámicas de poder del narcotráfico. Este sistema cosifica a las mujeres y las subordina a roles decorativos, así como condiciona sus posibilidades de participar activamente en los espacios urbanos y académicos. Al abordar estas dinámicas, entiendo que el narcopatriarcado no es simplemente un reflejo del patriarcado, sino una extensión intensificada que refuerza las desigualdades de género mediante la violencia, el control territorial y la cultura del miedo.

Desde esta perspectiva, ¿cómo se vive y se resiste, para las mujeres universitarias de Culiacán, el peso del narcopatriarcado? En este contexto, ellas son frecuentemente percibidas desde una óptica que combina el conservadurismo patriarcal con las expectativas de la narcocultura. Se espera que encarnen ideales de belleza y obediencia que complementen la figura masculina dominante, al tiempo que se mantengan alejadas de aquellas esferas que puedan desafiarlas o exponerlas a riesgos. Para muchas, asistir a la universidad implica negociar de manera constante con las normas patriarcales que cuestionan su acceso a la educación y a la movilidad autónoma, especialmente en un entorno de inseguridad exacerbada por el narcotráfico. La universidad, entonces, no solo se convierte en un territorio de disputa, sino también en un espacio desde donde las mujeres resisten y reconfiguran los significados del orden narcopatriarcal.

3.2. Claves para abordar la movilidad urbana

Analizar la movilidad desde una mirada feminista implica entenderla como una práctica social cargada de significado, que además de ser relacional, posee una dimensión política. Esto se debe a que la movilidad puede reproducir, permitir, disputar o transformar

las relaciones de poder existentes. Desde esta perspectiva, no se trata únicamente de un fenómeno que refleja las estructuras sociales, sino de un proceso activo que contribuye a construir y perpetuar desigualdades (Jirón & Zunino-Singh, 2017).

A lo largo del tiempo, los estudios, narrativas y decisiones en torno al transporte y los trayectos han estado dominados por visiones masculinas, tanto en su análisis como en su planificación y administración. No obstante, en las últimas décadas se ha observado una creciente participación de las mujeres tanto como usuarias del transporte, como trabajadoras dentro del sector e investigadoras dedicadas al estudio de la movilidad (Jirón & Cortés, 2011). Esta presencia ha contribuido a replantear el enfoque tradicional, abriendo espacio para nuevas lecturas que consideran los distintos usos y significados que se le atribuyen a la movilidad. La articulación entre género y movilidad, nos permite dialogar sobre las desigualdades estructurales que atraviesan las experiencias urbanas, así como las brechas que afectan de forma diferenciada a mujeres y hombres dentro de los sistemas de transporte.

Me es fundamental señalar que, tradicionalmente, los trayectos urbanos han sido abordados desde enfoques que los entienden como un mero desplazamiento entre dos puntos dentro del entramado urbano. No obstante, tanto las geografías feministas como los estudios contemporáneos sobre movilidad han cuestionado esta concepción, al considerarla limitada para comprender la complejidad de las experiencias humanas que la configuran. Estos enfoques proponen una mirada más amplia que permite analizar las desigualdades y relaciones de poder que determinan quién puede moverse, en qué condiciones y con qué consecuencias (McDowell, 1999), así como las prácticas socioespaciales y los mecanismos de exclusión que moldean y definen los significados de los lugares (Massey, 1994).

Desde esta perspectiva, la movilidad no es un fenómeno neutral, ya que está profundamente atravesada por las relaciones de poder que configuran tanto el diseño de las ciudades como los cuerpos que las recorren. Paola Jirón y Susana Cortés (2011) sostienen que no es adecuado abordar la movilidad desde una lógica puramente individual, pues las decisiones relacionadas con los desplazamientos están mediadas por múltiples factores interrelacionados, tales como la etapa del ciclo vital, la edad, la estructura familiar y diversas dinámicas sociales que influyen en cómo, cuándo y por qué se transita por el espacio urbano.

En el caso de las mujeres, la movilidad por la ciudad está condicionado no solo por su género, sino también por otros factores interseccionales como la clase social, la edad, el

origen étnico y las múltiples formas de violencia estructural. De este modo, la movilidad se configura como un espacio de tensión y negociación permanente entre el deseo de autonomía y las limitaciones impuestas por violencias tanto estructurales como simbólicas.

3.2.1. Movilidad y representaciones sociales

Para Serge Moscovici (1961), las representaciones sociales constituyen un sistema integrado por valores, ideas y prácticas que cumplen una doble función: por un lado, nombran y estructuran la realidad, facilitando que las personas se orienten en su entorno social y material; por otro, posibilitan la comunicación entre los miembros de una comunidad mediante códigos compartidos. Denise Jodelet (1989) define las representaciones sociales como una forma de conocimiento socialmente construida y compartida, que permite al individuo actuar y contribuye a la construcción de una realidad comunal propia de un grupo social. En este sentido, las representaciones sociales no solo construyen y reproducen modalidades específicas de conocimiento social, sino que también se vinculan con formas particulares de comportamiento y comunicación entre los sujetos. Actúan como marcos que orientan la percepción e interpretación de la realidad, constituyéndose en un instrumento heurístico (Jodelet, 2015). Además, son performativas, ya que guían las prácticas y conductas de los agentes sociales.

La teoría de las representaciones sociales plantea que los individuos, los grupos y las sociedades configuran su pensamiento a partir de las representaciones que construyen colectivamente a lo largo de su historia. Según Moscovici (1988a) estos sistemas de pensamiento son dinámicos y cambiantes, conviviendo con las nuevas formas de conocimiento que emergen en las sociedades. En este marco, las representaciones sociales se han consolidado como una herramienta analítica valiosa para examinar los sistemas simbólicos en diversos grupos y contextos sociales.

La teoría de las representaciones sociales ha trascendido el ámbito de la psicología social, encontrando eco en disciplinas como la antropología, la sociología y las ciencias de la educación, entre otras. Estas aportaciones han dado lugar a diversas perspectivas que enriquecen y amplían la propuesta original de Moscovici (1961). Por ejemplo, la aproximación estructural, centrada en metodologías cuantitativas, analiza los elementos centrales y periféricos de la representación social de un objeto específico (Abric, 1995). Por su parte, la perspectiva genética examina los sistemas normativos y meta-normativos que

intervienen en la construcción de las representaciones sociales (Doise et al., 1992). Sin embargo, me es particularmente pertinente para enmarcar la presente investigación desde la perspectiva antropológica, al ser la que enfatiza el carácter complejo de las representaciones sociales, otorgándoles sentido a partir del análisis del contexto socio-cultural e histórico en el que se generan (Jodelet, 1989).

Martha De Alba (2019) sugiere que el primer paso para aplicar la teoría de las representaciones sociales es identificar el objeto de representación que se desea estudiar, así como a los individuos o comunidades pertinentes para observar cómo construyen dichas representaciones. Desde esta perspectiva, puede abordarse el estudio de la movilidad urbana identificando los desplazamientos urbanos como el objeto de representación construido por actores sociales específicos, en este caso, las mujeres universitarias de Culiacán, Sinaloa, México.

En la propuesta de Moscovici, no existe una separación entre sujeto y objeto, pues ambos se co-construyen socialmente en relación con los otros, estén presentes o no. De este modo, el objeto representado adquiere sentido y materialidad a través de las representaciones. En el caso de la movilidad urbana, esta se integra a la realidad social cuando es nombrada, comunicada, explicada, evaluada y comprendida mediante los mecanismos del pensamiento social, las emociones y el lenguaje (De Alba, 2019). Así, la movilidad urbana no se limita a su dimensión material, sino que incluye una perspectiva subjetiva que incorpora las experiencias de las mujeres universitarias: sus emociones, sentimientos, recuerdos, sueños, miedos y deseos (Silva, 2001; Soto, 2019). Estos elementos conforman la vivencia del desplazamiento, tanto individual como colectivo, con interés en el contexto socio-cultural marcado por complejidades simbólicas y sociales.

Para comprender mejor la incorporación de las representaciones sociales en el estudio de la movilidad urbana, es esencial considerar los dos mecanismos clave a través de los cuales operan: la objetivación y el anclaje, procesos que les otorgan materialidad y las sitúan en un contexto histórico, social y cultural.

El proceso de objetivación convierte las ideas abstractas en algo concreto y tangible, permitiendo que las representaciones adquieran forma en el mundo social. En el caso de las mujeres universitarias, este mecanismo hace posible que las imágenes, conceptos o ideas sobre su experiencia de movilidad urbana se expresen y compartan mediante el lenguaje, las

prácticas cotidianas y los esquemas comunicables socialmente. De este modo, las representaciones de los desplazamientos urbanos no solo se hacen visibles, sino que se integran como parte de su realidad vivida, conectando su subjetividad con lo colectivo.

Por otro lado, el anclaje refiere al proceso de asimilación de un objeto nuevo dentro de las representaciones ya existentes, lo que permite comprenderlo e incorporarlo a la realidad cotidiana. Este mecanismo transforma lo desconocido en algo familiar al integrarlo en las categorías previas de un grupo, enriqueciendo y modificando dichas categorías en el proceso. En este contexto, la memoria social juega un papel crucial, al activar el bagaje sociocultural que los individuos y grupos movilizan para construir la representación de un objeto. En el caso de la movilidad urbana, el anclaje permite que las mujeres universitarias incorporen sus experiencias de desplazamiento en un marco de referencia compartido que refleja valores, normas y narrativas propias de su entorno social. Estos mecanismos permiten explorar cómo las mujeres universitarias elaboran representaciones sociales que otorgan sentido a su experiencia de movilidad en un contexto atravesado por dinámicas de violencia, desigualdad y narcotráfico, resignificando tanto su realidad cotidiana como su lugar dentro de ella.

3.2.2. El giro de la movilidad: repensar trayectorias, sentidos y prácticas

En este apartado me interesa partir de la noción del “giro de la movilidad” como un desplazamiento teórico que ha transformado la forma en que entendemos los fenómenos sociales. En lugar de considerar el movimiento únicamente como un objeto a ser medido - tiempos de traslado, flujos o patrones de viaje-, este giro propone concebirlo como lente para mirar la vida social misma. Mimi Sheller y John Urry (2006) plantean que la movilidad debe colocarse en el corazón de lo social, pues a través de ella se producen significados, afectos, desigualdades y prácticas de poder. Así, moverse no es simplemente trasladarse de un punto a otro, es también habitar en movimiento, experimentar, producir cultura y, al mismo tiempo, ser modelado por tecnologías, infraestructuras y relaciones sociales. Entiendo este giro como una invitación a dejar de pensar la ciudad como un espacio fijo al que las movilidades llegan de manera secundaria, y más bien reconocer que las ciudades son también el resultado de los trayectos que las atraviesan, configuran y disputan.

Desde esta perspectiva, me resulta clave resaltar que el giro de la movilidad desplaza las ideas tradicionales de los “no-lugares” de Marc Augé (1992) o de los “tiempos muertos”

del transporte. En cambio, enfatiza que incluso en los trayectos breves, rutinarios o fugaces se construyen sentidos, se negocian identidades y se viven afectos. Dhan Zunino-Singh (2018) recuerda que moverse es también una forma de habitar: caminar por una calle, subir a un autobús o recorrer una ruta universitaria no son simples instancias instrumentales, sino espacios donde se producen significaciones culturales, se generan vínculos o se sienten miedos. De esta manera, insisto que estudiar las trayectorias cotidianas de las mujeres universitarias en un contexto marcado por la violencia en Culiacán me permite problematizar la movilidad como acceso al espacio urbano, además de la movilidad como experiencia cargada de emociones, restricciones y estrategias de resistencia.

Al articular este enfoque con el estudio de las representaciones sociales, propongo un cruce que considero fértil. Las representaciones sociales son marcos culturales compartidos que orientan las prácticas, dotan de sentido a la experiencia y legitiman ciertos imaginarios sobre el mundo (Jodelet, 1986). En este sentido, como señalan Adey et al. (2014), este nuevo paradigma exige también un giro epistemológico: se trata de metodologías capaces de captar lo efímero, lo afectivo y lo relacional que ocurre en el desplazamiento, y ahí encuentro en las representaciones sociales una vía para leer esas experiencias como datos de movilidad, pero también, como narrativas y símbolos compartidos.

Finalmente, considero pertinente este cruce porque me permite sostener una postura que reconozca la movilidad que, además de ser una práctica material, trata de una experiencia situada y culturalmente mediada. Retomar los aportes de Büscher et al. (2011), resulta fundamental para pensar cómo indagar lo que sucede en movimiento, pero también para reconocer que ese movimiento está inscrito en relaciones de poder y en estructuras desiguales que se viven de manera diferenciada. En mi investigación, las representaciones sociales funcionan como un puente para comprender cómo las mujeres universitarias resignifican el espacio urbano y la violencia que lo atraviesa: el miedo, las estrategias de cuidado, los silencios o las formas de esquivar el peligro son, al mismo tiempo, prácticas móviles y representaciones sociales. De este modo, la pertinencia de estudiarlo desde aquí se justifica en la posibilidad de comprender cómo se mueven las mujeres universitarias y cómo significan sus trayectorias en un entorno marcado por el narcopatriarcado y la inseguridad.

3.2.3. Movilidad cautiva: barreras físicas, culturales y simbólicas

Comprender la movilidad desde una perspectiva feminista implica atender los recorridos visibles en la ciudad, así como las formas de sujeción y limitación que atraviesan la vida cotidiana de las mujeres. Por una parte, Fernando Calonge (2019) ha señalado cómo las capas bajas de la sociedad quedan “cautivas” del uso del transporte público y, por ello, más expuestas a sufrir mayores niveles de violencia, mientras que los sectores socioeconómicos altos disponen de automóviles privados que les permiten realizar sus trayectos con mayores márgenes de protección.

No obstante, al vincular este planteamiento con la noción de “cautiverio” propuesta por Marcela Lagarde (1999/2015), se complejiza la mirada. La autora define el cautiverio como la condición de opresión de las mujeres, que se concreta en una relación específica con el poder y se caracteriza por la privación de la libertad, de la autonomía vital y de la posibilidad de decidir sobre los hechos fundamentales de la vida y del mundo. En este sentido, la categoría de *cautiverios de las mujeres* ofrece un marco importante para comprender cómo la movilidad se encuentra profundamente condicionada por los dispositivos patriarcales que producen encierro, dependencia y subordinación. Siguiendo a la autora, los cautiverios no se reducen a prisiones físicas, son entramados sociales, simbólicos y culturales que restringen el ejercicio de la autonomía, limitan los deseos y naturalizan el control sobre los cuerpos de las mujeres. Desde esta articulación, las movilidades cautivas comprenden desigualdades socioeconómicas, muestran cómo los cuerpos de las mujeres se encuentran sujetos a múltiples formas de control y restricción que limitan su autonomía y su derecho a la ciudad.

Paula Soto (2023) plantea que las mujeres experimentan una movilidad cautiva derivada de las restricciones de acceso, calidad y cobertura del transporte público, acentuadas por la deficiente infraestructura vial. Estas condiciones generan escenarios en los que las mujeres dependen de modos informales de transporte o de traslados a pie, y en muchas ocasiones llegan incluso a desistir de realizar ciertos viajes. Dichas restricciones podrían describirse bajo la noción de inmovilidad, entendida como la ausencia de desplazamientos (Motte-Baumvol et al., 2016). Sin embargo, considero que hablar de una movilidad cautiva resulta más adecuado para el análisis que aquí propongo, pues permite complejizar la mirada: no se trata únicamente de la ausencia de movilidad, sino de trayectos profundamente

condicionados por desigualdades socioeconómicas y por dispositivos patriarcales que limitan la autonomía, reproducen subordinaciones y exponen a las mujeres a violencias en su movilidad cotidiana.

Lo que me interesa aquí, es trasladar esta mirada al análisis de la movilidad urbana, al reconocer que las movilidades de las mujeres no pueden asumirse como prácticas neutras, sino como trayectorias mediadas por múltiples cautiverios. Como destacan estudios feministas sobre espacio y género (Soto, 2014; Vidó, 2022), la movilidad se encuentra atravesada por el miedo, la vigilancia y las miradas que producen inseguridad. En Culiacán, estas formas de restricción se intensifican ante la presencia del narcotráfico, que introduce violencia armada, normas sociales, códigos de comportamiento y representaciones en torno al cuerpo femenino (Mondaca, 2024). Así, las mujeres viven una movilidad negociada, en la que cada trayecto requiere de cálculos, adaptaciones y estrategias para sobrevivir.

Desde esta perspectiva, puede decirse que la ciudad misma deviene en un cautiverio extendido. Los mandatos de género, las recomendaciones familiares, las restricciones horarias o las zonas vetadas por la violencia son expresiones de un mismo entramado de poder que acota el derecho a la ciudad. Las mujeres universitarias experimentan una movilidad marcada por el temor constante, en donde la libertad de desplazarse se encuentra condicionada por la necesidad de resguardarse, callar o adaptarse a las lógicas de un contexto hostil. En este sentido, el espacio urbano no se vive como un escenario de circulación libre, sino como un campo de tensiones donde la violencia y el patriarcado definen lo posible y lo prohibido.

Es a partir de estas observaciones que utilizo la noción de movilidad cautiva. Con ella nombro esa experiencia situada en la que moverse no significa necesariamente libertad, sino transitar dentro de los límites de un cautiverio impuesto por la violencia patriarcal y narcopatriarcal. Esta movilidad no solo se restringe en términos físicos, como la inmovilidad que impone el miedo a salir de casa, por ejemplo. Sino también en el plano cultural y simbólico, donde los mandatos, las representaciones y las normas sociales se convierten en fronteras invisibles que determinan las trayectorias. Reconocer la movilidad cautiva implica entonces, entender que, para muchas mujeres, el acto de trasladarse en la ciudad se da bajo condiciones de vulnerabilidad, negociación y resistencia, recordándonos que los cautiverios se actualizan y expanden en los cuerpos y en los territorios.

3.2.4. Movilidad en resistencia: agencia en contextos hostiles

Ampliar la mirada sobre la movilidad urbana de las mujeres en contextos de violencia implica reconocer que no todo puede reducirse a la lógica del miedo y el encierro. Si bien las condiciones de un orden narcopatriarcal generan lo que expongo como movilidad cautiva, también es necesario retomar la capacidad de agencia de las mujeres en su vida cotidiana. Como señala Nerea Barjola (2023), la narrativa del miedo no es estática, las mujeres resignifican sus experiencias y construyen estrategias de resistencia que desafían los dispositivos de control y opresión. En este sentido, moverse por la ciudad no es únicamente un acto de sobrevivencia, sino también un gesto de disputa frente a un contexto hostil que pretende inmovilizarlas (Castro-Angulo et al., en prensa).

La movilidad puede ser leída, entonces, como un campo de tensiones donde coexisten control y resistencia. Linda McDowell (1999) enfatiza que los espacios urbanos no son solo escenarios de opresión, sino territorios en los que las mujeres generan prácticas que cuestionan las normas impuestas sobre su presencia. De manera complementaria, Doreen Massey (1994) recuerda que el espacio es siempre una construcción social atravesada por relaciones de poder, y precisamente por ello puede ser desafiado y resignificado a través de la acción de quienes lo habitan. En este marco, cada trayecto cotidiano de las mujeres puede entenderse como una práctica política de resistencia. Subirse a un transporte público que históricamente ha sido escenario de acoso o agresiones constituye un acto desafiante frente a un entorno que las busca excluir; caminar de noche en una ciudad atravesada por la violencia sexual y armada implica disputar la clausura simbólica del espacio urbano; reunirse en plazas, parques o universidades para exponer demandas feministas significa inscribir presencia política en lugares donde el mandato patriarcal pretende que no estén. En estas prácticas cotidianas se condensan formas de resistencia que reconfiguran las jerarquías urbanas y tensionan los límites impuestos al derecho de las mujeres a habitar la ciudad.

Además, como plantea Patricia Simón (2022), estas formas de resistencia no ocurren únicamente en lo individual, se sostienen en redes de apoyo y solidaridad que permiten a las mujeres contrarrestar narrativas de temor y cautiverio. Ya sea a través de acompañamientos, colectivas feministas, grupos de amigas o iniciativas comunitarias, las mujeres encuentran en el vínculo con otras una posibilidad de ampliar sus márgenes de acción en el espacio urbano. Estas redes, en tanto prácticas de cuidado y resistencia, desestabilizan la idea de que la

violencia deja a las mujeres aisladas e inmóviles, mostrando que la movilidad también puede ser un vehículo para la construcción de comunidad y de alternativas frente a la hostilidad del entorno.

En esta línea, caminar la ciudad, apropiarse de los espacios públicos y posicionarse en ellos constituye un acto de resistencia en sí mismo. Tal como apunta Leslie Kern (2020), las prácticas de las mujeres al habitar lo urbano desafían los significados patriarcales del territorio y reconfiguran su sentido. Estas acciones, más allá de la vigilancia y la autoprotección, se inscriben como una lucha por el derecho a la ciudad, pues desafían las fronteras simbólicas que pretenden expulsarlas del espacio público o confinarlas. Hablar de movilidad en resistencia es, entonces, reconocer que los cuerpos de las mujeres no solo sufren las restricciones de un contexto violento, también lo interpelan, lo transforman y lo disputan en cada movimiento.

CAPÍTULO 4. ELEMENTOS CONTEXTUALES

Culiacán, capital del estado de Sinaloa, se ha convertido en un epicentro de la narcoguerra que atraviesa México desde inicios del siglo XXI. La violencia armada, las disputas territoriales entre grupos del crimen organizado y los operativos de las fuerzas federales han configurado el día a día de la ciudad. Enfrentamientos armados, bloqueos en las principales avenidas, incendios de vehículos y balaceras en colonias céntricas no son episodios aislados, sino prácticas recurrentes que generan la sensación de vivir en un estado de guerra no declarada (Cordero, 2024). Los llamados *Jueves Negros* o *Culiacanazos*⁴, son hitos que condensan la memoria colectiva de un territorio paralizado en cuestión de minutos: carreteras tomadas, escuelas cerradas, familias resguardándose en sus casas y una ciudad entera suspendida en el miedo (Burgos-Dávila et al., 2023; Burgos-Dávila & Almonacid, 2021).

En este contexto se sitúa lo que distintos medios y analistas han denominado la actual “Guerra en Sinaloa”: una nueva oleada de violencia originada por el conflicto interno entre dos facciones del Cártel de Sinaloa que disputan el control del territorio. Esta confrontación, también nombrada localmente como *narcoguerra* o incluso *narcopandemia*, ha colocado a Culiacán en el centro de la atención nacional e internacional. Como advierte Iliana Padilla (2024b), esta violencia no surgió de manera repentina ni proviene de un lugar externo, sino que responde a procesos de larga duración en la ciudad, donde la exclusión social, la impunidad y las redes del narcotráfico han moldeado las formas de habitar.

Distintos medios de comunicación señalan dos fechas clave en la reconfiguración de esta violencia. La primera es el jueves 25 de julio de 2024, cuando los noticieros reportaron la detención de dos figuras destacadas del narcotráfico: Ismael “El Mayo” Zambada, capturado en Estados Unidos, y Joaquín Guzmán López, hijo de Joaquín “El Chapo” Guzmán. Ese mismo día, horas más tarde, se confirmó el asesinato del exrector de la Universidad Autónoma de Sinaloa (2005-2009) y expresidente municipal de Culiacán (2013-

⁴ Los llamados *Culiacanazos* o *Jueves Negros* refieren a dos episodios de violencia extrema ocurridos en Culiacán: el primero el 17 de octubre de 2019 y el segundo el 5 de enero de 2023. En ambas fechas, la ciudad fue escenario de enfrentamientos armados, bloqueos y ataques coordinados tras operativos de captura contra Ovidio Guzmán López, “El Ratón”, hijo de Joaquín Guzmán Loera, “El Chapo”, uno de los líderes del Cártel de Sinaloa.

2016), Héctor Melesio Cuén Ojeda, tras un ataque con arma de fuego. Este hecho, interpretado como una traición interna, desencadenó un conflicto abierto entre dos facciones principales del Cártel: *Los Mayos*, liderados por los hijos de Ismael Zambada, y *Los Chapitos*, encabezados por los hijos de Joaquín Guzmán Loera.

El enfrentamiento interno marcó el inicio de una nueva etapa en la lucha por el control del territorio y el poder dentro de la organización, exacerbando la violencia en la región y sacudiendo el frágil equilibrio que sostenía la relación entre el crimen organizado, el Estado y diversas instituciones sociales y económicas en Sinaloa (Padilla, 2024a).

La segunda fecha clave fue el lunes 9 de septiembre de 2024, cuando una ola de violencia desatada en la región evidenció que el orden local estaba siendo reestructurado. Desde entonces, no ha habido un solo día en que el estado y su capital estuvieran exentos de actos de violencia. Las cifras recientes ayudan a dimensionar la magnitud de la violencia en Sinaloa. Entre el 25 de julio de 2024 y el 30 de junio de 2025, Revista Espejo documentó 3,414 eventos criminales en los 20 municipios del estado de Sinaloa, con Culiacán como epicentro. En ese periodo se registraron 254 enfrentamientos armados, más de 1,700 personas asesinadas y al menos 39 “víctimas colaterales”. En cuanto a las desapariciones, los datos oficiales hablan de 1,587 personas desaparecidas desde septiembre de 2024 hasta junio de 2025, de las cuales 1,136 siguen sin ser localizadas (Villaman et al., 2025). Pero las cifras cambian cuando se escuchan las voces de quienes buscan, la colectiva de madres buscadoras *Sabueso Guerreras*⁵ cuenta hasta 2,800 personas desaparecidas entre septiembre de 2024 y agosto de 2025 (X. Ramírez, 2025). Esa diferencia entre números oficiales y registros de las familias deja ver no solo la magnitud del problema, sino también la distancia entre la estadística y la vida cotidiana de quienes sostienen la búsqueda día con día.

Desde los datos estadísticos, según la Encuesta Nacional de Seguridad Pública Urbana (ENSU), hasta julio del 2025, el 90.6% de la población de Culiacán considera que vivir en esta ciudad es inseguro, cifra que posiciona a la capital sinaloense en primer lugar nacional en percepción de inseguridad (Instituto Nacional de Estadística y Geografía [INEGI], 2025). Este porcentaje no se ha mantenido estable, sino que ha crecido de manera exponencial en los últimos meses, reflejando cómo la escalada de violencia ha intensificado

⁵ *Sabueso Guerreras* es un colectivo integrado por familiares y, principalmente, madres buscadoras del estado de Sinaloa, dedicado a la localización de personas desaparecidas mediante jornadas de rastreo en campo, acompañamiento a víctimas y exigencia de justicia frente a las autoridades.

la sensación de miedo colectivo. Estas cifras cuantifican la violencia y son la evidencia de que la narcoguerra atraviesa cada aspecto de la vida cotidiana y condiciona las formas de habitar y moverse en la ciudad.

Imagen 1. Mural de desaparecidos, Catedral de Culiacán.



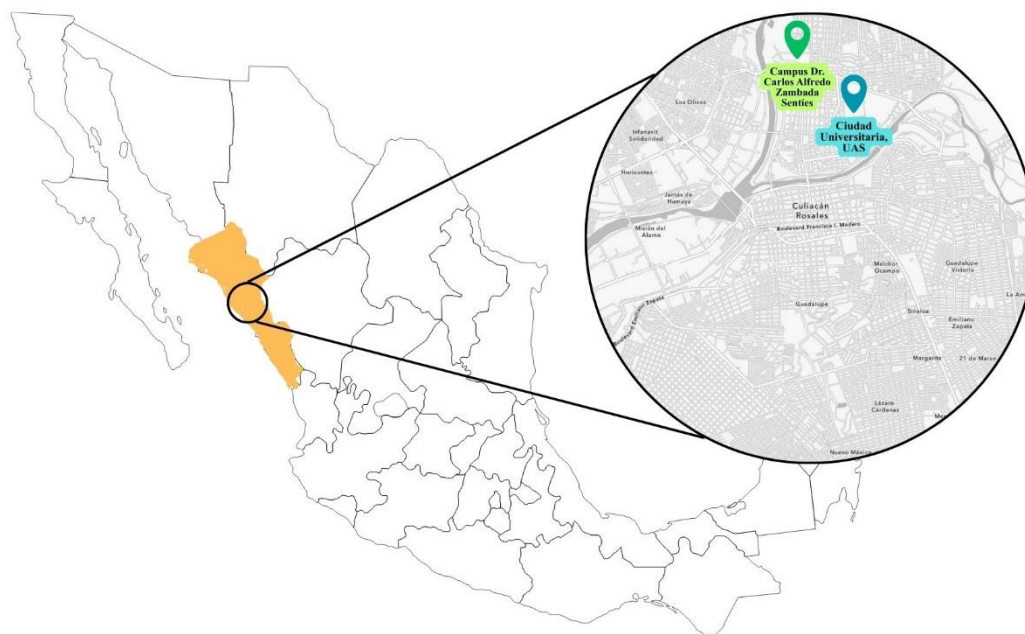
Nota: Fotografías que tomé en mayo del 2025. Catedral en el centro de Culiacán, *mural de desaparecidos* hecho por el colectivo Sabueso Guerreras.

4.1. La ciudad como escenario de desigualdad: estructura urbana y transporte público

Ciudad Universitaria (CU) constituye el principal destino de desplazamiento para las mujeres universitarias que participaron en este estudio. Localizada en la zona norte de Culiacán, CU concentra una gran parte de las facultades de la Universidad Autónoma de Sinaloa (UAS), así como diversos espacios administrativos, deportivos y culturales. Su ubicación la convierte en un punto de movilidad dentro de la ciudad, ya que diariamente convergen cientos de estudiantes provenientes de colonias periféricas, barrios tradicionales y zonas intermedias.

En la figura 1 muestro la localización de Culiacán, Sinaloa, al noroeste de México, y la ubicación de los dos campus universitarios vinculados a las participantes de esta investigación -Ciudad Universitaria y el Campus Dr. Carlos Alfredo Zambada Senties-. Este esquema permite situar el territorio donde se desarrolla la vida universitaria de las jóvenes, y desde donde se tejen los trayectos cotidianos.

Figura 1. Geolocalización de Culiacán y zonas universitarias vinculadas al estudio.

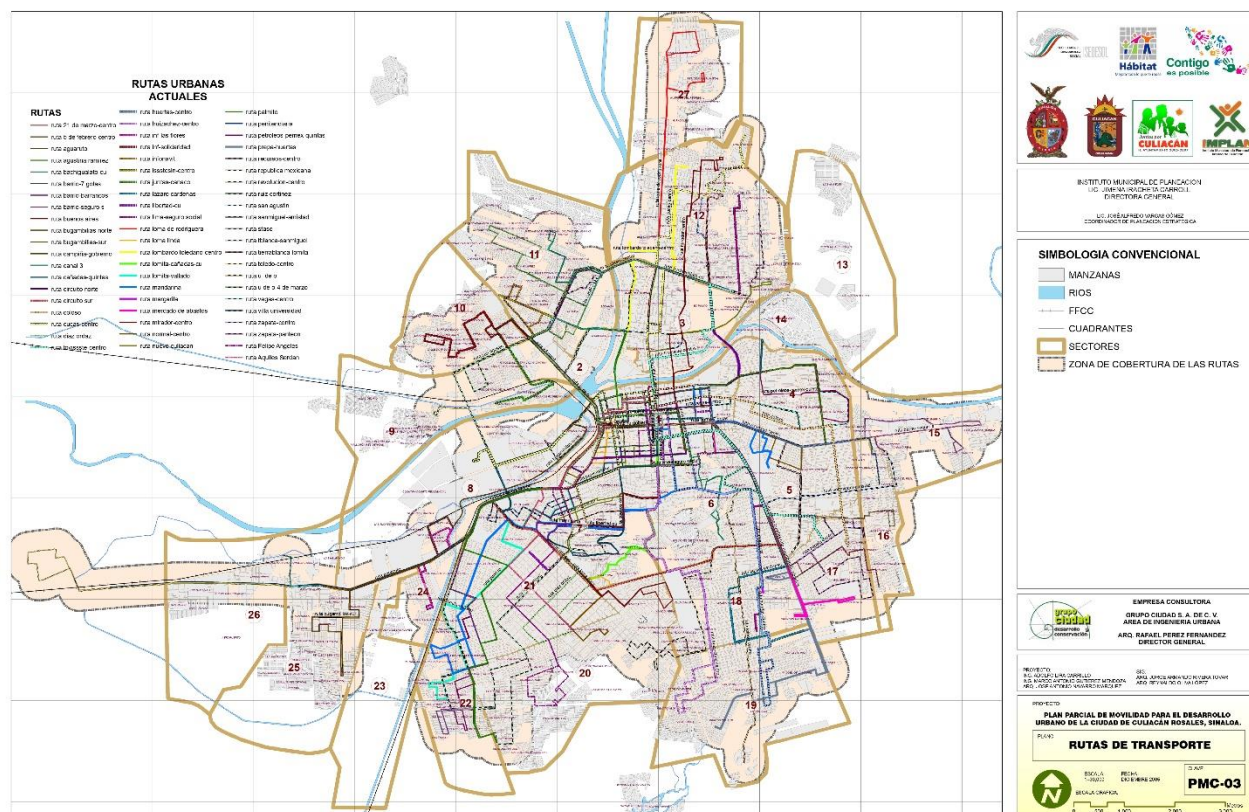


Nota: Elaboración propia a partir de datos de campo y cartografía base de Google Maps,

El sistema de transporte público en Culiacán está conformado por 60 rutas urbanas que cubren los principales sectores de la ciudad. De este total, 11 rutas conectan directamente con Ciudad Universitaria. Estas rutas son: Bachigualato–Chata, Bachigualato–Paraíso, Barrancos Central, Barrancos–Centro, Fovissste, Libertad–CU, Lima–Seguro Social, Lomita–Cañadas, Margarita, Nuevo Culiacán y San Miguel–Tierra Blanca.

Estas líneas articulan zonas periféricas y residenciales con el eje central de la ciudad, permitiendo el desplazamiento de cientos de estudiantes que se trasladan diariamente hacia las instalaciones universitarias. Sin embargo, las diferencias en la cobertura, frecuencia y calidad del servicio reflejan las desigualdades espaciales y sociales que estructuran la vida urbana de Culiacán.

Figura 2. Rutas urbanas de transporte público y conectividad.



Nota: Mapa extraído de los datos compartidos por IMPLAN Culiacán (2025).

A pesar de su papel fundamental en la conectividad urbana, el transporte público en Culiacán presenta múltiples deficiencias que inciden directamente en la experiencia de movilidad de las mujeres universitarias. Entre los principales problemas se encuentran la aglomeración en horas pico, la falta de mantenimiento de las unidades, y la deficiente infraestructura en las paradas o puntos de espera, muchas veces sin techos, señalización ni iluminación. Estas condiciones precarizan la experiencia de viaje, amplificando el cansancio, el miedo y la sensación de vulnerabilidad en los trayectos cotidianos.

Los horarios de operación también limitan la autonomía de las estudiantes. Los primeros camiones comienzan a circular entre las 5:00 y 6:00 de la mañana, y los últimos trayectos finalizan entre las 7:00 y 8:30 de la noche, aunque estos horarios varían según las dinámicas urbanas, inseguridad y el miedo, que restringe la operación nocturna. Esta situación obliga a muchas universitarias a reorganizar sus horarios académicos o de trabajo,

y a evitar clases o actividades vespertinas por el riesgo que implica regresar a casa en horarios tardíos.

En cuanto a los costos, el precio general del pasaje es de \$12.50 pesos por viaje, mientras que las y los estudiantes con la Tarjeta Inteligente de Identidad Estudiantil (TIIE)⁶, expedida por el Gobierno del Estado, pagan \$3.50 pesos. Es importante mencionar que los largos trayectos, sobre todo de quienes habitan en colonias periféricas o fuera del municipio, implican gastos acumulados y, en algunos casos, la necesidad de tomar dos o tres rutas diarias para llegar a la universidad.

De acuerdo con Gloria Morales (2019), la UAS, al ser una institución pública, concentra una población estudiantil proveniente de zonas periféricas o rurales, lo que se traduce en mayores distancias de desplazamiento y dependencia del transporte colectivo. Las diferencias en la demanda por ruta permiten dimensionar la desigual cobertura del sistema de transporte hacia Ciudad Universitaria.

Tabla 1. Demanda de transporte público por ruta hacia Ciudad Universitaria.

<i>Ruta hacia CU</i>	<i>Demanda</i>
Lomita-Cañadas	25%
Margarita-CU	10%
Lima-Seguro Social	10%
Libertad-CU	9%
Barrancos CU-Centro	8%
Nuevo Culiacán-Vuelta	8%
Nuevo Culiacán-Derecho	8%
Bachigualato CU-Paraíso	8%
Bachigualato CU-Chata	7%
Tierra Blanca-San Miguel	7%
Fovissste	3%
Barrancos CU-Central	1%

Nota: Elaboración propia a partir de los datos de Morales (2019).

Las tres rutas con mayor demanda -Lomita-Cañadas, Margarita-CU y Lima-Seguro Social-atravesan y conectan directamente con el centro de Culiacán, lo que resulta coherente con su alta concentración de pasajeros. Este nodo central funciona como un espacio

⁶ La Tarjeta Inteligente de Identidad Estudiantil (TIIE), es una tarjeta que se tramita por \$50 pesos y se expide a estudiantes en Sinaloa de todos los niveles educativos. Esta otorga un descuento en el transporte público de \$3.50 pesos por pasaje en lugar de la tarifa completa.

articulador de la movilidad urbana, ya que gran parte del flujo de transporte desde y hacia Ciudad Universitaria converge allí. Desde el centro, las y los estudiantes realizan trasbordos hacia otras zonas de la ciudad que no cuentan con conexión directa por transporte público con la universidad, prolongando los tiempos de traslado y exponiéndolos a nuevas formas de espera y vulnerabilidad. De esta manera, el centro de la ciudad opera como un punto de intersección entre las rutas educativas, laborales y domésticas, configurando una geografía de movilidad que combina trayectos, interrupciones y estrategias cotidianas de adaptación frente a las limitaciones del sistema de transporte.

4.2. Notas autoetnográficas

Recurro a la elaboración de notas autoetnográficas como una herramienta de reflexión y contextualización que me ha acompañado desde el inicio de esta investigación. Estas notas me permiten reconocer que mis propios recorridos por la ciudad -como mujer universitaria de Culiacán- no son ajenos a las condiciones de violencia estructural que atraviesan la vida de las mujeres en este territorio. Mis miedos al transitar o mis gestos de resistencia cotidiana forman parte de un orden social marcado por el narcotráfico, la violencia narcopatriarcal y el miedo compartido.

Concibo este ejercicio como un espacio de análisis donde se entrelazan escritura, memoria y afecto, un lugar donde lo autobiográfico se conecta con lo cultural, lo social y lo político (Ellis et al., 2019). En este sentido, la autoetnografía se convierte en una estrategia para mirar hacia atrás y, al mismo tiempo, situarme en el presente, mostrando cómo las experiencias personales están atravesadas por estructuras históricas y colectivas que condicionan nuestras formas de habitar la ciudad (Bérnard, 2019).

Al asumir este lugar, me sitúo desde un compromiso ético, político y afectivo con las mujeres universitarias que, al igual que yo, transitan Culiacán. No escribo para hablar en su nombre, sino desde un espacio compartido de experiencia, con todas las tensiones y diferencias que ello implica. Estoy convencida de que los saberes que emergen del cuerpo, del miedo y de la resistencia poseen un valor epistémico innegable y resultan fundamentales para comprender el contexto en el que se inscribe esta investigación. Es en este marco que presento mis notas autoetnográficas, escritas como fragmentos de memoria y tránsito en la ciudad:

“Bienvenidos a Culiacán”. Ese mensaje verde en los señalamientos viales fue, durante años, mi frontera entre el viaje y el regreso. Anunciaba playas, vacaciones, la casa de mi abuela. Yo nací y crecí en esta ciudad, y quizá por eso ese letrero siempre estuvo cargado de una doble emoción: la ilusión de volver al lugar de origen y la nostalgia de lo que quedaba atrás. Hoy ya no puedo leerlo sin que se me erice la piel, pues la misma frase apareció pintada como narco-mensaje en una camioneta abandonada junto a seis cuerpos asesinados, la noche del 27 de septiembre de 2024. Aquella escena, repetida en noticieros y redes sociales, resignificó el letrero que alguna vez me evocaba hogar. Ahora nombra un territorio marcado por la violencia, donde lo cotidiano puede transformarse en terror.

Moverse en Culiacán durante la llamada “Narcopandemia” es negociar permanentemente con el miedo. Salir de casa implica medir riesgos: qué rutas evitar, qué calles han sido escenario reciente de balaceras, cómo prolongar un trayecto para sentir un poco más de seguridad. He aprendido a cambiar itinerarios, a calcular escondites en caso de enfrentamientos, a identificar la presencia del ejército como un recordatorio de que la ciudad está en disputa. No se trata solo de logística, sino de un ejercicio de alerta que desgasta el cuerpo y produce una vigilancia constante sobre una misma.

Como mujer universitaria, la movilidad siempre ha implicado estrategias de cuidado. Desde adolescente aprendí a esconderme detrás de un árbol para esperar el camión y no quedar expuesta a los autos que circulaban lentamente con hombres que gritaban, ofrecían alcohol o invitaban a subir. Hoy esas tácticas se combinan con otras, como decidir si compartir mi ubicación en tiempo real, analizar qué ropa usar para evitar miradas hostiles, o pensar dónde resguardarme si escucho disparos. El orden narcopatriarcal no solo refuerza mandatos sobre nuestros cuerpos, también redefine la manera en que transitamos la ciudad, exigiéndonos prudencia, silencio o invisibilidad.

Escribir estas notas no es un gesto íntimo ni meramente personal. Es reconocer que mi experiencia está atravesada por la misma violencia que enfrentan miles de mujeres en Culiacán: el miedo a la desaparición, el acoso en el transporte público, la incertidumbre de llegar con vida a casa. Desde las notas autoetnográficas busco situar este “yo” en un entramado colectivo (Rambo, 2019), narrar cómo seguimos moviéndonos pese a todo, cómo disputamos la ciudad con cada trayecto, y cómo la escritura misma puede convertirse en una forma de resistencia.

Recuerdo una tarde en la que esperaba el camión, mientras comenzaba a oscurecer. Era una vialidad por donde circulaban autos a toda prisa, una zona marcada por secuestros y balaceras recientes. Una señora que también aguardaba en la parada, al verme sola, se quedó conmigo. Se acercó a unos pasos de mí y me dijo: “*nos acompañamos, hija, así es más seguro*”. Ese gesto sencillo, permanecer juntas unos minutos, condensó una certeza, que incluso en la ciudad atravesada por la violencia, seguimos tejiendo complicidades mínimas que nos sostienen.

Escribo también, para nombrar la forma en que sobrevivimos, para reconocer que en cada salida seguimos reclamando nuestro derecho a la ciudad. Porque resistir aquí no siempre significa marchar con consignas o tomar la plaza pública, a veces resistir es tan simple y tan radical como salir de casa, subir al camión, llegar a la universidad, volver.

Escribir, entonces, se convierte en un acto político, un recordatorio de que seguimos vivas, de que seguimos moviéndonos. Y aunque intenten escribirnos con miedo, nosotras seguimos escribiendo la ciudad con nuestros pasos.

CAPÍTULO 5. DISPOSITIVO METODOLÓGICO

5.1. Posicionamiento epistemológico

En esta investigación me sitúo desde las epistemologías feministas que han sido cruciales para cuestionar las formas tradicionales de producción de conocimiento, las cuales, como señala Sandra Harding (1996), están profundamente marcadas por un sesgo androcéntrico y una pretendida objetividad que, en realidad, enmascara relaciones de poder y opresión. Este enfoque crítico me ha permitido reconocer cómo las estructuras de conocimiento dominante excluyen otras formas de saber. En esta línea, autoras como Teresa Cabruja (2008) han enfatizado cómo la aparente neutralidad y objetividad de la ciencia tradicional perpetúan y legitiman relaciones de poder. Desde esta perspectiva, el enfoque feminista no se limita a investigar, sino que aspira a intervenir y transformar. Como bien recuerda Marcela Lagarde (2006/2018), el feminismo no es solo una teoría, sino también una práctica política cuyo objetivo es la emancipación de las mujeres, abriendo camino hacia un cambio social profundo.

En esta línea, puedo hablar de una violencia epistémica y académica que atraviesa la producción de conocimiento. Este fenómeno, conceptualizado como *epistfemicidio* (Piccone & Heim, citadas por Cano, 2024), evidencia cómo las epistemologías feministas y los saberes producidos por mujeres son sistemáticamente invisibilizados, deslegitimados o minimizados en los espacios académicos tradicionales. Así, el *epistfemicidio* se convierte en una herramienta crítica para analizar las dinámicas de poder que limitan la inclusión y el reconocimiento de perspectivas alternativas y subalternas en el ámbito del conocimiento.

En el contexto de mi investigación sobre la movilidad de las mujeres universitarias en entornos violentos, particularmente en contextos de narcotráfico, me es imprescindible adoptar una perspectiva feminista para reconocer y problematizar estas dinámicas de poder, comprendiendo las experiencias y saberes situados de las mujeres que se enfrentan -nos enfrentamos- a dichas violencias. Asimismo, la epistemología feminista, como proponen autoras como Donna Haraway (1995), subraya que todo conocimiento está situado y mediado por las posiciones de quien lo produce. Esto es crucial para incorporar en la discusión de mi proyecto de investigación, ya que la movilidad de las mujeres universitarias en contextos de

violencia debe ser estudiada desde sus experiencias y no desde marcos generalizados, “neutrales” o universales que pretende establecer el modelo científico dominante.

5.2. Investigación cualitativa feminista e investigación sensible

Con la intención de ser coherente con la postura epistemológica que aquí planteo, metodológicamente inscribo este trabajo desde la investigación cualitativa feminista, la cual reconoce que todo conocimiento está atravesado por relaciones de poder, por afectos, por cuerpos que sienten y por lugares desde donde se enuncia (Olesen, 2012). Con este enfoque me interesa resaltar que, reconocer a las mujeres universitarias en su diversidad y condiciones situadas, articulo además la imposibilidad de separarme como investigadora en el proceso de producción de conocimiento. Como señala Irene Vasilachis (2006), para avanzar en la comprensión del mundo social, es urgente transformar la relación entre la sujeta que investiga, situada en un contexto específico y la sujeta que está siendo conocida.

En este sentido, me apego a las reflexiones metodológicas de César Burgos-Dávila y David Moreno-Candil (2024), quienes advierten que investigar fenómenos como el narcotráfico y la violencia exige inscribirnos en la noción de investigación sensible. Esto implica reconocer que no se trata únicamente de un reto teórico o ético, sino también afectivo y corporal, pues la violencia atraviesa tanto a quienes investigan como a quienes son investigadas. Retomar sus planteamientos me permite pensar que el silencio, el miedo y la memoria no deben entenderse como obstáculos en la producción de conocimiento, sino como materiales de análisis que revelan dimensiones centrales de la experiencia social. Asimismo, sostienen que estudiar en contextos de narcotráfico y las violencias no se desliga de los riesgos, tensiones y negociaciones que se viven en el campo, lo cual obliga a mantener una reflexividad metodológica constante. Desde esta perspectiva, mi investigación se asume como un ejercicio de análisis y como un proceso atravesado por afectos, cuerpos y vulnerabilidades compartidas que marcan la forma en que el conocimiento se construye.

5.3. Técnicas de investigación: entrevistas a profundidad y técnica de photovoice

Las técnicas de investigación que utilizo con la intención de responder las preguntas de investigación y seguir los objetivos que en este trabajo planteo son las entrevistas a profundidad y la técnica de registro fotográfico photovoice.

Desde la perspectiva de Taylor y Bogdan (1987), las entrevistas a profundidad son encuentros entre quien investiga y las informantes, comprende un diálogo desde sus propias palabras sobre sus vidas y experiencias. Entrevisté a mujeres universitarias de Culiacán, Sinaloa que realizan sus trayectos en transporte público como principal medio de movilidad. El diseño lo establecí en tres momentos con las universitarias: una entrevista inicial, seguida de un ejercicio de photovoice, y una entrevista final. En las entrevistas iniciales conversamos sobre sus trayectos, actividades rutinarias, sectores que visitan, costos, tiempos, distancias, tanto entre semana como en fin de semana, de noche y de día. Esto con la intención de construir un panorama de su movilidad. Asimismo, dialogamos sobre sus representaciones y prácticas de la movilidad, qué significa para ellas moverse por Culiacán y qué implica. Al finalizar las entrevistas iniciales, realizamos colaborativamente el mapeo en Google Maps de sus trayectos y las zonas que visitan por la ciudad, así como compartirles las indicaciones del ejercicio de photovoice.

En un segundo momento, incorporé y adapté la técnica photovoice para el registro fotográfico. Como explica Cuerdo-Vilches (2017) esta técnica es versátil y adaptable, por lo que permite abordar distintas problemáticas y colectivos. Para el estudio de la movilidad, la técnica photovoice consistió en que, durante una semana, las mujeres universitarias fotografiaran desde su celular y me compartieran aquello que consideren significativo y que representa la manera en la que viven y experimentan moverse por Culiacán. El potencial de este registro fotográfico en movimiento consiste en la capacidad de las mujeres universitarias de expresar desde sus propias visiones, inquietudes y experiencias durante sus traslados, de una manera profunda mediante la fotografía, además de la palabra (Payo-De-La-Cueva et al., 2025).

Por último, la entrevista final consistió en un encuentro una semana después de la entrevista inicial y una vez concluido el ejercicio de photovoice. Esto con la intención de discutir sobre las fotografías, incluirlas en el mapeo inicial, así como profundizar en temas relacionados con los sentidos, experiencias, emociones asociadas a su movilidad, eventos específicos, estrategias, miedo, inseguridad, violencia patriarcal, violencia por el narcotráfico y militarización, trayectos que evitan y su agencia como mujeres universitarias que transitan

y habitan la ciudad⁷. Esta técnica de investigación resultó viable para conocer experiencias, valoraciones y saberes de las mujeres participantes, así como explorar su conocimiento sobre el problema de investigación (Restrepo, 2016).

5.4. Trabajo de campo

El 8 de marzo, Día Internacional de las Mujeres, asistí a la marcha convocada por colectivas feministas en Culiacán, Sinaloa. Además de formar parte de mi militancia feminista en la ciudad, me propuse participar con una mirada atenta y reflexiva, observando, fotografiando y dialogando con mujeres, en un ejercicio de implicación que me permitió pensar de forma situada las relaciones entre movilidad, participación y apropiación del espacio urbano.

Entre la inmensidad de mensajes, denuncias, fichas de búsqueda y consignas contra la violencia patriarcal que marcaron las calles durante la marcha, hubo uno que llamó particularmente mi atención. Con estencil y graffiti, comenzó a multiplicarse en banquetas y muros del centro de Culiacán: “la narcopandemia⁸ también es violencia patriarcal”. Me hizo pensar que las mujeres en Culiacán no solo habitamos esta violencia, sino que la nombramos, la pensamos y la denunciamos. Ver esa frase replicada en las paredes fue reconocer que hemos comenzado a poner en palabras nuestras experiencias situadas.

⁷ En Anexo 1 incluyo la guía de entrevista inicial, instrucciones detalladas de la técnica photovoice y la guía de entrevista final.

⁸ “Narcopandemia”, “Culiacanazo”, “Guerra en Sinaloa” son algunos de los términos que han utilizado tanto medios de comunicación locales y nacionales, así como la población sinaloense para nombrar el conflicto y crisis de inseguridad que se vive actualmente en Sinaloa.

Imagen 2. Fotografías que tomé en la Marcha 8M, Culiacán, Sinaloa 2025.



Una vez que realicé esta observación y realicé los ajustes metodológicos necesarios, en la Semana 6 del Trimestre 25-I comencé con la convocatoria dirigida a estudiantes universitarias de Culiacán. Para ello, diseñé un póster donde compartí la información general de mi proyecto de investigación, así como los detalles de la convocatoria. También incluí mis datos de contacto y creé un formulario en Google Forms para que las interesadas pudieran dejar su nombre, correo electrónico y/o número de celular, con el fin de brindarles mayor información.

Difundí la convocatoria en distintos espacios, en grupos de WhatsApp de organizaciones feministas, Instagram, Facebook, y también con el apoyo de amigas y compañeras que compartieron la información con sus contactas y conocidas.

Imagen 3. Diseño del póster de convocatoria que compartí en redes sociales.



Nota: Elaboración propia.

En total, recibí 30 respuestas de mujeres universitarias interesadas en conocer más sobre el proyecto. A cada una de ellas les escribí de forma individual, compartiéndoles información más detallada y ofreciéndoles la posibilidad de tener una entrevista inicial, ya fuera de manera presencial -reuniéndonos en su universidad o facultad- o virtual. De esas 30, 17 me respondieron nuevamente y, finalmente, en las semanas posteriores, logré concretar entrevistas iniciales con siete de ellas. El 31 de marzo de 2025 inicié los encuentros con las participantes y concluí el 11 de mayo del mismo año. A lo largo de este periodo, y hasta la fecha, he mantenido contacto constante con las siete universitarias que participaron en el proyecto.

Desde nuestro primer encuentro comenzamos a construir, en Google Maps, el mapeo de sus trayectos cotidianos. A cada ruta le fuimos sumando las fotografías enviadas como parte del ejercicio de photovoice, integrando su localización geográfica, fecha, hora y una breve descripción sobre el motivo de la captura. Asimismo, en cada uno de nuestros encuentros grabé en audio las entrevistas con el consentimiento de las universitarias, habiendo descrito previamente a cada participante los criterios éticos de la investigación.

Busqué garantizar el respeto a la confidencialidad, el cuidado de información sensible y la protección de las participantes frente a cualquier dato que pudiera poner en riesgo su

integridad. Algunas de ellas decidieron aparecer con su nombre real y otras optaron por el uso de seudónimo, decisión que respeté en todo el proceso de análisis y redacción.

5.5. Participantes

En esta investigación participaron siete mujeres universitarias de la Universidad Autónoma de Sinaloa (UAS), todas residentes de la ciudad de Culiacán, Sinaloa. Los criterios de inclusión establecidos fueron; encontrarse en los últimos semestres de su carrera y utilizar el transporte público como principal medio de movilidad hacia la universidad y en sus trayectos cotidianos. El enfoque en estas características responde a la intención de explorar las experiencias de movilidad de mujeres que combinan la vida académica con otros trayectos cotidianos en un contexto urbano marcado por violencia narcopatriarcal. Además, al situarse en la etapa final de sus estudios, las participantes cuentan con una trayectoria significativa de movilidad universitaria, lo que permite acceder a narrativas más amplias y reflexivas sobre sus prácticas y representaciones en torno a la movilidad.

Todas las participantes realizan trayectos que implican distintos grados de distancia, número de transbordos y temporalidades, incluyendo desplazamientos diurnos y nocturnos. En sus relatos se entrelazan experiencias vinculadas a sus actividades académicas, responsabilidades familiares, tiempos de ocio y actividades recreativas.

En la Tabla 2, presento algunas características generales de las participantes, incluyendo el tipo de trayectos que realizan, la modalidad y duración de las entrevistas, así como el número de fotografías entregadas durante el ejercicio de photovoice.

Tabla 2. Características de las mujeres universitarias.

<i>No.</i>	<i>Nombre</i>	<i>Edad</i>	<i>Carrera (Campus)</i>	<i>Colonia</i>	<i>Tipos de trayectos</i>	<i>Entrevista inicial (modalidad, duración)</i>	<i>No. fotos Photovoice</i>	<i>Entrevista final (modalidad, duración)</i>
E1	Violeta*	23	Odontología (Ciudad Universitaria, UAS)	Bugambillas	Trayecto universidad Trayecto recreación	31 marzo 2025 (Presencial, 67 min)	7	08 abril 2025 (Presencial, 60 min)
E2	Susana	27	Psicología (Ciudad Universitaria, UAS)	Santa Inés	Trayecto universidad Trayecto recreación	31 marzo 2025 (Presencial, 82 min)	10	07 abril 2025 (Presencial, 80 min)
E3	Aurora*	26	Trabajo Social (Campus Dr. Carlos Alfredo Zambada, UAS)	Barrancos	Trayecto universidad Trayecto trabajo	07 abril 2025 (Presencial, 82 min)	7	14 abril 2025 (Presencial, 55 min)
E4	Nat*	24	Estudios Internacionales (Ciudad Universitaria, UAS)	21 de marzo	Trayecto universidad Trayecto funcional Trayecto recreación	08 abril 2025 (Virtual, 45 min)	7	15 abril 2025 (Virtual, 50 min)
E5	Gaby	22	Derecho (Ciudad Universitaria, UAS)	Gustavo Díaz Ordaz	Trayecto universidad Trayecto recreación	28 abril 2025 (Presencial, 60 min)	6	03 mayo 2025 (Presencial, 72 min)
E6	Daniela	25	Psicología (Ciudad Universitaria, UAS)	Bachigualato	Trayecto universidad Trayecto recreación	29 abril 2025 (Presencial, 80 min)	8	05 mayo 2025 (Presencial, 75 min)
E7	Sandy	24	Psicología (Ciudad Universitaria, UAS)	Barrancos	Trayecto universidad Trayecto trabajo	01 mayo 2025 (virtual, 50 min)	7	11 de mayo 2025 (virtual, 60 min)

Nota: Los nombres con asterisco (*) indican que las universitarias decidieron aparecer con un seudónimo.

5.6. Análisis de la información

Para el análisis de esta investigación, transcribí todas las entrevistas que contaban con registro de audio. Para el análisis utilicé MAXQDA (versión 24.10.0), un software útil para el análisis cualitativo que permite organizar, codificar y relacionar distintos tipos de materiales de manera sistemática (Kuckartz & Rädiker, 2019). Su uso me facilitó integrar las entrevistas, las fotografías del photovoice y los mapeos en un mismo entorno de trabajo,

optimizando la codificación y la agrupación de categorías analíticas. En este sentido, organicé un sistema de documentos en carpetas identificadas con el nombre y número asignado a cada participante. En cada carpeta integré las transcripciones de las entrevistas iniciales y finales, las fotografías enviadas durante el ejercicio de photovoice, así como los mapas de trayectos y las georreferencias de imágenes acompañadas de las descripciones proporcionadas por las universitarias.

Una vez sistematizado el material, desarrollé el análisis en tres momentos. El primero consistió en construir un sistema de códigos preliminar a partir de las categorías teóricas y los objetivos de investigación. Conforme avanzaba la codificación del material de cada participante, incorporé códigos y subcódigos *in vivo*⁹. Así, revisé el conjunto de códigos para identificar patrones y vínculos que permitieran agruparlos en ejes analíticos más amplios. De este proceso emergieron cinco categorías que organizan el análisis y que se inscriben dentro de dos nociones paraguas: las representaciones sociales de la movilidad y las prácticas de movilidad. Estas nociones funcionan como marcos amplios desde los que es posible comprender, de manera articulada, las experiencias, emociones y estrategias relatadas por las participantes. Las categorías resultantes que presento en la Tabla 3, se encuentran interrelacionadas y en constante diálogo entre sí, reflejando la complejidad y la naturaleza entrelazada de las vivencias de las mujeres universitarias en el contexto estudiado.

⁹ Un código o subcódigo *in vivo* es una categoría de análisis utilizada en metodologías cualitativas que retoma de manera literal palabras o frases expresadas por las participantes en las entrevistas. Su propósito es mantener la cercanía con el lenguaje de quienes narran su experiencia y preservar el sentido original de sus expresiones en el proceso de codificación (Saldaña, 2013).

Tabla 3. Sistema de códigos.

<i>Categorías</i>	<i>Códigos</i>	<i>Subcódigos</i>
Narcopatriarcado (Agrupa elementos que evidencian cómo el patriarcado y el narcotráfico configuran un orden social que condiciona las experiencias de movilidad y seguridad de las mujeres en Culiacán).	Patriarcado	Violencia sexual; acoso sexual; violencia feminicida; revictimización; relaciones de género; violencia simbólica; violencia física; violencia estructural; mujeres en Culiacán.
	Narcotráfico	Control territorial; actores sociales; narcotraficantes; estado; poder coercitivo; crisis actual; experiencias violentas; narcomensajes; asesinatos; enfrentamientos; militarización; elementos culturales.
Experiencias en movimiento (Refiere a las prácticas, temporalidades y espacialidades concretas que caracterizan los trayectos cotidianos).	Temporalidad	Día; noche; entre semana; fin de semana; duración; distancias.
	Espacialidad	Lugares seguros; lugares inseguros; lugares de vigilia; rutas alternas; paso obligatorio; zonas prohibidas; recreación; hogar; centro; colonia; universidad.
	Trayectos	Trayecto universidad; trayecto funcional; trayecto trabajo; trayecto extraordinario.
	Transporte	Auto particular; aplicaciones de movilidad; caminata; transporte público; usuarios; aglomeración; paradas; estética popular; choferes; “garbanzos”; malos tratos; servicio; rutas.
	Rutinas	Recorridos fijos; movilidad dispersa; siniestro (ruptura); incertidumbre.
Afectividad (Integra las emociones y estados afectivos que acompañan y moldean la experiencia de moverse o no moverse en la ciudad).	Emociones	Miedo; ira; terror; tristeza; desesperanza; vulnerabilidad; alerta; nerviosismo; tensión; intranquilidad; desconfianza; disfrute; segura; alivio; curiosidad; tranquilidad; esperanza; confianza.
	Encuentros	Memoria; conocidos; interacciones.
Movilidad cautiva (Concentra las limitaciones, prohibiciones, que reducen o condicionan la movilidad).	Inmovilidad	Encierro voluntario; encierro forzado; amenaza; toque de queda.
	Restricciones	Prohibiciones; control; restricciones; evitación; cambiar ruta; restricción por género; restricción por transporte; restricción por violencia; restricción económica.
	Resistencia	Activismo; ocupar espacios; intervenciones urbanas; denuncia; confrontar; desafiante; apropiación simbólica.
Movilidad en resistencia (Reúne acciones y estrategias para mantener o ampliar la movilidad, a pesar de las condiciones adversas).	Esparcimiento	Acompañada; sola; exploración; movilidad dispersa.
	Cuidados	Cuidado de otras; autocuidado; redes de apoyo; cuidado colectivo.
	Nociones a futuro	Políticas públicas; alternativas de mejora; transformación. experiencia universitaria; pertenencia; motivaciones; proyecto de vida;

Nota: Elaboración propia.

Aunque la guía de entrevista no estuvo inicialmente dirigida específicamente hacia la violencia o la inseguridad, sino hacia la exploración de las representaciones sociales y las prácticas de movilidad en general, el proceso de análisis muestra cómo la violencia emerge

de manera insistente en las narrativas de las entrevistadas. El sistema de códigos evidencia que, al hablar de trayectos, de medios de transporte o de rutinas diarias, las estudiantes inevitablemente remiten a experiencias de acoso, miedo o riesgo, revelando que la violencia no aparece como un tema aislado, sino como un componente estructural que organiza y condiciona la movilidad en Culiacán.

En un segundo momento, utilicé la herramienta MaxMaps del software MAXQDA para generar mapas de códigos correspondientes a cada grupo de categorías. Estos mapas me permitieron identificar la frecuencia de uso de los códigos en el conjunto del material - entrevistas, fotografías y mapeos- y visualizar las relaciones entre ellos. Es decir, aquellos códigos que más se intersectaban y coincidían. Este paso fue clave para detectar patrones de asociación y vínculos conceptuales relevantes dentro de los datos.

Finalmente, a partir de las intersecciones más significativas entre códigos frecuentes y relacionados, localicé las citas y fragmentos de entrevistas, así como las fotografías del ejercicio de photovoice, que mejor representaban esas conexiones. Este proceso me permitió comenzar a construir un hilo narrativo que servirá para la interpretación de los resultados a partir de la información empírica y teoría. La presentación de resultados la organizo siguiendo las cinco categorías centrales: (1) *Narcopatriarcado*; (2) *Experiencias en movimiento*; (3) *Afectividad*; (4) *Movilidad cautiva*; y (5) *Movilidad en resistencia*. La intersección entre ellas ofrece un marco analítico que permite explorar de manera más amplia las representaciones sociales de la movilidad y las prácticas cotidianas de las universitarias participantes.

CAPÍTULO 6. RESULTADOS

En este capítulo presento los resultados del análisis a partir de las cinco categorías construidas en el proceso metodológico. Estas categorías se comprenden como aportes al entendimiento de las representaciones sociales y de las prácticas de la movilidad, concebidas aquí como nociones paraguas. Siguiendo a Hirsch y Levin (1999), las nociones paraguas se refieren a dimensiones amplias e interrelacionadas que permiten abordar fenómenos complejos desde múltiples ángulos. En coherencia con el llamado “giro de la movilidad” (Urry, 2011), comprender la movilidad no puede limitarse a la descripción de trayectos físicos o rutinas cotidianas, sino que exige atender a los sentidos, afectos, tensiones y disputas que los configuran. En este marco, las representaciones sociales funcionan como una clave de lectura para comprender cómo las universitarias significan y negocian sus trayectos, revelando que moverse en la ciudad es tanto una práctica material como una experiencia simbólica y afectiva.

Tal como señala Denise Jodelet (1989), las representaciones sociales deben entenderse siempre en relación con los contextos sociales, históricos y culturales en que se producen. En este caso, su interpretación requiere situarlas en el entramado narcopatriarcal que condiciona la vida urbana en Culiacán. La organización y el análisis de la información lo comprendí desde una perspectiva feminista situada, procurando mantener la centralidad de las narraciones y experiencias de las participantes. Cada fragmento de entrevista y cada registro fotográfico son leídos como huellas que revelan tanto la experiencia individual como los marcos colectivos que la configuran.

En conjunto, estos elementos permiten trazar un panorama de las prácticas de movilidad y de las representaciones sociales que las universitarias elaboran frente a un contexto hostil y marcado por la violencia estructural. Los cinco apartados que estructuran este capítulo: (1) *Moverse en un orden narcopatriarcal*; (2) *Prácticas de la movilidad y experiencias en movimiento*; (3) *La dimensión afectiva de la movilidad*; (4) *Movilidad cautiva y orden narcopatriarcal: los límites del moverse*; y (5) *Movilidad en resistencia: disputar el espacio y moverse por la ciudad*. Organizan el análisis que sigue y abren la posibilidad de comprender cómo, en su intersección, se configuran nociones más amplias sobre la movilidad en un orden narcopatriarcal.

6.1. Moverse en un orden narcopatriarcal

El narcopatriarcado constituye aquí un marco analítico que permite comprender cómo las dinámicas del narcotráfico se entrelazan con el patriarcado, reforzando jerarquías de género y generando nuevas formas de control y violencia sobre las mujeres. En este apartado presento los resultados que muestran cómo las universitarias significan y experimentan esta intersección en sus trayectos cotidianos por Culiacán. El mapa de códigos para la categoría “Narcopatriarcado” (ver Figura 3) ilustra que las estudiantes reconocen al narcotráfico y a la crisis de inseguridad actual como un poder coercitivo que produce vulnerabilidad y organiza la vida cotidiana en la ciudad. En sus relatos emergen actores sociales concretos -los cárteles, las fuerzas armadas, las autoridades y el Estado- que se configuran como instancias de control, amenaza e impunidad. A ello se suma la presencia exacerbada de la militarización, que marca con fuerza la experiencia urbana.

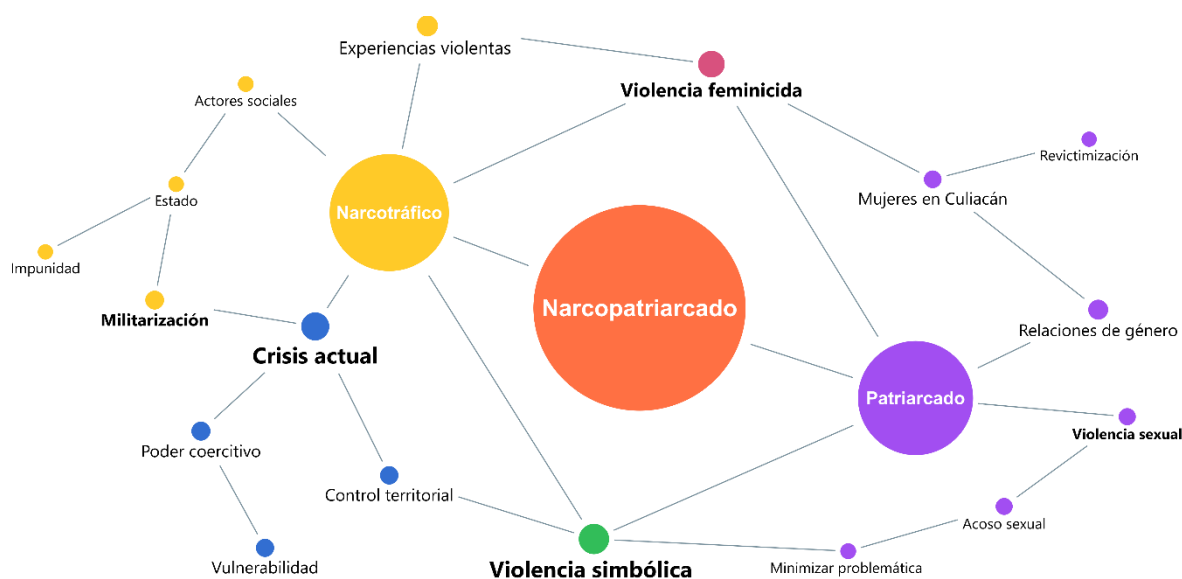
Para las universitarias, estas circunstancias no son neutrales, afectan de manera diferenciada a las mujeres y evidencian particularidades de ser mujer en Culiacán. Ellas mismas destacan que las violencias que enfrentan no pueden separarse de las lógicas del narcotráfico, pues se dibujan en estructuras patriarcales específicas que organizan sus vidas. En este sentido, las relaciones desiguales de género atraviesan la movilidad y hacen que la violencia se exprese en múltiples formas: desde el acoso en el transporte público y las desapariciones, hasta la violencia sexual y los feminicidios, entendidos como la manifestación más extrema de la dominación patriarcal (Lagarde, 2006).

A partir del análisis de lo compartido por las estudiantes, interpreto que tanto el narcotráfico como el patriarcado se articulan en la práctica: el primero ejerce control territorial y violencia armada; el segundo legitima la subordinación de las mujeres y naturaliza su exposición al riesgo. Esta intersección se manifiesta tanto en las violencias extremas, particularmente en los feminicidios, que constituyen un mensaje disciplinador inscrito en los cuerpos de las mujeres y una de las formas más brutales de control social (Segato, 2010). Así como en las violencias simbólicas (Bourdieu & Wacquant, 1995), que se inscriben tanto en el control territorial ejercido por grupos armados y fuerzas del Estado, como en el control sobre los cuerpos de las mujeres a través del acoso y la violencia sexual. De este modo, la violencia opera de manera simultánea en niveles visibles y espectaculares - balaceras, asesinatos, narcomensajes en la vía pública, militarización- pero también en

dimensiones simbólicas que configuran la vida cotidiana, marcadas por la revictimización y la minimización de la violencia contra las mujeres.

Los resultados para este apartado, los presento en tres ejes temáticos que articulan las dos subcategorías -narcotráfico y patriarcado- y sus códigos: (1) *Crisis actual de inseguridad: moverse en una narco guerra*; (2) *Ser mujer en Culiacán: movilidad atravesada por patriarcado y narcoviolencia*; y (3) *Culiacán sitiado: militarización y el control del movimiento*.

Figura 3. Mapa de códigos para la categoría *Narcopatriarcado*.



Nota: Elaboración propia.

6.1.1. *Crisis actual de inseguridad: moverse en una narco guerra*

Las experiencias compartidas por las universitarias, así como el registro fotográfico, se sitúan en un contexto de inseguridad exacerbada y militarización de la ciudad de Culiacán desde septiembre de 2024. Durante nuestras conversaciones, reflexionábamos juntas sobre cómo esta crisis atraviesa de manera cotidiana la movilidad: no aparece solo como un telón de fondo, sino como una condición que regula cada movimiento. Tal como expresó Violeta en una de nuestras conversaciones:

Siento que es difícil decir cómo es moverse en Culiacán ahora sin mencionar al narco y la violencia. Porque realmente es algo que te mueve todos los días, que lo ves, lo

vives todos los días. Antes a lo mejor era diferente, pero ahora está muy presente. Lo tenemos muy presente. (E1, Violeta, 23 años)

Al compartir sus experiencias, ellas mismas reconocían cómo el control territorial y el poder coercitivo de la violencia y del crimen organizado reconfiguran sus formas de moverse. Restricciones de horarios, diferencias en el servicio del transporte público y estrategias para protegerse se fueron nombrando como parte de una crisis que impacta de manera directa en la movilidad y en la vida cotidiana. Como advierte Rita Segato (2016), las violencias que atraviesan los territorios constituyen un régimen de poder que controla cuerpos y espacios, estableciendo fronteras simbólicas y materiales sobre quién puede circular y bajo qué condiciones. Gaby lo resumió con claridad:

Creo que es de lo más común que afecte la violencia al trasladarte por la ciudad. Porque al final lo que más nos preocupa cuando hay balaceras o Culiacanazos¹⁰ es que tienes que salir, a hacer deberes, o tu familia debe salir a trabajar, o te agarran las balaceras y operativos en la calle, ¿cómo te regresas a tu casa? La ciudad se paraliza, pero no puede ser para siempre, en un momento hay que salir y eso es lo que más aterra, salir a la calle, agarrar camión, moverte, pues, es lo que más afecta. (E5, Gaby, 22 años)

De esta manera, los diálogos fueron mostrando que la inseguridad no solo paraliza momentáneamente la ciudad, sino que introduce un estado de vulnerabilidad constante. Al reflexionar juntas, fuimos identificando cómo la movilidad se convierte en un terreno de incertidumbre, en el que cada trayecto implica negociar entre la necesidad de moverse y el temor a la violencia. En sus relatos, las universitarias coincidían en haber vivido, presenciado o conocido una inmensidad de episodios violentos durante sus desplazamientos, pero destacaban que lo que más condiciona sus prácticas cotidianas no es únicamente el recuerdo de esos hechos, sino la probabilidad latente de que puedan volver a ocurrir. Esa anticipación (el miedo a ser testigo de un evento violento o a ser alcanzada por la violencia) es la que organiza buena parte de sus decisiones de movilidad.

Lo anterior funciona como una narrativa anticipatoria que excede la experiencia puntual del peligro y configura las prácticas cotidianas de las mujeres; en este caso, se traduce

¹⁰ El término *Culiacanazo* que menciona Gaby, designa en la literatura periodística y académica los episodios de violencia extrema registrados en Culiacán, Sinaloa.

en recorridos restringidos, horarios limitados y una alerta constante que acompaña cada trayecto (Barjola, 2023). Esta idea también dialoga con lo que plantea Paula Soto (2014) al analizar cómo el miedo urbano, más que una reacción inmediata, se sedimenta en el cuerpo y produce geografías afectivas donde la movilidad está marcada por la vigilancia, la autoprotección y la constante evaluación del riesgo. Aurora lo expresó en una de nuestras conversaciones:

Sí, la verdad es que saber que vas a salir y moverte es todo un tema. Es planificar tantas cosas, desde la vestimenta, depende si me voy en transporte público o en Uber [taxi por aplicación], por el acoso. También ver las noticias antes de salir, si hay balaceras o si encontraron cuerpos, porque es andarles sacando la vuelta en la medida de lo posible, pero no siempre es posible [...] Eso yo creo que sería la experiencia de moverse en Culiacán ahorita, o por lo menos así lo vivimos nosotras: evitar todo el tiempo, planificar. (E3, Aurora, 26 años)

A partir de estos testimonios, la movilidad no puede entenderse solo como el acto físico de trasladarse, sino como un entramado de prácticas de cuidado, cálculo y evitación que se tejen frente a un entorno violento. En nuestras reflexiones conjuntas aparecía con fuerza la idea de que moverse en Culiacán implica, en realidad, convivir con una violencia anticipada que reorganiza la vida cotidiana, el tiempo y hasta los afectos, “moverse en Culiacán es sobrevivir” (E2, Susana, 27 años).

6.1.2. Ser mujer en Culiacán: movilidad atravesada por el patriarcado y la narcoviolencia

Algunas de las reflexiones de las universitarias, nos llevaron a pensar juntas que, aunque la violencia del crimen organizado y la militarización alcanza a toda la población en Culiacán, las mujeres vivimos estas condiciones de una manera diferenciada. Ser mujer en medio de una narcoguerra es habitar una ciudad atravesada por enfrentamientos armados y miedo colectivo; es también moverse desde una posición históricamente subordinada, donde la violencia patriarcal se entrelaza con las lógicas del narcotráfico para configurar lo que aquí nombro como un orden narcopatriarcal.

En nuestras conversaciones aparecía con fuerza la idea de que existe una cotidianidad marcada por el acoso sexual, la vigilancia de los cuerpos femeninos y la imposición simbólica de un poder que se reproduce en las calles, en el transporte y en los espacios universitarios

(Falú, 2014). Ser mujer en Culiacán implica, por tanto, enfrentar una doble vulnerabilidad: la de pertenecer a una sociedad patriarcal y la de vivir en un territorio disputado por dinámicas del crimen organizado. Al respecto, Susana comparte:

Tal vez usaría la expresión doblemente marginadas. Porque cotidianamente somos marginadas, pero con esta situación se acentúa. Creo que no lo está notando todo mundo, porque como no somos las asesinadas, no se nota que lo estamos sufriendo. (E2, Susana, 27 años)

Esta noción de “doble marginación” que identifica Susana, nos permitió reflexionar sobre cómo la violencia por el narcotráfico no borra las violencias contra las mujeres, sino que se suma a ellas, generando un escenario más complejo y opresivo. Lo que subyace en sus palabras es una experiencia compartida: las mujeres universitarias de Culiacán transitan la ciudad con miedo a la violencia sexual, así como con la sensación de que sus vidas se encuentran en riesgo frente a la violencia armada y que, en ese cruce, se refuerza una condición de desigualdad estructural. En este sentido, la movilidad también se significa a partir de estas violencias, que entrelazan la experiencia de ser mujer con la vulnerabilidad constante. Cuando hablamos de patriarcado y narcotráfico, las universitarias resaltan que este orden narcopatriarcal se expresa con mayor crudeza en violencias extremas como la violencia feminicida. Sandy, al hablar de su experiencia, reflexiona:

La violencia no nos deja a veces actuar de la manera que quisiéramos como mujeres, estamos más en desventaja, lo siento mucho, pero es la verdad, estamos en más desventaja, como decíamos ahorita, yo voy a mi parque a cierta hora con mi hermana [parque a unas cuerdas de su casa donde hace ejercicio], y yo veo a muchos hombres entrenando muy a gusto, aunque estemos en la violencia [crisis de inseguridad actual], ¿por qué? [...] Porque ellos [hombres] no sienten la incertidumbre que yo, aparte de que siento la violencia que tenemos en la ciudad, pues [...] yo traigo el doble, de estar pensando de que algo como mujer me pueda pasar. (E7, Sandy, 24 años)

A su vez, Daniela enfatiza la forma en que la violencia feminicida se diluye en un contexto saturado por la violencia del narcotráfico, donde los asesinatos de mujeres pasan a confundirse entre cifras más amplias de muertos por la “narcopandemia”:

Salir todos los días y la violencia que se vive pues se ha generalizado, yo creo que ya era un problema antes, los feminicidios y la violencia por género, pero ahora como

que se invisibiliza y se normaliza aún más. Ya estaba normalizado antes pero ahora te enteras que asesinaron a una mujer, y ya rápido pasa a ser cifras de los muertos por la narcopandemia. No hay tiempo ni de procesar nada, de ver, “si, es un feminicidio, ok, lo investigamos, buscamos a los culpables”. Nada de eso, todo se vuelve caótico, la matan y ese mismo día asesinaron a otros cinco, diez, hasta veinte en un día. Desaparecieron a otros cuantos, hubo balaceras en otro lugar. Es eso, si pasó el feminicidio en la mañana, para la tarde/noche ya ni te acuerdas bien porque pasaron otras cosas durante el día. Suena bien feo lo que digo, pero lo he visto así. (E6, Daniela, 25 años)

De este modo, las experiencias compartidas muestran que ser mujer en Culiacán significa moverse en un escenario donde el patriarcado y el narcotráfico se entrelazan, reproduciendo un orden narcopatriarcal que impone restricciones, temores y violencias extremas que marcan la movilidad y la vida cotidiana de las universitarias. Pero junto a estas violencias extremas, también aparece una forma de violencia simbólica. Tal como plantea Bourdieu (2006), esta violencia se ejerce de manera invisible, legitimando desigualdades y ocultando su carácter de dominación. En el caso de las mujeres universitarias de Culiacán, siguiendo a María Salgueiro (2018), se refleja en la indiferencia social, en la minimización de los feminicidios o en su rápida absorción dentro de las narrativas de la narcoviolencia, lo que contribuye a silenciar y desatender la problemática. Así lo señala Nat al referirse al reciente feminicidio de Vivian Karely¹¹ en Culiacán:

¿Qué pasa? En el caso de Vivian, no sé si escuchaste, en el caso de Vivian, lo que hicieron fue hacer pasar como violencia actual de lo que estábamos viviendo [violencia por el narcotráfico y crimen organizado], cuando una cosa no tenía que ver con la otra. (E4, Nat, 24 años)

Su testimonio refleja cómo la violencia simbólica se expresa en la tendencia a justificar, desplazar o desvirtuar las causas de los feminicidios, diluyéndolos en explicaciones que responsabilizan a las propias víctimas o que los integran como “daños colaterales” de la

¹¹ El caso de Vivian Karely, joven de Culiacán que fue desaparecida el 22 de marzo de 2025 y localizada sin vida el 7 de abril del mismo año, generó una fuerte movilización entre sus familiares y sectores de la sociedad civil que exigieron justicia por su feminicidio. Su nombre se convirtió en un símbolo del reclamo contra la violencia feminicida en la ciudad.

narcoguerra. Cristina Tortolero, activista e integrante de *Amapas del Norte*¹², advierte que esta narrativa estatal y mediática termina borrando el feminicidio al subsumirlo bajo la lógica del conflicto criminal: “Es más fácil para las autoridades decir que las mujeres son un daño colateral más de esta situación, contarnos como asesinato y borrar el feminicidio” (Nordahl, 2025, párr. 8).

A su vez, Priscila Salas Espinoza, integrante del colectivo *No se metan con nuestras hijas*¹³, enfatiza que “la guerra no cancela la misoginia; la profundiza”. Para ella, el aumento de feminicidios acompaña la escalada de la violencia criminal, pues “no es casualidad que aumenten las violaciones, desapariciones y asesinatos en un contexto de guerra. [...] Es la oportunidad para que los machos agresores de todo tipo se salgan con la suya” (Nordahl, 2025, párr. 3). Estas voces permiten nombrar lo que en esta investigación refiero como narcopatriarcado, un orden que entrelaza la violencia criminal y las lógicas patriarcales, donde la guerra refuerza las violencias, reproduciendo condiciones estructurales de impunidad y mayor vulnerabilidad para las mujeres.

En este sentido, la movilidad de las universitarias se significa por la amenaza de las violencias armadas o feminicidas y sexuales, además por la constante exposición a un orden simbólico que invisibiliza su riesgo y justifica su exclusión. La violencia simbólica, así, acompaña cada trayecto, cada decisión de moverse, recordándoles que sus vidas y sus muertes se interpretan bajo criterios que devalúan su existencia.

La fotografía titulada ‘*Las paredes hablan*’, tomada por Gaby durante el ejercicio de photovoice, ejemplifica lo anterior, mostrando cómo la ciudad está marcada por la presencia constante de mensajes sobre la violencia. En sus propias palabras:

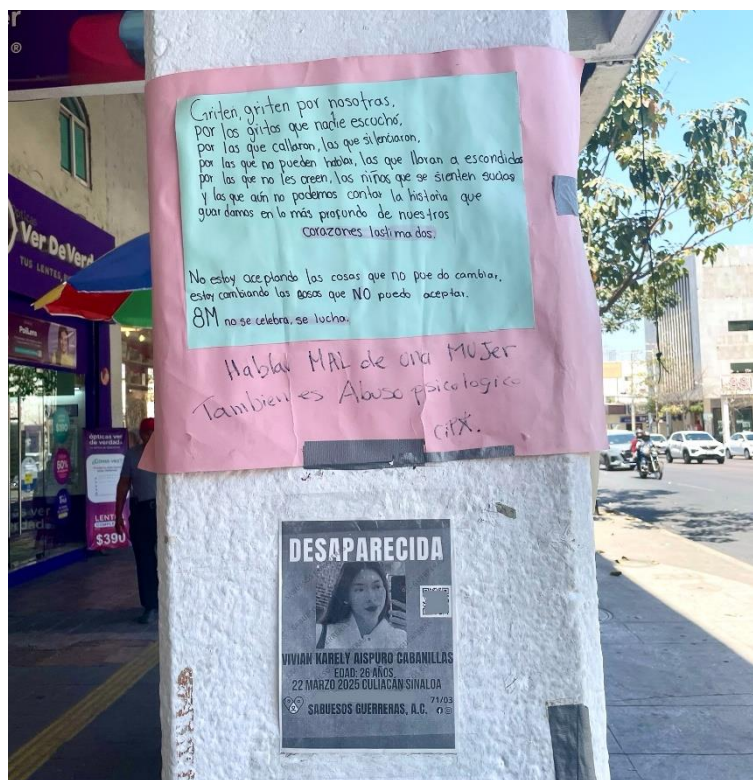
Estas historias me parten el corazón, creo que hay algo muy simbólico en ello. Por más que intentemos hacer nuestras vidas lo más normal posible, toda la ciudad está repleta de mensajes, de advertencias, de tragedias. El feminicidio es una de las violencias que más me duelen, le temo, me aterrorizan, y es increíble la cantidad de veces

¹² *Amapas del Norte* es una colectiva feminista de Culiacán, Sinaloa, integrada por mujeres jóvenes que se definen a sí mismas como “un grupo de morras organizadas en pro de la emancipación de las mujeres” (@amapasdelnorte)

¹³ *No se metan con nuestras hijas* es una colectiva feminista de Sinaloa. Su labor se centra en acompañar procesos de denuncia y búsqueda, así como en visibilizar públicamente la violencia feminicida en el estado, denunciando la impunidad que permite su incremento.

que ocurre. Con brutalidad. Ver estas fichas es recordar, es indignarte, protestar todos los días, pero también saber que puedes ser la siguiente, no lo sé. (E5, Gaby, 22 años)

Imagen 4. Las paredes hablan.



Nota: Fotografía extraída del ejercicio de photovoice. Tomada por Gaby, el 02 de mayo del 2025 a las 14:40 horas en una parada de transporte público en el centro de Culiacán. En ella se observa una pared con cartulina con consignas del 8M y la ficha de búsqueda de Vivian Karely.

6.1.3. Culiacán sitiado: militarización y el control del movimiento

Es importante mencionar que otra de las cuestiones que cobraron relevancia en las conversaciones con las universitarias, y que merece un apartado especial, es la militarización en la ciudad. Debido a la intervención del Estado frente a la reciente ola de violencia en Sinaloa, y en específico en Culiacán, la movilidad se ha convertido en un escenario donde se coexiste y cohabita con las fuerzas armadas: elementos del ejército, Guardia Nacional, policía y otros actores que configuran un ambiente particular de control y vigilancia. Para las universitarias, circular por la ciudad significa también enfrentarse a retenes, patrullajes y bloqueos que no siempre transmiten seguridad, sino que acentúan la sensación de vivir en una ciudad en guerra.

Al reflexionar juntas, reconocíamos que la presencia militar, en lugar de representar una garantía de protección, se percibe como un recordatorio permanente de la violencia y de la fragilidad de la vida cotidiana. En la práctica, esta presencia condiciona los tiempos, las rutas y las emociones asociadas al moverse. Susana lo expresa de esta forma:

Cuando me dirijo a mi facultad, más que sentirme protegida por el gobierno, me siento vigilada. A pesar de que sé que no he cometido un delito, siento miedo al atravesar el retén, como si yo estuviera haciendo algo malo por transitar mi ciudad [...] Yo creo que vivíamos en un Culiacán muy distinto [...] pero definitivamente cambió mucho la percepción que teníamos de esas personas. (E2, Susana, 27 años)

De esta manera, las estudiantes resaltan cómo la militarización ha transformado la experiencia de habitar y recorrer la ciudad. No se trata únicamente de la coexistencia con fuerzas armadas, sino de cómo esta presencia se incorpora en la vida diaria, marcando los trayectos con una sensación constante de vigilancia y control. En la experiencia universitaria, esta situación cobra particularidades específicas: los espacios educativos y sus alrededores, que deberían representar lugares de resguardo y seguridad, se ven atravesados por la violencia y la presencia militarizada.

Daniela me compartía en su ejercicio de photovoice cómo, al esperar el camión junto a su facultad, ver camionetas del ejército apuntando a civiles se ha convertido en una constante desde el inicio de la narcoguerra:

Estaba esperando el camión donde siempre, en la parada de CU, y pasan como 6-7 camionetas de militares como esta que alcancé a fotografiar discretamente. Todos los estudiantes que esperábamos el camión nos quedamos quietos hasta que pasaron. Esto es parte del día a día, pero verlos justo frente a la escuela y pasar a unos metros de mí apuntándonos, es aterrador. (E6, Daniela, 25 años)

Imagen 5. Militares apuntándonos.



Nota: Fotografía extraída del ejercicio de photovoice. Tomada por Daniela, el 02 de mayo del 2025 a las 12:30 horas en una de las salidas de Ciudad Universitaria, UAS.

Estas escenas, compartidas desde lo cotidiano, reflejan cómo el acto de esperar el transporte público se transforma en una vivencia atravesada por el miedo y la precariedad de la seguridad. El camión, la parada, la universidad, dejan de ser meros escenarios de la vida estudiantil para convertirse en espacios vigilados, donde el control militar configura el ambiente y redefine los significados de moverse por la ciudad.

Al reflexionar juntas, coincidíamos en que esta presencia no neutraliza la violencia, sino que la reconfigura: las estudiantes se sienten simultáneamente vulnerables ante el crimen organizado y frente al propio Estado que, al desplegar la militarización, transmite más desconfianza que resguardo. Así, la movilidad en Culiacán se convierte en una práctica profundamente marcada por la experiencia de vivir en medio de una narcoguerra, donde cada trayecto se significa por la tensión entre la normalidad aparente y la constante amenaza. Como plantea César Burgos-Dávila et al. (2023), estas dinámicas no solo debilitan la percepción del Estado, sino que propician desidentificación, desconfianza, descontento, distanciamiento y escepticismo hacia las autoridades, las políticas y las estrategias de seguridad. Aurora lo expresaba de manera contundente:

En el camino [...] varias veces en un trayecto corto nos encontramos con patrullas y camionetas del ejército. Unas muy cerca o justo al lado del auto entre el tráfico, apuntándonos directamente. Me puse a pensar ¿cuántas veces al día me apuntan con un arma en Culiacán? Muchas. (E3, Aurora, 26 años)

En este primer apartado, lo que fuimos compartiendo y pensando juntas permite reconocer que hablar de movilidad en Culiacán es hablar de un entramado donde narcotráfico y patriarcado se configuran y se refuerzan mutuamente. La intersección más brutal entre ambas violencias se expresa en el feminicidio, pero también en las formas de violencia simbólica que naturalizan la subordinación de las mujeres y legitiman su exposición cotidiana al riesgo. La crisis de inseguridad actual y la presencia militarizada de la ciudad generan un ambiente particular que marca las maneras en que las universitarias significan sus trayectos y configuran sus prácticas de movilidad. Estos primeros apuntes permiten pensar en un orden narcopatriarcal en el sentido de que las violencias coexisten, se potencian y se entrelazan, tal como lo muestran las narrativas de las participantes. Con esta reflexión concluye este eje inicial; en lo que sigue, me detengo en las experiencias en movimiento, en los gestos y prácticas concretas con las que las universitarias significan y habitan su movilidad en Culiacán.

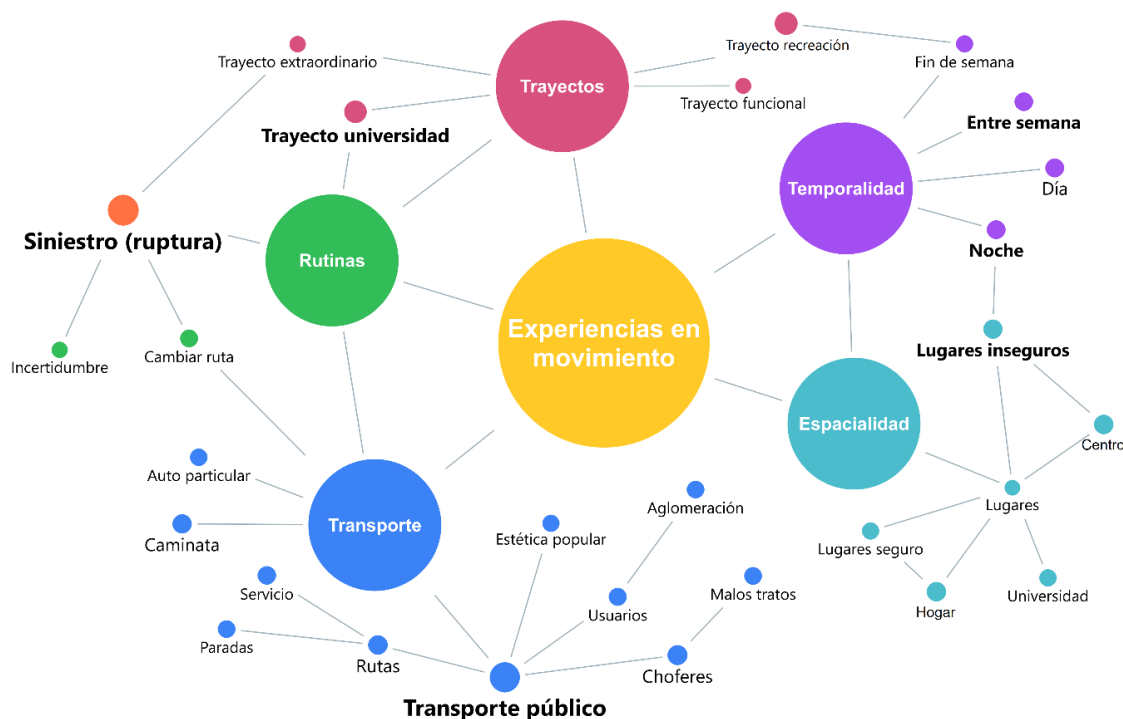
6.2. Prácticas de la movilidad y experiencias en movimiento

En este apartado presento las prácticas de movilidad y las experiencias en movimiento de las universitarias, entendidas como una vía para dar cuenta de las representaciones sociales de la movilidad en Culiacán. Sus representaciones empiezan a surgir desde las respuestas a preguntas aparentemente simples -cómo se sienten al moverse, cómo describen sus rutinas-, pero en realidad se trata de narrativas densas donde la movilidad aparece como experiencia vivida, cargada de afectos y significados (Umaña, 2018). En el mapa de códigos (ver Figura 4) para esta categoría, la movilidad no se limita a la acción de desplazarse, sino que se configura como un entramado de trayectos, temporalidades, espacialidades, medios de transporte y rutinas que atraviesan la vida cotidiana.

Entre los recorridos que emergieron en nuestras conversaciones, destaca el trayecto hacia la universidad, el más rutinario y significativo para todas las participantes. En este sentido, cobra relevancia la dimensión espacial, donde las jóvenes reconocen como inseguros

ciertos lugares de la ciudad -algunas colonias de la ciudad, el centro, los alrededores de la universidad-, así como la dimensión temporal, marcada por las diferencias entre el día y la noche, o entre semana y fines de semana. De igual manera, el transporte público aparece como un eje central en estas experiencias donde inciden múltiples factores -la figura del chofer, la estética popular del camión, la música que se escucha, las rutas, las paradas, los señalamientos, la aglomeración y la interacción con otros usuarios-, todos ellos parte constitutiva de cómo se vive y se representa la movilidad. Algo destacable es que, las narrativas de las estudiantes también dieron lugar a reflexionar sobre las experiencias de violencia extrema, que rompen con la rutina y generan escenarios de incertidumbre que aquí nombramos como “lo siniestro”. Para organizar este análisis, el apartado lo desarrollo en tres líneas: (1) *Rutinas, tiempos y espacios del movimiento*; (2) *El transporte público como escenario de movilidad*; y (3) *Lo siniestro: moverse en la incertidumbre y la ruptura de lo cotidiano*.

Figura 4. Mapa de códigos para la categoría *Experiencias en movimiento*.



Nota: Elaboración propia.

6.2.1. Rutinas, tiempos y espacios del movimiento

Las experiencias en movimiento de las universitarias se configuran en la intersección entre los espacios que recorren, los tiempos que estructuran sus trayectos y las emociones que emergen en ese tránsito. Entre los trayectos que las universitarias mencionaron se encuentran tanto los relacionados con actividades recreativas como aquellos de carácter funcional -hacer compras, cumplir con deberes escolares o trámites cotidianos-, realizados en una variedad de horarios, con distintos motivos, medios de transporte y dinámicas de movilidad. Sin embargo, lo que se mostró como una constante en todas las entrevistas fue el recorrido cotidiano entre sus hogares y la universidad.

Este trayecto, que se realiza siempre durante el día y en horarios relativamente rutinarios, concentra gran parte de sus experiencias de movilidad y refleja las dinámicas propias de la vida universitaria. Por ello, tanto en las entrevistas como en el ejercicio de photovoice, la atención se centró especialmente en la movilidad vinculada a su condición de estudiantes. A continuación, presento dos fotografías compartidas por Nat, quien subrayó que su trayecto más recurrente es el que la conduce hacia Ciudad Universitaria (CU) de la UAS, un recorrido que combina el uso del transporte público con la caminata dentro del campus universitario.

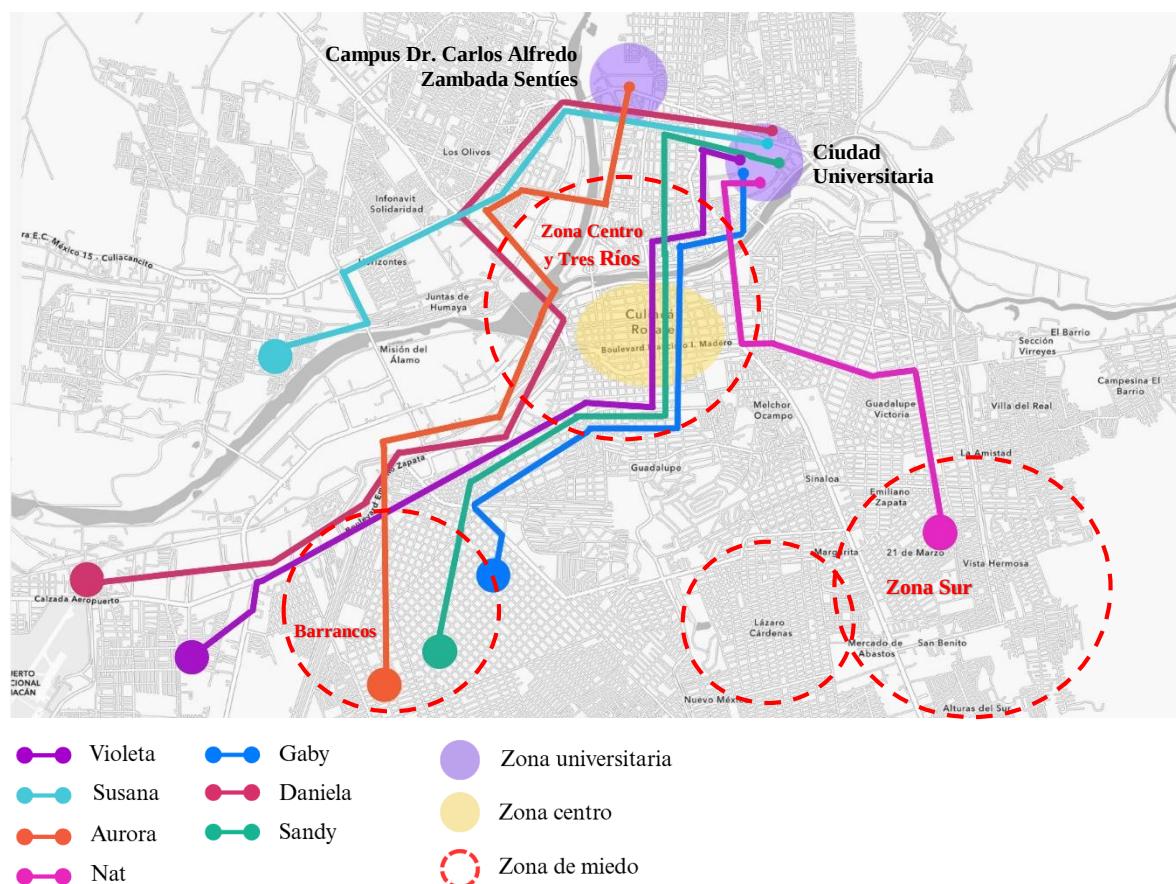
Imagen 6. Camino a la universidad.



Nota: Fotografías extraídas del ejercicio de photovoice. Tomadas por Nat, el 09 de abril del 2025 en su trayecto rutinario por las mañanas desde su domicilio en la colonia 21 de marzo, hasta Ciudad Universitaria, UAS.

Al hablar de rutinas, la experiencia universitaria aparece como el eje que estructura buena parte de la movilidad cotidiana. Esta recurrencia nos llevó a realizar un ejercicio de mapeo colaborativo con el propósito de visualizar los trayectos más frecuentes y los puntos en los que convergen las experiencias de las participantes. En el mapa que presento a continuación se distinguen, en distintos colores, los recorridos que cada una identificó como parte de su movilidad rutinaria: el trayecto desde sus colonias hasta sus respectivos campus universitarios. En la mayoría de los casos, el destino fue Ciudad Universitaria (CU) de la UAS, mientras que, en el caso de Aurora, el recorrido se dirigía al Campus Dr. Carlos Alfredo Zambada Senties. Este recurso me permitió situar de manera visual las prácticas de movilidad compartidas por las estudiantes, así como las zonas de riesgo o “zonas de miedo” que ellas identifican que atraviesan su movilidad cotidiana.

Figura 5. Mapa de trayectos casa-universidad.



Nota: Elaboración propia a partir de la información recabada en los mapeos que realizamos en Google Maps.

Para leer estas dimensiones de las experiencias en movimiento durante la vida cotidiana es fundamental rescatar la dimensión espacial de la movilidad. En nuestras conversaciones, las universitarias identificaron zonas de la ciudad que reconocen como conflictivas o que directamente describen como “zonas de miedo”. Se trata de colonias, calles y sectores que han quedado marcados por la recurrencia de actos violentos vinculados tanto al narcotráfico como a la violencia ejercida por el Estado. Estos territorios funcionan como fronteras simbólicas y materiales que condicionan sus trayectos, generando dinámicas de evitación y reconfigurando incluso las relaciones familiares y sociales. El miedo a la violencia en la ciudad se ancla en un entramado urbano donde ciertos lugares se construyen como amenazas permanentes (Soto, 2014). Susana lo expresó al hablar de los sectores del sur de la ciudad:

Matan en toda la ciudad, pero se difunde un poco más colonias como Lázaro Cárdenas, Alturas del Sur, todo ese sector sur. Ahí sí tenemos una barrera de que para

allá no pasamos. Incluso mi abuela y mi hermano viven para ese sitio. Pero las visitas han cambiado de forma. Ahora son ellos quienes nos visitan para el sector norte, para nosotros no pasar la ciudad hasta el sur. (E2, Susana, 27 años)

Por otro lado, la zona Tres Ríos fue señalada de manera reiterada como un espacio conflictivo. Este sector concentra varios de los lugares más importantes de la ciudad - instituciones educativas, oficinas gubernamentales, espacios comerciales, de recreación y financieros-, pero al mismo tiempo se ha convertido en un punto donde confluyen la violencia militar y la narcoviolencia. Para las estudiantes, transitar por esta zona no es solo un recorrido funcional, sino una experiencia marcada por el riesgo y el miedo. Susana lo expresó al referirse al trayecto que diariamente realiza hacia la universidad:

Pero, a mí me atraviesa mi experiencia, el trayecto que hago de la casa a la universidad, para mí es una zona de guerra, porque está en medio Tres Ríos. No sé cómo lo vivan otras, pero para mí, ser universitaria sí implica un reto mayor. Porque ha sido trasladarme por zonas de inseguridad máxima. (E2, Susana, 27 años)

Me interesa destacar la zona centro de Culiacán, la cual ocupa un lugar clave en la movilidad de las universitarias. Todas ellas, en mayor o menor medida, transcurren por este sector de la ciudad, ya sea en trayectos funcionales, universitarios, recreativos o como punto de transbordo en las rutas del transporte público que convergen allí. Sin embargo, esta centralidad no se traduce en seguridad, al contrario, el centro de la ciudad fue señalado por las participantes como una de las zonas más conflictivas y cargadas de miedo, en particular por la frecuencia de episodios de acoso y violencia sexual (Buchely et al., 2021). Nat relata su experiencia:

El centro, aunque hay mucha gente en el día, es una zona conflictiva, tanta gente hace que me sienta insegura, me han acosado muchas veces ahí, es algo tan cotidiano, en el camión, o en la parada, también cuando voy caminando a tomar el transporte o a comprar algo. Yo consideraría que esa zona es donde más se ve este tipo de acoso sexual, porque cada quien anda en lo suyo, nadie lo nota. Si yo pudiera evitar el centro en mi trayecto, lo haría. Pero es imposible, casi todas las rutas del camión conectan ahí, eso me molesta. (E4, Nat, 24 años)

Mientras tanto, la relación con los espacios que recorren también se describe a partir de la cercanía. En sus relatos, varias universitarias coincidieron en que, aunque no consideran

que exista un lugar completamente seguro en Culiacán, la propia colonia o las calles cercanas a sus casas se perciben como territorios “menos inseguros”. Esta familiaridad no elimina el riesgo, pero genera una sensación relativa de resguardo frente a otros espacios de la ciudad que son vividos como abiertamente hostiles. Como señala Mariana Valverde (2012), los espacios cercanos o familiares generan una sensación relativa de seguridad porque están vinculados con la rutina, la comunidad y lo conocido. Gaby lo expresó al reflexionar sobre ello:

Para mí no hay zona que sea realmente segura en Culiacán, sé que algunos lugares son desconocidos, o tienen fama que suceden más cosas peligrosas ahí, pero realmente en todo Culiacán ha pasado de todo, antes podíamos, a lo mejor, dividir en zonas peligrosas y otras un poco más seguras. Ya eso me parece que quedó atrás, yo encerraría todo Culiacán de rojo [...] Pero si te puedo decir que yo me siento más segura cuando llego a mi casa, o sea, en mi calle. Tal vez sea contradictorio porque sí han pasado cosas violentas ahí cerca, pero no sé, esa familiaridad de saber que llegué a mi casa, no sé si sea que me siento segura por completo, porque voy alerta, pero es una especie de alivio de estar en un lugar que conozco. Aunque tranquila, tranquila, te diría que en ningún lugar estamos tranquilas. Ni siquiera dentro de casa, porque pasan helicópteros, nos ha tocado escuchar balaceras desde ahí. Se escucha como zona de guerra a veces. Así que no del todo. (E5, Gaby, 22 años)

Estas dinámicas espaciales también se entrelazan con la dimensión temporal, pues los recorridos se transforman según la hora del día. En el contexto de la actual crisis de inseguridad, la temporalidad de la movilidad es uno de los aspectos que más se ha visto impactado en la vida cotidiana de las universitarias y, en general, de la población en Culiacán. Las rutinas, los horarios escolares, las actividades de recreación y hasta las rutas de transporte se han reestructurado con el objetivo de evitar la noche, percibida como el momento de mayor riesgo. Tal como señalan Edna Hernández-González y Florian Guérin (2016), la noche constituye una temporalidad urbana particular que modifica los modos de habitar y percibir la ciudad, generando experiencias distintas de vulnerabilidad e inseguridad frente al día. Estas restricciones se intensificaron a partir de septiembre de 2024, cuando la violencia se recrudeció en la ciudad. Violeta fotografió su regreso a casa, al narrar cómo esta restricción marca incluso sus espacios de formación:

Evitar la noche. Fui a un círculo de lectura en la tarde, pero me tuve que salir antes de que el evento terminara porque se me haría noche en mi regreso en camión a mi casa. Tomé esta foto cuando iba caminando hacia la parada del camión. Los negocios ya empiezan a cerrar y hay menos gente en el centro, aunque sea relativamente temprano. (E1, Violeta, 23 años)

Imagen 7. Evitar la noche.



Nota: Fotografía extraída del ejercicio de photovoice. Tomada por Violeta, el 08 de abril del 2025 a las 18:50 horas en el centro de Culiacán

Estas limitaciones espaciales y temporales se ven atravesadas, además, por las dinámicas del transporte público, que influyen directamente en las decisiones de movilidad de las universitarias. Con esta idea, paso al siguiente apartado, donde me detengo en el papel del camión y el transporte colectivo en sus experiencias cotidianas.

6.2.2. El transporte público como escenario de movilidad

En Culiacán, el camión urbano es el único medio de transporte público disponible. Por ello, el camión se convierte en la única opción para quienes dependen de este servicio para trasladarse por la ciudad. En el caso de las universitarias, esta condición marca profundamente sus rutinas, pues la mayoría utiliza el camión como principal medio de movilidad en sus trayectos diarios hacia la universidad. Al describir su experiencia, Aurora lo resumió en la palabra “caótico”.

A la hora que sea, es pensar en muchas más cosas que solo sentarse, hasta en el camión. Es pensar en el tiempo, la cuestión económica, la seguridad individual de la cuestión de violencia, pero también cómo estás dentro como usuaria. Eso es caótico. Porque, aunque tengas una mañana tranquila, tengas tiempo, va a pasar algo que va a hacer caótica tu experiencia, ya sean los gritos del chofer, situaciones dentro, el mismo tráfico. Es caos. Es muy ruidoso. No hay paz. (E3, Aurora, 26 años)

Lo que Aurora nombra como caos revela la cantidad de factores que median la experiencia de moverse en camión. Desde el costo del pasaje, los tiempos de espera y el tráfico, hasta la exposición al acoso y las dinámicas patriarcales que se reproducen dentro del propio transporte (É. Valverde, 2024). En nuestras conversaciones aparecía con fuerza la figura del chofer, no solo como operador del servicio, sino como actor que encarna prácticas de poder. Gaby lo señaló en su ejercicio de photovoice al observar los mensajes escritos en el camión:

Algunos camiones están llenos de esta clase de mensajes. Nunca les pongo demasiada atención, pero sí lo noté esta vez porque ando atenta a mi recorrido. Creo que es una forma de poder que tiene el camionero, de ego masculino, de advertencia a las mujeres que nos subimos a ‘su’ camión. (E5, Gaby, 22 años)

Imagen 8. Mensajes.



Nota: Fotografía extraída del ejercicio de photovoice. Tomada por Gaby, el 02 de mayo del 2025 a las 07:17 horas dentro de un camión ruta Díaz Ordaz.

A esta dimensión se suma la experiencia de Sandy, quien habló de la música como otro de los elementos que acompaña su movilidad en el transporte público, impuesta por los choferes durante el trayecto:

El chofer carga canciones muy misóginas que debo escuchar porque el sonido retumba en todo el camión. No puedo escuchar mi propia música, ni distraerme tanto en cosas que debo leer para la escuela. Es venir viendo afuera, a la gente, en la medida de lo posible. (E7, Sandy, 24 años)

La violencia no se manifiesta únicamente en actos explícitos, sino también en estos gestos cotidianos que reproducen la dominación simbólica: la música que cosifica a las mujeres, los mensajes escritos en los camiones, las actitudes de los choferes. Insertos en la rutina del transporte, estos elementos actúan como recordatorios constantes de jerarquías de género (Fueyo & Andrés, 2017). En este marco, la aglomeración de personas tampoco genera resguardo, al contrario, intensifica el acoso y la violencia sexual (Soto & Castro, 2017). Como señala Linda McDowell (1999), la densidad de cuerpos en los espacios urbanos puede favorecer la violencia sexual contra las mujeres, pues el contacto físico constante y las miradas no deseadas se vuelven parte de un clima donde la transgresión se tolera y se reproduce en silencio. La multitud, en lugar de protección, se convierte en un escenario donde

los silencios colectivos permiten que estas violencias se sostengan como parte de la vida cotidiana. Aurora lo mostró en su ejercicio de photovoice donde fotografió el espacio reducido donde viaja: “Así es como llego a la universidad todo el tiempo. Aplastada.” (E3, Aurora, 26 años).

Imagen 9. Asiento VIP.



Nota: Fotografía extraída del ejercicio de photovoice. Tomada por Aurora, el 14 de abril del 2025 a las 09:10 horas dentro de un camión ruta Barrancos.

Estos relatos de las universitarias muestran cómo el camión urbano se convierte en un microespacio donde se reproducen formas de violencia simbólica y desigualdades de género. En este sentido, la experiencia del transporte público nos ofrece pistas clave sobre las representaciones sociales de la movilidad de las universitarias, al evidenciar que moverse no significa únicamente trasladarse de un punto a otro, sino habitar un espacio cargado de tensiones, riesgos y aprendizajes colectivos. Sin embargo, estas rutinas no siempre logran sostener una aparente estabilidad, la irrupción de eventos siniestros y catastróficos vinculados a la narcoguerra rompe con la cotidianidad y coloca a las estudiantes frente a escenarios de incertidumbre radical, donde la movilidad se ve atravesada por el miedo a lo inesperado. En continuidad con lo anterior, en el siguiente apartado profundizo en cómo estos episodios interrumpen la vida cotidiana y generan nuevas formas de significar la experiencia de moverse en Culiacán.

6.2.3. *Lo siniestro: moverse en la incertidumbre y la ruptura de lo cotidiano*

Un aspecto que reflexionamos juntas y que considero importante mencionar en el marco de la narcoviolencia es la ruptura de la cotidianidad. En medio de un contexto marcado por la incertidumbre, los recorridos más rutinarios se transforman de manera repentina ante la posibilidad latente de ser víctima o testigo de un evento violento. La movilidad se convierte entonces en un terreno atravesado por la contingencia, donde cada trayecto puede verse interrumpido por la irrupción de la violencia armada o por operativos militares que alteran la circulación habitual. En nuestras conversaciones, las estudiantes compartieron cómo estas irrupciones rompen con la idea de continuidad en sus trayectos, imponiendo nuevas dinámicas de alerta y reorganización sobre la marcha. Gaby lo expresó al relatar una de sus experiencias en el transporte público:

Todos los días pasa algo, por ejemplo, me ha tocado que el trayecto se ve como interrumpido porque el chofer se tuvo que desviar porque hay un carro calcinado en la calle por donde tenía que pasar y pues está cerrada, entonces ahí están sacándole la vuelta [...] eso ya cambió la rutina. (E5, Gaby, 22 años)

Estos relatos permiten ver cómo lo que parecía ser una rutina estable -tomar el camión, seguir una ruta conocida, llegar a destino- se interrumpe de forma abrupta, revelando la fragilidad de lo cotidiano en un contexto donde la violencia se manifiesta de maneras espectaculares: balaceras, vehículos incendiados, retenes militares o bloqueos en las calles. La experiencia de movilidad, en este sentido, se vive entre dos registros: la repetición de lo rutinario y la irrupción de lo siniestro, que desestabiliza esa rutina y la llena de incertidumbre.

Como señalan Nausheen Anwar et al. (2018), en contextos de violencia extrema, esta no irrumpe la movilidad únicamente como un hecho extraordinario que suspende la vida diaria, sino que se entreteje con ella, desdibujando la frontera entre lo ordinario y lo excepcional. En el caso de Culiacán, esta lectura nos permitió comprender cómo la movilidad de las universitarias se configura en ese vaivén constante entre la continuidad aparente y la amenaza latente de lo violento, inscribiendo la precariedad y el miedo en cada trayecto. Daniela lo relataba al describir cómo la rutina se convierte en un ejercicio condicionado por la imprevisibilidad de la violencia:

Cuando se pone muy, muy feo, de que hay varios enfrentamientos y así, pues de un minuto a otro pueden cancelar el servicio del camión y luego no pasan Uber, y es bien

difícil conseguir “raite” o que alguien pueda ir por ti, porque está muy peligroso moverse. Se paraliza todo. No sabemos, realmente todos los días es como despertar sin saber qué pasará ahora, o con la posibilidad de que a lo mejor no puedo ir a la escuela o no hago este plan o no salgo a donde quería salir porque se puso violento para tal zona. Entonces yo creo que eso es algo muy particular de Culiacán [...] Llevamos meses viendo las noticias antes de salir de la casa como si se tratara del pronóstico del clima. (E6, Daniela, 25 años)

En nuestras conversaciones notábamos que no contábamos con un concepto preciso que nombrara esa ruptura de la cotidianidad y la incertidumbre radical que aparece cuando la movilidad se cruza con escenarios de extrema violencia. Fue Sandy quien, al narrar una de sus experiencias en el ejercicio de photovoice, decidió llamarlo “lo siniestro”. Este término le permitió dar sentido a una vivencia que, aunque parte de la rutina, se transforma en algo que descoloca y desgarrar la normalidad de los trayectos cotidianos. Rebecca Walker (2010) ha mostrado que, en contextos de conflicto extremo, la violencia desplaza la experiencia de lo ordinario, generando una tensión permanente entre lo cotidiano y lo extraordinario.

En este mismo sentido, en la movilidad en Culiacán los movimientos cotidianos se tornan precarios e inciertos cuando la violencia se inscribe en los territorios, convirtiendo cada trayecto en un ejercicio de riesgo y contingencia (Anwar et al., 2018). Desde esta perspectiva, lo que Sandy nombra como “siniestro” condensa esa experiencia, la irrupción de la violencia en medio de un trayecto rutinario, que trastoca las percepciones de continuidad y evidencia la fragilidad de lo cotidiano en el marco del orden narcopatriarcal. Ella comparte:

En la mañana le tomé una foto a una calle porque la situación me pareció muy particular, hasta ese momento ignoraba por qué había sucedido, pero ahora tengo certeza. Mi camión pasa por la calle con puente Obregón y esta mañana había una persona torturada y colgada. Afortunadamente, yo venía dormitando y no puse atención. Luego, el chofer tomó este atajo. Hubo un caos en la mañana porque el puente, en hora pico, tenía una persona colgada junto a una narco-manta. Es siniestro este tipo de eventos. (E7, Sandy, 24 años)

Imagen 10. Siniestro.



Nota: Fotografía extraída del ejercicio de photovoice. Tomada por Sandy, el 05 de mayo del 2025 a las 08:00 horas dentro de un camión ruta Barrancos, vista a una calle cerca del Jardín Botánico.

Nombrar estos sucesos como lo siniestro abre la posibilidad de pensar la movilidad más allá de la lógica de la rutina interrumpida: se trata de reconocer cómo la violencia extrema irrumpe en el paisaje cotidiano y trastoca la vida diaria. Lo siniestro no está solo en el hecho violento mismo, sino en la manera en que aparece en medio de un trayecto rutinario, transformando el espacio urbano en un escenario de horror inesperado.

Lo siniestro se muestra cuando Nat relató uno de estos momentos en los que la violencia emerge de golpe durante un trayecto habitual:

Ese viernes, en la ruta del camión exactamente, hay un carro bomba. Sí. Yo no sabía hasta que pasamos por ahí y el camión tuvo que dar vuelta por otras calles. Pero estaba todo lleno de militares, el carro ahí de qué parado, de hecho, lo acaban de quitar ayer. (E4, Nat, 24 años)

Lo siniestro se manifestó cuando Violeta describió cómo un mismo día, en dos momentos distintos, se enfrentó a escenas que rompieron con cualquier idea de cotidianidad:

Ese día camino a la escuela vi el cuerpo de alguien asesinado y arrojado en la entrada del Congreso del Estado, pasamos por el congreso y ahí estaba la manta, estaba el cuerpo, y el cartel, con un mensaje al lado [narcomensaje]. Estaba de que ahí porque acababa de pasar en ese rato. No lo habían levantado. Ese mismo día, de regreso me tocó el incendio gigantesco en Plaza Cinépolis, eran como las 2:00 pm. Ambos el mismo día por el mismo blvd Pedro Infante. El camión se desvió porque pasa justo por detrás del incendio, todo el humo y el caos de militares y patrullas, es horrible. (E1, Violeta, 23 años)

Estos relatos muestran cómo la irrupción de lo siniestro no constituye una excepción aislada, es una posibilidad constante en el marco de la narcoguerra. Cada trayecto está marcado por la anticipación de lo inesperado, por la conciencia de que en cualquier momento la normalidad puede quebrarse. Desde una mirada teórica, lo siniestro se convierte en una categoría clave para pensar las representaciones sociales de la movilidad en Culiacán, permite comprender cómo las estudiantes significan sus experiencias en movimiento en la tensión entre la rutina y la irrupción violenta, y cómo este vaivén sostiene la incertidumbre que organiza su día a día. En este sentido, el orden narcopatriarcal se inscribe a través de la violencia visible y espectacular y en la fragilidad de los trayectos más simples, donde el miedo, la vulnerabilidad y la memoria del peligro se entrelazan con el acto mismo de moverse por la ciudad.

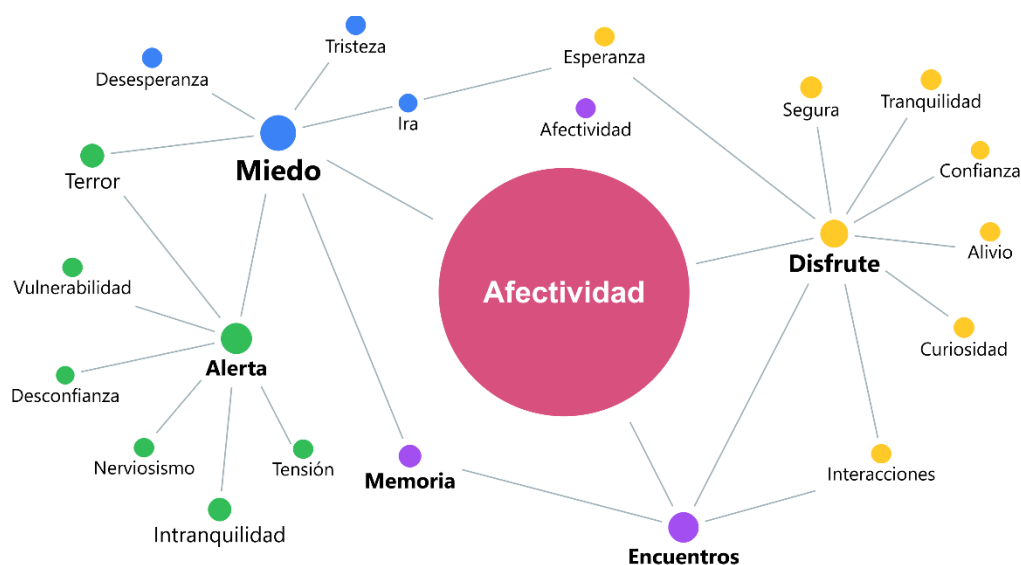
6.3. La dimensión afectiva de la movilidad

En este apartado presento la dimensión afectiva de las representaciones sociales de la movilidad de las universitarias en Culiacán. Explorar la movilidad desde sus afectividades permite reconocer que los trayectos cotidianos están cargados de emociones, memorias y vínculos que configuran las experiencias en movimiento. La afectividad se convierte así en un prisma central para comprender cómo las estudiantes viven, significan y enfrentan su movilidad en un contexto marcado por la violencia narcopatriarcal. El mapa de códigos para esta categoría (ver Figura 6), muestra cómo el miedo emerge como núcleo articulador de los relatos, a partir del cual se desprenden otras sensaciones como la alerta, el nerviosismo, la tensión, la intranquilidad, la desconfianza y la vulnerabilidad. A este eje se suman emociones asociadas a la violencia sexual y a la narcoviencia, como la tristeza y la desesperanza.

También aparece la memoria, que carga de afectos a los espacios y los vincula con episodios de violencia pasada, reforzando la vigilancia y la alerta en los trayectos actuales.

Sin embargo, junto a estas emociones también se construyen otras afectividades. Los encuentros con personas durante los trayectos pueden generar sensaciones de resguardo, confianza y tranquilidad, así como abrir posibilidades de interacción y curiosidad. Del mismo modo, algunas universitarias describen experiencias de disfrute al habitar la ciudad y reconocer lugares significativos, lo que amplía el espectro afectivo más allá del miedo. En este sentido, la dimensión afectiva de la movilidad se despliega en tensiones entre el miedo y la posibilidad de disfrute, entre la memoria del peligro y la búsqueda de espacios de confianza. Para organizar estas reflexiones, presento los resultados en dos apartados: (1) *Entre el miedo y el terror: afectividades en alerta* y (2) *Diversificación de la afectividad: disfrute, tranquilidad y encuentros*.

Figura 6. Mapa de códigos para la categoría *Afectividad*.



Nota: Elaboración propia.

6.3.1. Entre el miedo y el terror: afectividades en alerta

Una dimensión clave de las representaciones sociales de la movilidad es la dimensión afectiva. Hasta este punto he descrito cómo, en las descripciones y testimonios, los afectos emergen de manera inevitable, pues hablar de moverse por la ciudad no puede desligarse de las emociones que acompañan esa experiencia. Tal como señala Silvia Gutiérrez Vidrio

(2020), la afectividad constituye un componente fundamental en la construcción de las representaciones sociales, ya que provee claves para comprender su organización y funcionamiento, al resaltar que toda representación está atravesada por una resonancia emocional que le otorga sentido.

Sin embargo, considero necesario detenerme en esta dimensión de forma explícita para poner atención a los afectos que configuran los sentidos y significados que las universitarias atribuyen a su movilidad cotidiana. Entre ellos, el miedo y el estado de alerta permanente que se presentan como constantes en los relatos y en los ejercicios de photovoice. Esta afectividad no es ni secundaria ni meramente anecdótica, constituye un marco que orienta sus decisiones, sus trayectos y hasta la forma de habitar los espacios urbanos. Daniela lo sintetizó con crudeza: “Ser mujer y trasladarse en Culiacán es sobrevivir. Vivir con miedo y... enfocarte en el punto en que tienes que llegar para sentirte a salvo. Es nunca sentirte segura en tus traslados” (E6, Daniela, 25 años).

El miedo en la movilidad ha sido ampliamente documentado en los estudios urbanos y feministas, especialmente en relación con la violencia sexual en los espacios públicos (Archer, 2019; Soto, 2017). En el caso de las estudiantes de Culiacán, esta preocupación aparece como una constante en sus relatos, inscribiéndose en la vida cotidiana como un estado de alerta que difícilmente se suspende. El miedo es una emoción que se traduce en tensión corporal, nerviosismo y en una serie de estrategias preventivas que buscan reducir la exposición al riesgo. Estas estrategias van desde modificar la vestimenta hasta elegir paradas específicas del transporte, caminar por rutas alternativas o permanecer en estado de hipervigilancia (Gollaz, 2024). Nat lo expresó al describir su experiencia al esperar el transporte público:

Sí me da mucho miedo estar parada en esa esquina [donde espera el transporte público], la verdad. Sí está medio rara esa zona, pero es lo mejor que puedo hacer. Eso, tratar de esconderme un poco detrás de unos postes, es mejor porque así no estoy a la intemperie y los carros o motos que pasan no me ven. Y no traer ropa tan ajustada cuando sé que me toca esperar ahí, o traer una chamarra encima, aunque muera de calor. (E4, Nat, 24 años)

El miedo se convierte en una forma de violencia simbólica ya que restringe sus posibilidades de habitar la ciudad y limita su libertad de movimiento (Soto, 2012). En un

contexto de violencia narcopatriarcal, el miedo cobra matices aún más complejos. Al reflexionar sobre ello, las universitarias compartían cómo el temor a la violencia sexual se contrapone y coexiste con el miedo a la muerte derivada del crimen organizado. Susana lo expresó con claridad al señalar que:

En algún punto las mujeres de Culiacán, y me atrevo a generalizarlo, hemos disminuido un poco el miedo a las violencias de género, a las violencias más sexuales, para priorizar este miedo a no ser asesinadas por el narcotráfico [...] considerando que a las mujeres ya nos tenían atrapadas en nuestro propio cuerpo, apretadas en nuestro cuerpo por el miedo que implica el ser mujer. Ser susceptible a ser víctima de una agresión sexual o de género, pero ahora también se hizo territorial, espacial, la ciudad. Los espacios de seguridad cada vez son más inexistentes, nulos. (E2, Susana, 27 años)

Siguiendo esta línea, el narcopatriarcado opera en los episodios espectaculares de violencia armada y en los miedos y terrores cotidianos, que configuran rutinas restringidas y obligan a una negociación constante para poder habitar la ciudad. El miedo no se vive únicamente en el presente, también se entrelaza con la memoria. Los espacios del miedo se construyen y reconstruyen a partir de recuerdos de episodios violentos que dejan huellas en el territorio y en el cuerpo. El miedo es también una memoria encarnada que permanece activa en el tiempo y condiciona las formas de habitar los espacios cotidianos (Pain, 1991). Esta memoria se activa cada vez que las universitarias atraviesan -o deciden no atravesar- ciertos lugares que remiten a experiencias previas de violencia. Por ejemplo, Gaby fotografió en el ejercicio de photovoice un espacio de su trayecto que recuerda por experiencias violentas y que la llevan a mantenerse en constante estado de alerta:

Siempre paso por este camino a pie para ir a mi casa una vez que me bajo del camión. Una vez alguien quiso seguirme en este mismo lugar, me he tenido que desviar muchas veces pues al notar que camionetas pasan lento, una vez escuché una balacera más o menos cerca. Me da miedo que alguien me sigan y sepan donde vivo. Me he escondido en una tienda de al lado para esperar hasta que se vayan. Todo el tiempo que paso por aquí es alerta y con cuidado. (E5, Gaby, 22 años)

Imagen 11. Todos los días.



Nota: Fotografía extraída del ejercicio de photovoice. Tomada por Gaby, el 29 de abril del 2025 a las 15:10 horas en su caminata a casa.

En síntesis, el miedo apareció como la afectividad más persistente en los relatos y registros de las universitarias, un miedo que se inscribe en un orden narcopatriarcal donde se cruzan las violencias sexuales con la amenaza de la violencia armada. Sin embargo, no fue la única emoción que emergió en torno a la movilidad. Junto a la alerta, la tensión y la vulnerabilidad, también se abrieron paso otras experiencias afectivas que permiten pensar la diversidad de sentidos en el moverse. En el siguiente apartado me detengo en esas otras formas de sentir y habitar la ciudad, donde, pese al miedo, también existen momentos de disfrute y esperanza.

6.3.2. Diversificación de la afectividad: disfrute, tranquilidad y encuentros

Si bien, el miedo apareció como el afecto predominante en los relatos, no fue el único que emergió. En nuestras conversaciones también se hicieron presentes experiencias que dan cuenta de cómo, incluso en un contexto hostil, la movilidad puede traer consigo sensaciones de seguridad, confianza relativa y hasta disfrute. En particular, los encuentros con otras personas se convirtieron en una fuente de tranquilidad y resguardo, mostrando que la presencia de “otros como yo” resignifica la experiencia de moverse por la ciudad. Violeta lo

expresó al narrar cómo se siente acompañada en sus trayectos hacia la universidad: “Me siento más segura caminando junto a estudiantes que van también hacia el campus. Trato de caminar rápido para no separarme mucho de ellos” (E1, Violeta, 23 años). De manera similar, Daniela explicó cómo la presencia de otras personas en la calle, y no la militarización, le genera cierta sensación de tranquilidad:

Algo que yo noté es que me he animado a salir no porque haya más ejército y que crea que ellos nos están cuidando en la calle, sino porque hay más gente como yo, o sea más ciudadanos [...] y pues ahí como que sí me da un poco más, no de confianza, pero sí de tranquilidad y de saber ‘bueno, hay más gente como yo que está saliendo, que está aquí’. (E6, Daniela, 25 años)

Esto nos permitió pensar que la movilidad no se define únicamente por el miedo, sino también por la posibilidad de encontrar en el acompañamiento y la copresencia social una forma de resistencia afectiva que habilita otras maneras de habitar la ciudad (Falú, 2014). Nat señaló que los trayectos también generan interacciones que enriquecen su experiencia cotidiana:

Muchas historias que me he enterado es gracias al pues al trayecto y como esa interacción que es la que tienes con gente que pues no es precisamente tu amiga o no conoces tanto. Entonces sí, a mí me gusta eso porque creo que si yo no tuviera esos trayectos yo no conocería realmente más allá de mí, de mi perspectiva o de lo que a mí me pasa. (E4, Nat, 24 años)

En sus palabras, moverse no siempre se reduce a la carga del riesgo, ya que puede convertirse en un espacio de exploración, de observación y hasta de placer cotidiano. Aurora lo expresó al hablar de su experiencia en el transporte público:

Disfruto el trayecto cuando ando en camión, a mí me gusta andar en camión. A pesar de que, pues hay muchas deficiencias en el servicio, en el trato, en todo eso, pues se me hace como que una experiencia muy interesante. (E3, Aurora, 26 años).

Este tipo de testimonios muestran que las representaciones sociales de la movilidad no son unidimensionales, junto a las narrativas de miedo, también se construyen sentidos ligados al gusto por el movimiento, la posibilidad de observar la ciudad desde otro lugar y la experiencia subjetiva de estar en tránsito. Surgen también relatos donde el disfrute se asocia a partes específicas de la ciudad que se conocen y se valoran a través del trayecto. Se trata de

experimentar visual y afectivamente el recorrido, de apropiarse de ciertos paisajes urbanos que, aun en medio de la violencia, permiten sentir placer o tranquilidad. En el ejercicio de photovoice, Sandy compartió una de esas experiencias: “Esta vista me gusta mucho. Los ríos son una de mis partes favoritas de Culiacán.” (E7, Sandy, 24 años). Su testimonio muestra cómo, en paralelo al miedo, también emergen afectos positivos en la movilidad: la curiosidad, el aprecio por la ciudad y la capacidad de encontrar belleza en medio de la rutina.

Imagen 12. Vista al río.



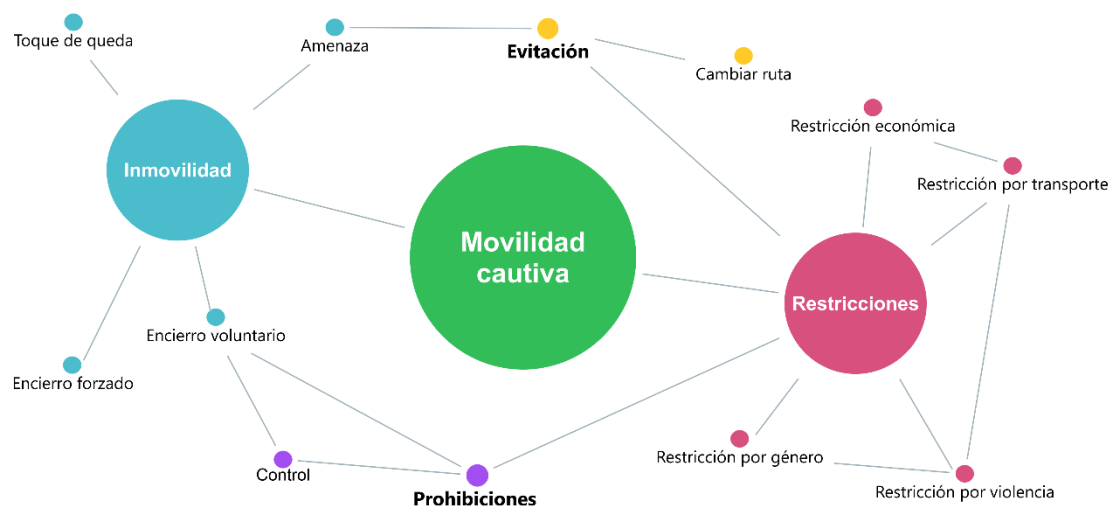
Nota: Fotografía extraída del ejercicio de photovoice. Tomada por Sandy, el 06 de mayo del 2025 a las 12:15 horas. Vista a Tres Ríos desde la ventana del camión ruta Bachigualato.

Mientras la movilidad cotidiana de las universitarias se significa desde el miedo, la alerta y la vulnerabilidad, también se hace desde afectos como la tranquilidad, la curiosidad o el disfrute que pueden surgir en el trayecto. Estos registros emocionales conforman un entramado complejo donde la movilidad se vive simultáneamente como riesgo y como posibilidad de encuentro. Sin embargo, aun cuando aparecen experiencias de disfrute y de apropiación positiva del espacio urbano, la movilidad no deja de estar atravesada por límites impuestos por el orden narcopatriarcal. En el siguiente apartado, profundizo en los resultados sobre ello a partir del concepto de movilidad cautiva.

6.4. Movilidad cautiva y orden narcopatriarcal: los límites del moverse

En este apartado presento los resultados relativos a la movilidad cautiva, entendida como aquellas formas de movilidad restringida o imposibilitada que enfrentan las universitarias en Culiacán bajo un contexto de violencia narcopatriarcal. La movilidad cautiva no se limita a la imposibilidad física de moverse, sino que se expresa también en prohibiciones, restricciones y decisiones condicionadas por el miedo, la precariedad y los mandatos de género. El mapa de códigos elaborado para esta categoría (ver Figura 7), revela dos ejes principales en los relatos de las estudiantes. Por un lado, aparece la inmovilidad, asociada tanto a las prohibiciones y encierro forzado -como los “toques de queda” impuestos por la narcoviencia- como al encierro denominado “voluntario”, que involucraba “decidir” no salir de casa, aun cuando esto implicara renunciar a actividades académicas, recreativas o sociales. Por otro lado, emergen las restricciones vinculadas a factores materiales como los costos económicos, la limitada cobertura del transporte público y la falta de servicio nocturno, pero que se entrelazan con la violencia narcopatriarcal y con restricciones de género que condicionan su libertad de movimiento. Para dar cuenta de esta complejidad, organizo los resultados en dos líneas: (1) *Inmovilidad y encierro: cuando la ciudad se vuelve cautiverio*; y (2) *Restricciones y cautiverios: la captura de la movilidad*.

Figura 7. Mapa de códigos para la categoría *Movilidad cautiva*.



Nota: Elaboración propia.

6.4.1. Inmovilidad y encierro: cuando la ciudad se vuelve cautiverio

Una de las formas que merece especial atención en cuanto a la movilidad cautiva es la inmovilidad, el encierro que muchas veces está condicionado por el miedo y por las estructuras de violencia que atraviesan la vida cotidiana (E. Ramírez, 2024). En el contexto actual, las universitarias reflexionaban sobre lo que ha significado “perderse” fragmentos de su vida por la violencia narcopatriarcal. Periodos en los que la violencia exacerbada impone, de facto, un toque de queda que paraliza la ciudad y les impide realizar sus actividades más rutinarias, desde acudir a clases hasta compartir espacios de convivencia con amistades. Violeta lo expresó de esta forma:

Pienso en lo que nos hemos perdido por la ‘Narcopandemia’. Como que, ‘si hoy hubiera ido a la escuela, a lo mejor me hubiera pasado algo que me hubiera gustado, o algo que recordaré’, porque, generalmente, los días en la escuela convives con la gente, con amistades, pláticas, sales, pero nos quitan eso también, no hay nada, es tan triste. (E1, Violeta, 23 años)

En estas narrativas, la inmovilidad forzada no se limita al impedimento físico de salir, revela un entramado de cautiverios (Lagarde, 1999/2015) donde el miedo, la prohibición y la violencia estructural se inscriben en el cuerpo y en los ritmos de la vida diaria. La imposibilidad de trasladarse se convierte también en la imposibilidad de habitar plenamente la experiencia universitaria, de sostener lazos afectivos o de ejercer derechos básicos como el de transitar libremente por la ciudad. Así, la inmovilidad impuesta por la narcoguerra se entrelaza con las lógicas patriarcales que históricamente han restringido los movimientos de las mujeres, constituyendo un cautiverio espacial en el que la libertad de moverse queda capturada por la amenaza constante de la violencia. Como lo sintetiza Susana: “Te van acortando la ciudad en medida que vas viviendo esas experiencias, te van haciendo hacia la orilla, te van encerrando y encapsulando, hasta que tengas miedo de estar hasta en tu casa” (E2, Susana, 27 años).

Las reflexiones con las universitarias me permiten problematizar que los cautiverios de las mujeres no solo se manifiestan en “encierros forzados”, también en aquellas situaciones en que las restricciones se interiorizan como parte de la vida cotidiana. En este sentido, lo que en apariencia se vive como una elección personal está profundamente condicionado por el miedo, las violencias estructurales y las dinámicas narcopatriarcales que

delimitan los espacios posibles de habitar. Así lo expresó Daniela, quien acude a clases de inglés por las tardes en una escuela de idiomas en el centro de la ciudad, pero que ha visto perturbadas sus actividades académicas debido a la violencia:

La verdad es que me da miedo quedarme por allá en el centro varada o algo, así que pues sí mejor evito salir, o sea, digo ‘bueno un trimestre del inglés lo puedo recurrar pero no sé, mi vida quizá vale más que eso, así que mejor no’. (Daniela, 25 años).

En la lógica del cautiverio, se impone priorizar la supervivencia por encima de la vida académica, asumiendo que lo que está en juego trasciende con mucho una materia escolar. Bajo este prisma, la categoría de encierro voluntario adquiere un carácter especial, ya que lo que parece una elección individual se trata de la consecuencia de un orden narcopatriarcal que captura la movilidad y reconfigura los proyectos de vida de las universitarias. Nat relató cómo dejó de realizar actividades recreativas y de encuentro que antes formaban parte de su cotidianidad:

Antes saliendo de clases salía con unas amigas a tomar un café y avanzábamos la tarea, pero ya no lo hacemos, en cuanto salimos de clases es cada quien a su casa [...]. Para cortar el tiempo de traslado y también porque como que me queda esa inseguridad de decir: ‘no, ya vete a tu casa’. Y ya tarde, no sé [...] No, pues no. Qué mal, ¿no? Qué triste eso de privarse de esas experiencias. Sí, por el tema de la inseguridad. (E4, Nat, 24 años)

Estas prohibiciones también se hicieron evidentes en el ejercicio de photovoice. Durante nuestras conversaciones reflexionábamos sobre la relevancia no solo de las imágenes capturadas, sino también de aquellas que no pudieron ser tomadas. Las estudiantes mencionaban que muchas escenas vinculadas a la narcoviolencia no fueron fotografiadas por temor, por la imposibilidad de sacar el celular en ciertos lugares o por la carga simbólica que implicaba hacerlo. Estas ausencias hablan de un régimen de prohibiciones que atraviesa la movilidad: lo que no se mira, lo que no se registra, lo que debe ser evitado para garantizar la supervivencia. En este sentido, lo no fotografiado se convierte también en una huella de la violencia, una marca silenciosa que revela las fronteras simbólicas y materiales que organizan sus trayectos. Como señaló Gaby en una de nuestras conversaciones: “los límites los tengo marcados” (E5, Gaby, 22 años).

6.4.2. Restricciones y cautiverios: la captura de la movilidad

Si bien hasta el momento he presentado los fragmentos que evidencian la inmovilidad y el encierro relacionados directamente con la narcoviolencia, en las narrativas de movilidad también emergen restricciones vinculadas con condiciones estructurales más amplias, como las dificultades económicas o la falta de alternativas de transporte. Como señala Paula Soto (2023) en el informe sobre patrones de movilidad cotidiana de mujeres en contextos de nueva ruralidad de municipios del estado de Hidalgo, las mujeres enfrentan una movilidad cautiva, producto de las restricciones de acceso, la deficiente calidad y cobertura del transporte público y la precariedad de la infraestructura vial.

En el caso de las universitarias en Culiacán, estas restricciones materiales conviven y se entrelazan con la violencia narcopatriarcal, configurando escenarios donde la precariedad del servicio y la amenaza de la violencia se superponen en los trayectos cotidianos. Las limitaciones económicas y temporales marcan con fuerza la experiencia de movilidad. Aurora lo expresaba al señalar que depende casi exclusivamente del camión urbano y que, por motivos económicos, no siempre puede recurrir a un taxi por aplicación:

Los que son en camión sí son en día, lo más tarde que tomo el camión creo que ha sido a las 7:40 pm. Porque dejan de pasar, así que ya no hay servicio. Y muchas veces no me puedo dar el lujo de pagar un Uber, es muy caro hasta mi casa, así que procuro irme apurada si se me hizo tarde en la escuela, para alcanzar el último camión. (E3, Aurora, 26 años)

Estas limitaciones estructurales se entrecruzan con la violencia directa, como lo relató Sandy al recordar cómo, en medio de un operativo armado, fue obligada a descender del camión en plena calle:

Ya me tocó dos veces que, en los transportes públicos, me bajaran del camión cuando iba a la universidad porque estaban balaceando y pues ya no iban a estar en ruta, y en vez de dejarnos en un lugar seguro, solo nos dejaban en medio de la calle. (E7, Sandy, 24 años)

Estas dificultades del transporte público conviven con restricciones que son específicas por género, pues la movilidad de las mujeres suele estar atravesada por violencias, acosos y limitaciones que condicionan sus trayectos cotidianos y su libertad de moverse (Sánchez de Madariaga, 2013). Esto se refleja en la experiencia de Nat, quien describía en su

ejercicio de photovoice cómo incluso la actitud del chofer se convierte en un factor de tensión: “A veces trato de evitar subirme a este camión porque este chofer no me cae bien, es muy grosero con las mujeres, sobre todo si te ve joven. Pero hoy venía tarde y no tuve opción” (E4, Nat, 24 años).

Imagen 13. Choferes conocidos.



Nota: Fotografías extraídas del ejercicio de photovoice. Tomadas por Nat, el 09 de abril del 2025 a las 14:30 horas. Dentro del camión ruta Coloso.

En la misma línea, Daniela profundizaba en cómo esas restricciones se amplifican en su vida cotidiana:

Súmame las prohibiciones por ser mujer, ya hemos tenido que evitar miles de cosas por ser mujeres aquí. No salir solas, no salir de noche, no divertirnos, no tomar alcohol, no vestarnos de cierta forma, porque si nos violentan, nos van a culpar a nosotras por no cuidarnos, por exponernos. Nos restringen de miles de maneras, y eso lo sabemos muy bien [...] Es ese control sobre nosotras y nuestras libertades, nos tienen como amenazadas [...] Yo salgo muchas veces con ese miedo, el miedo a que me hagan algo por ser mujer, pero no puedo quedarme encerrada para siempre. No es justo para mí. (E6, Daniela, 25 años)

Esta última idea de Daniela introduce el siguiente apartado, donde me interesa profundizar en la constante disputa entre el cautiverio y la decisión de salir y moverse. Una

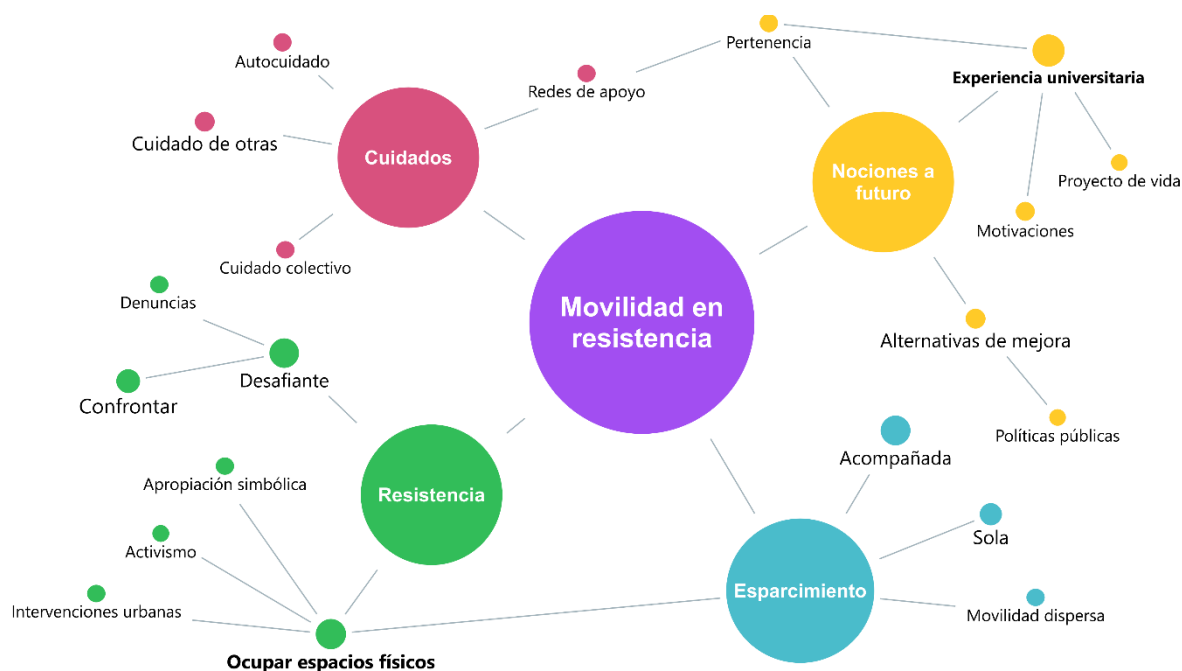
movilidad en resistencia que, a pesar de los miedos y las amenazas, se sostiene como forma de agencia.

6.5. Movilidad en resistencia: disputar el espacio y moverse por la ciudad

En este apartado presento los resultados relacionados con la movilidad en resistencia, entendida como aquellas prácticas cotidianas mediante las cuales las universitarias disputan el miedo, confrontan las restricciones impuestas por el orden narcopatriarcal y reivindican su derecho a habitar la ciudad. Resistir, en este marco, no significa negar la violencia, sino desplegar estrategias que permiten salir, apropiarse de espacios, denunciar y generar formas de agencia aun en contextos adversos (Kern, 2020). El mapa de códigos para esta categoría (ver Figura 8) muestra cómo la resistencia se articula en distintas dimensiones. Desde el confrontar y denunciar hasta el ocupar espacios físicos a través de intervenciones urbanas, apropiaciones simbólicas y la importancia del activismo feminista. Las estudiantes narraron cómo, en medio de un contexto hostil, estas acciones también se expresan en una movilidad dispersa, que expande las posibilidades de conocer, recorrer y disfrutar otros territorios más allá de la lógica del miedo y la restricción.

Otro eje que se desprende en este apartado es el de los cuidados, desde prácticas de autocuidado, cuidado de otras y cuidado colectivo que se entrelazan con las redes de apoyo que los espacios universitarios les puede permitir construir. Para ellas, la universidad no aparece únicamente como espacio académico, es comunidad de socialización y acompañamiento con compañeras y amigas, donde las estudiantes comparten afectos, construyen lazos y proyectan futuros comunes. Finalmente, estas experiencias de resistencia también abren la posibilidad de imaginar alternativas y nociones a futuro. A partir de sus reflexiones, se vislumbra la capacidad de pensar en conjunto en mejores condiciones de movilidad, en políticas públicas que respondan a sus necesidades y en la construcción de ciudades más seguras y habitables para las mujeres. Para organizar estos resultados, los presento en tres vertientes: (1) *Resistencia y recreación: disputar el derecho a la ciudad*; (2) *El cuidado como resistencia en la movilidad*; y (3) *Ser universitaria en movimiento: nociones a futuro*.

Figura 8. Mapa de códigos para la categoría *Movilidad en resistencia*.



Nota: Elaboración propia.

6.5.1. Resistencia y recreación: disputar el derecho a la ciudad

En medio de la violencia extrema y de las restricciones impuestas por el narcopatriarcado, también se abre un terreno de resistencia, donde las mujeres universitarias, lejos de aceptar el encierro como destino, ponen en marcha estrategias cotidianas, vínculos de apoyo y actos de agencia que les permiten disputar el sentido de la ciudad y darle nuevos significados a su movilidad. Desde esta mirada, la movilidad en resistencia se entiende como la negativa a aceptar la inmovilidad como única alternativa posible. Es la decisión de sostener el movimiento aún bajo amenaza, de desafiar los límites impuestos por el miedo y reivindicar el derecho a habitar la ciudad (Kern, 2020). Gaby lo expresó al narrar cómo su rechazo al encierro la impulsa a salir incluso cuando sabe que implica un riesgo:

Porque no me gusta el encierro, a mí no me gusta y yo creo que yo siempre me voy a retener a eso, yo siempre voy a resistirme a que me tengan encerrada. O sea, cuando he estado encerrada es porque de plano no hay de otra, pero si no, pues ahí salgo, con el riesgo. Tal vez no debería, pero es algo que hago: salir. (E5, Gaby, 22 años)

En nuestras conversaciones, también surgió con fuerza la idea de que quedarse encerrada no equivale a sentirse segura ni a vivir plenamente. La violencia extrema impone

riesgos y convierte el encierro en otra forma de amenaza. Como señaló Sandy: “Quedarte encerrada no es vida. Sí, a mí me pasa con nosotras que, si lo pensamos en retrospectiva, prefieres que te toque una bala perdida en la calle que quedarte encerrada y sentirte insegura” (E7, Sandy, 24 años). En la misma línea, Violeta subrayó cómo, aun cuando salir pueda implicar atravesar escenarios de riesgo, lo que resulta insoportable es la sensación de clausura total que impone la violencia:

Yo siento que no salir en la ‘Narcopandemia’ se siente peor, o sea, tienes el riesgo de que te puedan balacear el camión, pero es peor lo de limitarte en ese extremo y estar encerrada, leyendo noticias de los horrores de la ciudad. Yo prefiero salir, obvio hay días en que dan más miedo, pero sí prefiero salir. (E1, Violeta, 23 años)

Estos testimonios nos hacían reflexionar cómo la movilidad en resistencia no es ingenua ni desconoce los riesgos, sino que apuesta por no entregar la vida entera al miedo. Se trata de elegir moverse, incluso en la precariedad, como un gesto de afirmación y de esperanza frente a la amenaza narcopatriarcal.

Otro aspecto reflexionamos en nuestras conversaciones fue la importancia de reivindicar el derecho a ocupar espacios de recreación y esparcimiento, incluso en medio de la narcoviolencia. Habitar y moverse por la ciudad no puede reducirse únicamente a sobrevivir los trayectos funcionales, sino que implica también reclamar la posibilidad de disfrutarla (Rose, 2002). Sin embargo, esta reivindicación suele estar atravesada por juicios y críticas públicas hacia quienes se atreven a transitar o recrearse en medio de la violencia. Susana lo comentó al recordar las críticas que circularon en redes sociales hacia quienes asistieron a un partido de béisbol en el estadio de ‘Tomateros’ en diciembre del 2024:

No está prohibido salir y yo no soy responsable de estas violencias estructurales y no colaboro con ellos [narcotraficantes] por salir y divertirme. No soy yo, tienen que redirigir la responsabilidad. Los juicios deben de ir contra otros, no contra quienes queremos salir a divertirnos. (E2, Susana, 27 años)

Esto nos llevó a pensar juntas que, ocupar la ciudad para fines recreativos es, en sí mismo, un gesto de resistencia frente al orden narcopatriarcal que pretende reducir la movilidad de las mujeres a una lógica de cautiverio y miedo. Salir a disfrutar, estar con otras personas y a habitar espacios de ocio, se convierte en una forma de disputar los significados

de la ciudad y de recordar que la responsabilidad de la violencia no recae en quienes la padecen, sino en las estructuras que la producen y sostienen.

Finalmente, aparece la posibilidad de pensar en una movilidad dispersa, aquella que no se limita a los trayectos rutinarios ni a los espacios funcionales, sino que se abre a la exploración, el descubrimiento y el deseo de habitar lugares diversos. Susana lo narró al compartir cómo sus recorridos la han llevado más allá de la ciudad:

Sí, antes no tienes idea en qué lugares me he metido. Hay un arroyo bonito y voy a buscarlo. Encontré que hay un río muy bonito de camino a Sanalona y yo me iba a buscarlo, yo sola o con mi pareja también mujer, o sea, dos mujeres que recorremos Sinaloa. Desde El Fuerte hasta Escuinapa. (E2, Susana, 27 años).

De forma similar, Daniela destacó que para ella la movilidad implica curiosidad y disfrute, incluso si se trata de trayectos largos:

Como te digo yo soy muy inquieta y soy muy vaga, casi siempre soy como que ‘hay un sushi allá bien lejos, me queda lejísimos, pero pues está bien rico y me gusta ir allá’. Entonces me voy, a mí nunca me han importado las distancias. Si tengo que agarrar un camión y si está bien largo no hay problema, o sea me voy con tiempo, disfruto el viaje, el trayecto. Si pueden pasar por mí, pues bien, o de regreso tomo un Uber, no tengo problema yo con irme tan lejos. (E6, Daniela, 25 años).

Estas prácticas muestran cómo la movilidad dispersa, aunque atraviesa riesgos y limitaciones, produce formas de apropiación de la ciudad y del territorio más amplio de Sinaloa. Multiplica los espacios transitados y enriquece los sentidos de la movilidad de las universitarias, como viajar lejos, explorar, conocer, disfrutar, compartir, constituye una manera de disputar los límites impuestos por el orden narcopatriarcal y reafirmar la capacidad de moverse desde el deseo y la agencia.

6.5.2. El cuidado como resistencia en la movilidad

Un tema que merece especial atención en las experiencias de las universitarias es el de los cuidados. No solo se trata de cuidarse a sí mismas en un contexto de violencia narcopatriarcal, sino de pensar el cuidado como una práctica colectiva que atraviesa las formas de moverse por la ciudad. En nuestras conversaciones reflexionamos sobre la idea de que, frente a la violencia, el cuidado debe leerse como estrategia activa y compartida para

resistir y disputar la hostilidad del entorno. Aurora lo expresó al compartir sobre la necesidad de nombrar y colectivizar estos gestos: “Entonces, animarse, atrevernos a decir: oye, las cosas están mal. No está bien que yo sienta miedo al moverme por esta ciudad. Vamos a ser llamadas exageradas, locas, pero nos toca resistir” (E3, Aurora, 26 años).

El cuidado también se expresa en la responsabilidad de proteger a otras, especialmente a mujeres más jóvenes o niñas. Como relató Susana en el ejercicio de photovoice, al salir con su sobrina pequeña, la tensión cotidiana se volvió aún más evidente, al sentirse responsable de resguardar a alguien más vulnerable en medio de la ciudad:

Este fin de semana que salí con mi sobrina que es bebé. Fui más consciente [...] sentí el peso de una gran responsabilidad: me pueden asaltar, y en el peor de los escenarios, me la pueden robar. [...] Ser responsable de una mujer y sobre todo de una mujer tan indefensa como es una bebé. Pero aparte se contrarresta con que la plaza Ceiba [plaza comercial], para mí, me atrevería a decir que después de mi casa es la zona más segura de la ciudad. (E2, Susana, 27 años)

Imagen 14. Cuidado de otras.



Nota: Fotografía extraída del ejercicio de photovoice. Tomada por Susana, el 06 de mayo del 2025 a las 12:15 horas. Vista a Tres Ríos desde la ventana del camión ruta Bachigualato.

No obstante, el cuidado no se limita a la dimensión individual del trayecto, sino que se expande hacia lo colectivo a través de redes de apoyo que las universitarias construyen en su vida cotidiana y en su pertenencia universitaria. El cuidado aparece aquí como un gesto político y afectivo que articula lo cotidiano: caminar juntas, avisar cuando se llega a casa, compartir información sobre rutas seguras o riesgosas, estar atentas a las noticias de violencia antes de salir. Estas prácticas se convierten en mecanismos que permiten sostener la movilidad en un contexto adverso, resignificando la vulnerabilidad compartida como un espacio de apoyo mutuo (Hernández-González & Carbone, 2022). Como señaló Gaby, las amistades que nacen en la universidad se convierten en espacios de acompañamiento y organización, donde compartir información, estar pendientes unas de otras y hablar de estas violencias se transforma en una práctica comunitaria que trasciende lo académico:

También las amistades que me da la escuela son muy importantes porque hablamos de estos temas, nos reunimos, nos organizamos para cuidarnos en la medida de lo posible. Mis amigas, por ejemplo, están al pendiente de mí dentro y fuera de la uni [universidad], si ya llegué, si cómo me va, yo igual con ellas y esa es parte de la experiencia universitaria que sobrepasa lo académico. A lo mejor es más comunitario. (E5, Gaby, 22 años)

Estas experiencias comunitarias permiten imaginar otras formas de habitar la ciudad y de resistir desde lo colectivo. A partir de estas vivencias compartidas, las estudiantes proyectan también sus expectativas y deseos a futuro, en los que la movilidad se piense también como posibilidad de construir proyectos de vida y de autonomía en tanto mujeres universitarias.

6.5.3. *Ser universitaria en movimiento: nociones a futuro*

Para conectar las reflexiones compartidas por las estudiantes, me interesa finalizar con la idea que, aun en medio de un contexto hostil, persiste la posibilidad de imaginar mundos alternos y proyectar mejores condiciones de movilidad. Siguiendo a Verónica Gago (2019), la imaginación no es un ejercicio ingenuo, sino una práctica política que traza horizontes y moviliza para transformar lo existente. En este sentido, retomo lo que Susana expresó:

Sería ideal sentirte segura en el sector norte, en el sector sur. Tenemos derecho a detenernos en el semáforo y escuchar música, disfrutarla, ver la naturaleza, los

árboles, pensar en qué ruta vas a tomar por rapidez o por tráfico y no por aquella ruta en la que es más probable que sobrevivamos. (E2, Susana, 27 años)

En este fragmento, Susana enuncia un deseo personal que abre la posibilidad de visualizar un futuro distinto. Estas aspiraciones configuran una forma de resistencia afectiva y epistémica que, desde lo cotidiano, sostiene la lucha por habitar una ciudad menos marcada por el miedo y más cercana a la vida que las universitarias imaginan posible.

En la misma línea, Daniela imaginaba un futuro donde la movilidad universitaria no estuviera marcada por la sospecha ni por la criminalización de sus cuerpos, sino por la posibilidad de ejercer plenamente sus roles como estudiantes y jóvenes profesionales. Como ella expresó:

Sería ideal para mí que esos días que nos toque venir a la universidad, sintamos que venimos a eso, que nos dedicamos a la investigación, o al estudio, o que somos empleadas. Pero no sentir que somos nosotras las narcotraficantes, las sospechosas, las culpables. Para mí eso sería lo ideal en la movilidad. Por supuesto atravesada por las circunstancias. Es muy difícil no hablar, no asociarlo con lo que vivimos. Pero imagino que un futuro la movilidad puede ser mucho mejor para las mujeres, pero para eso habría que trabajar conjuntamente. (E6, Daniela, 25 años)

Estas reflexiones dan cuenta de cómo las universitarias denuncian los límites del presente y abren horizontes de posibilidad, donde la movilidad se piense como un derecho y una experiencia digna, libre de sospecha y violencia. En este ejercicio, la imaginación se entrelaza con la crítica, configurando un horizonte de acción donde se reclama la seguridad, y el reconocimiento. Como expresó Gaby, la universidad también debe asumir su papel en esta tarea colectiva:

Ahora con estas conclusiones a las que llegamos, quizá estás [estamos] construyendo una base para una propuesta. Porque estamos de acuerdo de que la universidad tiene mucha responsabilidad de la manera en la que nos movemos, la seguridad en nuestro trayecto. No porque ya no esté en la escuela quiere decir que ya no soy su responsabilidad. Soy una estudiante de aquí y hasta que llegue a mi casa. Al final, ser universitaria es también parte de tu identidad. No dejamos el rol aquí. (Gaby, 23 años)

Quizá algunas pistas para pensar el futuro ya están inscritas en las formas en que las estudiantes nombran y denuncian la violencia que atraviesa sus trayectos. De igual manera,

la intervención de los espacios desde el activismo feminista ha dejado huellas en la ciudad que forman parte de la movilidad de las estudiantes. En el ejercicio de photovoice, Sandy compartió la imagen de una cruz rosa con la frase “La narcopandemia también es violencia patriarcal”. Sobre esta fotografía escribió:

Hoy salí temprano de la universidad y vine al centro a comer con mi amigo antes de las prácticas. Hace ratito que no pasaba por aquí caminando y vi esto. Me llamó la atención porque me recordó a lo que hablamos hoy: narcoviencia como violencia patriarcal y violencia de género. Creo que es cierto. (E7, Sandy, 24 años)

Imagen 15. La narcopandemia también es violencia patriarcal.



Nota: Fotografía extraída del ejercicio de photovoice. Tomada por Sandy, el 07 de mayo del 2025 a las 12:00 horas. Fuera del Ayuntamiento de Culiacán, colonia Centro.

Con esta imagen cierro el capítulo de resultados, pues condensa una de las ideas principales que en este trabajo he buscado problematizar, la narcoviencia no puede leerse al margen de las estructuras patriarcales, y las estudiantes nombran, sienten y denuncian desde sus propios recorridos. La posibilidad de nombrarlo traza un puente entre memoria, denuncia y resistencia; un recordatorio de que los cuerpos y los trayectos de las mujeres son territorios en disputa, pero también espacios desde donde se construyen sentidos y se reclaman derechos. Desde la perspectiva de las representaciones sociales, la movilidad se

configura aquí como una trama de significados afectivos, políticos y simbólicos que expresan cómo las universitarias viven, interpretan y resignifican su experiencia en Culiacán. Así, los recorridos cotidianos se revelan como escenarios donde se reproducen el miedo y la violencia narcopatriarcal, pero también como espacios donde se ejercen la resistencia y la imaginación de futuros distintos.

CAPÍTULO 7. DISCUSIÓN Y CONCLUSIONES

El concepto de narcopatriarcado permite nombrar teóricamente el contexto donde se producen las representaciones sociales encarnadas en las prácticas y significados cotidianos sobre la movilidad de las mujeres universitarias en Culiacán. Tal como advierte Serge Moscovici (1961), las representaciones sociales no son meras ideas, sino sistemas de conocimiento compartido que estructuran la realidad y guían la acción. En este sentido, me interesa discutir cómo las estudiantes elaboran imágenes colectivas sobre su ciudad, en las que convergen el orden patriarcal y las lógicas del narcotráfico, produciendo un marco interpretativo que orienta sus trayectorias, decisiones de movimiento y afectos.

Siguiendo a Denise Jodelet (1989), la objetivación y el anclaje permiten comprender cómo las universitarias convierten lo abstracto en experiencia tangible, por ejemplo, los enfrentamientos armados, las desapariciones y las restricciones de género se traducen en categorías cotidianas como “zonas prohibidas”, “horarios inseguros” o “lugares de miedo”. De esta manera, las narrativas y las experiencias personales anclan la violencia en representaciones sociales compartidas, que, en su dimensión temporal y espacial, organizan lo que se nombra como riesgo, protección o transgresión en su movilidad. A diferencia de lo planteado en estudios realizados en otras ciudades -por ejemplo, las restricciones ligadas al acoso sexual en el transporte público en Ciudad de México (Soto, 2017) o las experiencias corporales frente a la inseguridad en Guanajuato (Vidó, 2022)-, en Culiacán se observa que el narcotráfico introduce un componente adicional: el control territorial y simbólico ejercido por el crimen organizado y la militarización, lo que intensifica las limitaciones de movilidad bajo claves narcopatriarcales.

Quiero resaltar que estas representaciones sociales se materializan en prácticas específicas de movilidad. Los resultados aquí expuestos, me permiten reflexionar de la mano de autoras como María Fernanda Parra (2021) o Paola Jirón (2007), que la movilidad urbana de las mujeres suele estar atravesada por estrategias de adaptación y negociación frente a la violencia. Sin embargo, insisto que, en el caso de Culiacán, estas prácticas adquieren una densidad particular. Las universitarias relatan trayectos donde evitan pasar por colonias asociadas a la narcoviolencia, reorganizan sus horarios para no transitar de noche y prefieren moverse acompañadas como una estrategia de resguardo. Estos hallazgos amplían los marcos

previos de análisis, al evidenciar que el narcopatriarcado delimita físicamente el movimiento y organiza de manera estructural la forma en que las mujeres significan, habitan y se mueven por la ciudad.

Me interesa subrayar, además, que estas prácticas de movilidad se inscriben en una atmósfera afectiva marcada por lo siniestro. Una reflexión y aporte que resulta especialmente pertinente para leer la experiencia urbana en Sinaloa, donde la movilidad cotidiana –por ejemplo, el camino a la universidad, el transporte público, una esquina de su colonia- pueden transformarse súbitamente en escenarios de enfrentamientos armados, desapariciones o exhibición de narcomensajes. Esta condición convierte lo cotidiano en fuente de inquietud y produce una movilidad en constante estado de alerta. Considero que esta particularidad del contexto sinaloense dialoga con los aportes de Nausheen Anwar et al. (2018) quienes describen cómo la violencia extrema interrumpe los trayectos más cotidianos, obligando a negociar la movilidad en territorios atravesados por la amenaza de la violencia extrema. Al igual que en esos escenarios, en Culiacán la violencia no se limita a lo espectacular de los enfrentamientos, en su lugar, se filtra en la rutina diaria, transformando lo habitual en siniestro y convirtiendo cada trayecto en un acto de supervivencia. La diferencia, sin embargo, que me interesa recalcar es la existencia del orden narcopatriarcal, que articula la violencia armada con el control patriarcal sobre las mujeres, generando una experiencia de movilidad donde lo siniestro se convierte en un efecto de la guerra urbana y de una pedagogía de la crueldad que busca inmovilizar y disciplinar los cuerpos de las mujeres (Segato, 2018).

En consecuencia, la movilidad en Culiacán puede entenderse como un campo atravesado por representaciones sociales que combinan miedo, prohibición y cuidado, y que, en su conjunto, muestran que el narcopatriarcado opera como un régimen cultural que estructura tanto los significados como las prácticas de movilidad de las mujeres universitarias.

En esta línea, vale la pena discutir referente a la dimensión afectiva de las representaciones sociales que emergieron en los relatos y ejercicios de photovoice de las universitarias. En este sentido, el miedo apareció como una constante al describir sus experiencias sobre la movilidad cotidiana. Esto lo puedo hilar con los aportes de Rita Segato (2010, 2018) y Sara Ahmed (2014), al describir que el miedo no es únicamente una emoción individual, sino una tecnología de control que disciplina a las mujeres y condiciona su

relación con el espacio urbano, el cual puede entenderse como una forma de violencia simbólica contra las mujeres (Soto, 2014). Mientras el miedo, el terror, el estado de alerta e intranquilidad se manifiestan, las universitarias construyen representaciones sociales sobre su movilidad que se estructuran a partir de estas dimensiones afectivas que definen sus trayectorias cotidianas. Las estudiantes narran advertencias recibidas desde la infancia -por ejemplo, “no camines sola de noche”, “esa colonia es peligrosa”, “avísame cuando llegues”-, que funcionan como anclajes (Jodelet, 1989) en los que se sedimenta los sentidos de la ciudad y el trayecto como un espacio amenazante. Las noticias sobre balaceras, desapariciones, los espacios de la ciudad intervenidos con fichas de búsqueda o los relatos transmitidos entre amigas refuerzan estas representaciones, convirtiéndolas en saberes compartidos que orientan la acción. Así, el miedo se consolida como un marco cultural que organiza la movilidad cotidiana, delimita rutas posibles, define horarios aceptables y otorga sentido a las estrategias de resguardo.

En concordancia con lo que propone Silvia Gutiérrez Vidrio (2021), me resulta crucial atender la dimensión afectiva de las representaciones sociales y reconocer que estas no solo producen miedo, sino también otros registros emocionales que acompañan la movilidad. En los relatos, junto al temor aparecen la tranquilidad de recorrer un camino conocido, el disfrute de conversar en compañía durante el trayecto o la seguridad que otorgan las redes universitarias y feministas. En este sentido, la discusión la puedo orientar en la necesidad de diversificar la afectividad para complejizar el análisis, reflexionando sobre cómo ante un contexto hostil, el miedo no es la única afectividad posible, sino que también se sostiene por afectos de cuidado, solidaridad y esperanza. Esta lectura me amplía la mirada sobre la movilidad en contextos hostiles, al reconocer que los afectos no son pasivos, sino que pueden transformarse en recursos para resistir, imaginar, habitar y moverse por la ciudad de manera distinta (Kern, 2020).

Una reflexión importante que emerge de mi proceso de análisis de los resultados es que la movilidad de las universitarias en Culiacán no puede comprenderse de manera lineal ni homogénea. En su lugar, se configura como un campo de tensiones en el que coexisten, de forma simultánea, experiencias de encierro y de disputa. La noción de *movilidad cautiva* (Soto, 2023; Lagarde, 1999/2015) revela cómo la ciudad se percibe como un gran cautiverio, donde las fronteras invisibles impuestas por el miedo, las normas patriarcales y las dinámicas

del narcotráfico restringen el acceso y la circulación de las mujeres. A la par, la idea de *movilidad en resistencia* permite reconocer que los trayectos también son escenario de agencia, donde las estudiantes reconfiguran sus afectividades y prácticas para disputar el derecho a habitar y moverse por la ciudad (Barjola, 2023).

Desde la teoría de las representaciones sociales, esta tensión se expresa en significados contradictorios que las universitarias comparten sobre Culiacán: por un lado, la ciudad nombrada como peligrosa, sitiada, prohibida. Mientras por otro, como espacio que se puede reapropiar, intervenir y resignificar. Estas imágenes, lejos de ser excluyentes, coexisten en la vida cotidiana y orientan decisiones prácticas. Moverse por la ciudad es a la vez cautiverio y escenario de lucha, lo que confirma la idea de que las representaciones sociales son dinámicas y se transforman en la medida en que los sujetos negocian con la realidad social (Jodelet, 1986; Moscovici, 1988b).

Así, me interesa resaltar que, en esta tensión, la movilidad se vuelve política. No se trata exclusivamente de un medio para llegar a un destino, sino de un terreno en disputa donde las mujeres universitarias negocian entre el encierro y la apertura, entre la adaptación a la violencia y la creación de alternativas. Como recuerda Linda McDowell (1999), el espacio urbano nunca es neutral, y en contextos como Culiacán, cada trayecto cotidiano se convierte en un acto cargado de significado, en el que se reafirman o desafían los límites impuestos por el orden narcopatriarcal.

En este sentido, en un contexto narcopatriarcal donde el miedo y la violencia buscan inmovilizar a las mujeres, emergen también representaciones sociales que otorgan otro sentido a la movilidad: el cuidado. Este aparece en los relatos como un valor compartido, un significante que organiza las interacciones entre universitarias y que, al mismo tiempo, sostiene la confianza y la solidaridad. En este caso, la idea de cuidarse y cuidar a otras se convierte en un marco cultural que legitima y da sentido a la acción colectiva en la ciudad.

Por otro lado, considero importante subrayar la pertinencia metodológica de mi investigación. Al articular entrevistas a profundidad, mapeos y adaptación de la técnica de photovoice, no solo recuperé narrativas verbales, sino que, incorporé la imagen como un método de análisis capaz de explorar los significados sociales que muchas veces no logran expresarse únicamente en palabras (De Alba, 2010). Las fotografías que capturaron las participantes no fueron solo registros de trayectos, sino huellas de sus representaciones

sociales sobre su movilidad, donde se entretajan afectos, memorias y estrategias de movilidad. En un campo académico donde los estudios sobre violencia, narcotráfico y género suelen privilegiar el análisis discursivo, en mi aproximación busqué apoyarme de la potencia de lo narrativo y visual para comprender cómo las universitarias de Culiacán significan y negocian su movilidad.

Para presentar las conclusiones, me interesa compartir los principales aprendizajes que me deja el desarrollo de esta investigación. Con ello, pretendo exponer las reflexiones que abren camino a futuros análisis y debates tanto en el ámbito académico, político y social.

Por un lado, uno de los aprendizajes más significativos es que las políticas públicas sobre movilidad en contextos violentos deben reconocer no solo la dimensión material de la infraestructura, sino también las representaciones sociales que las mujeres construyen sobre su movilidad. Las universitarias nombran calles, colonias y horarios como inseguros, al mismo tiempo, resignifican ciertas rutas y lugares cuando los recorren en compañía o cuando los convierten en puntos de encuentro. Estos aprendizajes me muestran que la seguridad no se mide únicamente en términos de alumbrado, opciones de transporte o vialidades, también en los sentidos y afectos colectivos que acompañan los trayectos. Ignorar estas representaciones y significados sería reducir la movilidad a un problema técnico, cuando en realidad se trata de un fenómeno cultural y político que organiza la vida cotidiana de las mujeres universitarias.

Otro aprendizaje fundamental que quiero compartir es que las políticas públicas de movilidad no deberían limitarse a diseñar infraestructura o reforzar la vigilancia, sino que tendrían que partir de las prácticas concretas que las mujeres ya desarrollan para construir seguridad, por ejemplo, caminar acompañadas, compartir ubicación, crear redes de cuidado, ajustar horarios de clase o trabajo. Reconocer estas prácticas implica asumir que las universitarias son sujetas activas que producen saberes y estrategias colectivas. Incorporar estas experiencias al diseño de políticas públicas significaría abrir la posibilidad de que el Estado y las instituciones locales colaboren con las colectivas y redes universitarias que, en la práctica, ya están sosteniendo alternativas de cuidado y protección.

En esta línea, la universidad es un espacio central en estos aprendizajes. Además de su función académica, aparece como un espacio simbólico y material donde las estudiantes comparten, se cuidan, se encuentran y se organizan. Reconocer esta dimensión supone que

las universidades asuman un papel activo en la construcción de entornos seguros, no solo dentro de sus instalaciones, sino también en los trayectos cotidianos hacia ellas. Políticas de acompañamiento, horarios flexibles, protocolos de seguridad con perspectiva de género y el apoyo a iniciativas estudiantiles son medidas que emergen como necesarias y, sobre todo, URGENTES.

En conclusión, los aprendizajes y reflexiones que me deja esta investigación apuntan a que las políticas públicas y universitarias deben comprender la movilidad como una experiencia atravesada por significados, afectos y prácticas sociales. Solo de esta manera será posible diseñar intervenciones que no reproduzcan el control patriarcal, sino que amplíen la libertad de las mujeres para habitar y disputar su movilidad.

Referente a los aportes académicos, en contextos narcopatriarcales, las representaciones sociales de miedo, peligro, resistencia y cuidado se vuelven estructuras vividas que organizan la movilidad cotidiana y moldean subjetividades colectivas. En los relatos de las universitarias, estas representaciones atraviesan los cuerpos y las emociones, delimitan trayectorias y, al mismo tiempo, abren posibilidades para resignificar los espacios. Hacer notable este entramado constituye un aporte necesario a los estudios sobre violencia y movilidad, que con frecuencia han separado la violencia criminal de la violencia patriarcal o no han explorado de esta manera las experiencias de las mujeres.

Otro punto importante para concluir, es el valor de la psicología social para comprender estas experiencias. Siguiendo a Miquel Domènech y Tomás Ibáñez (1998), es importante comprender la violencia desde una perspectiva psicosocial que analiza el pensamiento cotidiano, los discursos y las vivencias situadas en contextos sociohistóricos específicos. Esta investigación dialoga con esa mirada al mostrar que el espacio urbano, los trayectos y los afectos que los acompañan son producciones sociales atravesadas por significados compartidos. Situar el análisis en un territorio marcado por la violencia narcopatriarcal me permitió reconocer cómo el miedo y el cuidado funcionan como lenguajes colectivos que ordenan las prácticas, sostienen memorias urbanas y producen modos de estar en el mundo. Una psicología social situada (Aguilar & Reid, 2007), desde un posicionamiento feminista, no significa limitarse a describir los fenómenos sociales, sino comprometerse con denunciar y con transformar los marcos de violencia que atraviesan la vida de las mujeres universitarias.

También aprendí que cada trayecto cotidiano en Culiacán es mucho más que un traslado de un punto a otro (Urry, 2011). Desde caminar rápido, compartir la ubicación, marchar por las calles del centro o encontrarse en los espacios universitarios son actos que condensan vulnerabilidad y resistencia al mismo tiempo. Son prácticas que devienen testimonios, memorias y formas de denuncia. Mi aporte consiste en explorar que moverse en Culiacán no es una acción neutra ni un mero hábito urbano, sino una práctica política situada, en la que las mujeres universitarias disputan su derecho a la ciudad frente al orden narcopatriarcal.

Por último, mi intención es abonar a un campo de discusión necesario para la psicología social y para las ciencias sociales en general: pensar la movilidad urbana de las mujeres en contextos donde la violencia patriarcal y la criminal se entrelazan de manera inseparable. Este estudio es, al mismo tiempo, un reto, un ejercicio de memoria y denuncia, y una invitación a construir saberes colectivos que reconozcan el poder político de la movilidad cotidiana y de las mujeres que lo recorren.

Porque en cada trayecto, incluso en los más rutinarios, late la memoria de una ciudad herida y la posibilidad de imaginarla distinta.

Imagen 16. “Otro Culiacán es posible”, “¿Dónde están?”



Nota: Fotografía de José Betanzos Zárate / Cuartoscuro.com. Explanada del Palacio de Gobierno de Sinaloa, durante el encendido de más de 5,000 veladoras en memoria de las personas desaparecidas y víctimas de la violencia en el estado. Actividad convocada por el colectivo *Sabueso Guerreras* el 9 de septiembre de 2025, al cumplirse un año del inicio de la “narcoguerra” en Sinaloa.

REFERENCIAS

- Abric, J. C. (1995). *Prácticas y representaciones sociales*. Ediciones Coyoacán.
- Adey, P., Bissell, D., Hannam, K., Merriman, P., & Sheller, M. (2014). *The Handbook of Mobilities [El manual de moviidades]*. Routledge.
- Aguilar, M. Á., & Reid, A. (2007). Una psicología social situada. En M. Á. Aguilar & A. Reid (Eds.), *Tratado de psicología social. Perspectivas socioculturales* (1.^a ed., pp. 5-11). Anthropos.
- Ahmed, S. (2014). *The Cultural Politics of Emotion [Las políticas culturales de la emoción]* (NED-New edition, 2). Edinburgh University Press.
<https://www.jstor.org/stable/10.3366/j.ctt1g09x4q>
- Anwar, N., Viqar, S., & Mustafa, D. (2018). Intersections of gender, mobility and violence in urban Pakistan [Intersecciones del género, movilidad y violencia en Pakistan]. En J. Salahub, M. Gottsbacher, & J. de Boer (Eds.), *Social theoris of urban violence in the Global South. Towards safe and inclusive cities* (pp. 15-31). Routledge.
- Archer, R. J. L. (2019). Sexual assault victimization, fear of sexual assault, and self-protective behaviors: A test of general strain theory [Victimización por agresión sexual, miedo a la agresión sexual y comportamientos de autoprotección: Una prueba de la teoría general de la tensión]. *Victims & Offenders*, 14(4), 387-407.
<https://doi.org/10.1080/15564886.2019.1608882>
- Astorga, L. A. (2005). *El siglo de las drogas: El narcotráfico, del Porfiriato al nuevo milenio*. Plaza y Janés.
- Augé, M. (1992). *Los no lugares. Espacios del anonimato*. Gedisa.
- Barjola, N. (2023). *Microfísica sexista del poder. El caso Alcásser y la construcción del terror sexual* (3.^a ed.). Virus Editorial.
- Bérnard, S. M. (2019). *Autoetnografía. Una metodología cualitativa*. Universidad Autónoma de Aguascalientes.
- Bourdieu, P. (2006). *La dominación masculina* (J. Jordà, Trad.). Editorial Anagrama.
- Bourdieu, P., & Wacquant, L. J. D. (1995). *Respuestas por una antropología reflexiva* (H. Levesque, Trad.). Grijalbo.

- Brownmiller, S. (2005). *Against our will: Men, women and rape* [Contra nuestra voluntad: Hombres, mujeres y violación]. En R. K. Bergen, J. L. Edleson, & C. M. Renzetti, *Violence against women: Classic papers* (pp. 5-8). Pearson Education.
- Buchely, L., Castro, M., Arias, S., & Pinzón, M. (2021). La movilidad urbana de las mujeres en dos ciudades colombianas: Entre el trabajo de cuidado y la violencia sexual. *Revista INVI*, 36(102), 109-126. <https://doi.org/10.4067/S0718-83582021000200109>
- Burgos-Dávila, C. J., & Almonacid, J. (2021). Composición de narcocorridos en tiempo real: Construcción sociomusical de 17 de octubre, el culiacanazo. *Encartes*, 4(8), 10-37.
- Burgos-Dávila, C. J., & Moreno-Candil, D. (2024). Estudio psicosocial del narcotráfico y la violencia. Reflexiones metodológicas desde la investigación sensible. *Revista SOMEPSO*, 9(2), 147-171.
- Burgos-Dávila, C. J., Moreno-Candil, D., & Almonacid, J. (2023). Sentidos y experiencias juveniles sobre violencia y narcotráfico en Sinaloa. Estudio de caso del culiacanazo. *Athenea Digital. Revista de Pensamiento e Investigación Social*, 23(1), 1-21. <https://doi.org/10.5565/rev/athenea.3233>
- Burgos-Dávila, C., Silva, C. E., Troncoso, S. M., & Franco, B. (2025). Lo cotidiano en el transporte público de Culiacán: Hacia una movilidad urbana sostenible y segura. *URBS. Revista de Estudios Urbanos y Ciencias Sociales*, 3(2), 123-139.
- Büscher, M., Urry, J., & Witchger, K. (2011). *Mobile methods [Métodos móviles]*. Routledge.
- Cabruja-Ubach, T. (2008). ¿Quién teme a la psicología feminista? Reflexiones sobre las construcciones discursivas de profesores, estudiantes y profesionales de psicología para que cuando el género entre en el aula, el feminismo no salga por la ventana. *Pro-Psicoes*, 19(2), 25-46.
- Calonge, F. (2019). *Hacia la periferia: Las movilizaciones de las clases populares*. Universidad de Guadalajara.
- Cano, J. E. (2024). Argentina. En *Mareas feministas en las universidades latinoamericanas. Hilando desde la experiencia: Autoetnografías de revuelta feminista en las universidades latinoamericanas* (pp. 15-18). CLACSO. Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.

- Carrillo, M. V., Jiménez, M., & Sánchez, M. (2013). *Medios de comunicación y culto al cuerpo*. Pearson Educación.
- Castro-Angulo, S. (2022). *Influencia del sexismo ambivalente y los mitos sobre la violación en el miedo a delitos sexuales en mujeres jóvenes universitarias [Tesis licenciatura]*. Universidad Autónoma de Sinaloa.
- Castro-Angulo, S., Burgos-Dávila, C. J., & Reyes-Sosa, H. (en prensa). Miedo a la violencia sexual en mujeres universitarias de Culiacán, Sinaloa: Una mirada desde la psicología social feminista. *Revista GénEroos*.
- Cordero, Á. (2024). México: La guerra entre las dos principales facciones del Cártel de Sinaloa asfixia a Culiacán. *France 24*.
<https://www.france24.com/es/am%C3%A9rica-latina/20240914-m%C3%A9xico-la-guerra-entre-las-dos-principales-facciones-del-cartel-de-sinaloa-asfixia-a-culiac%C3%A1n>
- Crenshaw, K. (1989). Demarginalizing the Intersection of Race and Sex: A Black Feminist Critique of Antidiscrimination Doctrine, Feminist Theory and Antiracist Politics [Desmarginación de la intersección de raza y sexo: Una crítica feminista negra de la doctrina antidiscriminatoria, la teoría feminista y la política antirracista]. *University of Chicago Legal Forum*, 139-167.
- Cresswell, T., & Uteng, T. (2008). *Gender mobilities*. Routledge.
- Cuerdo-Vilches, T. (2017). *User participation in energy management of buildings: Application of Photovoice method in workplaces [Participación de las personas usuarias en la gestión energética de los edificios: Aplicación del método Photovoice en espacios de trabajo]*. University of Sevilla.
- De Alba, M. (2010). La imagen como método en la construcción de significados sociales. *Revista de Ciencias Sociales y Humanidades*, 69, 41-65.
- De Alba, M. (2019). Estudios de representaciones socio-territoriales en México. En G. E. García, M. De Alba, J. Mendoza, & J. O. Nateras (Eds.), *Estudios de psicología social en México* (pp. 129-162). Ediciones del lirio.
- Doise, W., Clémence, A., & Lorenzi-Coildi, F. (1992). *Représentations sociales et analyses de données [Representaciones sociales y análisis de datos]*. Instituto Mora.

- Domènech, M., & Ibáñez, T. (1998). La psicología social como crítica: Percepción intelectual del tema. *Revista anthropol: Huellas del conocimiento*, 177, 12-21.
- Ellis, C., Adams, T. E., & Bochner, A. P. (2019). Autoetnografía: Un panorama. En S. M. Bérnard, *Autoetnografía. Una metodología cualitativa*. Universidad Autónoma de Aguascalientes.
- Falú, A. M. (2014). El derecho de las mujeres a la ciudad. Espacios públicos sin discriminación y violencias. *Revista Vivienda y Ciudad*, 1, 10-28.
- Fueyo, A., & Andrés, S. (2017). Educación mediática: Un enfoque feminista para deconstruir la violencia simbólica de los medios. *Revista Fuentes*, 19(2), 81-93.
- Gago, V. (2019). *La potencia feminista o el deseo de cambiarlo todo*. Tinta Limón.
- Galtung, J. (2016). La violencia: Cultural, estructural y directa. En *Cuadernos de Estrategia* (pp. 147-168).
- Godínez, J. A., De la Cruz, E., Martínez, S. N., Guerra, M. A., Granada, I., & Glen, C. (2020). Patrones de movilidad de las mujeres en el corredor intermodal del área metropolitana de Guadalajara. *IDB Publications*. <http://dx.doi.org/10.18235/0002664>
- Gollaz, A. (2024). *Feminist Cartographies: Women's daily urban mobilities to work by public transportation in Guadalajara, Mexico [Cartografías feministas: Movilidad urbana de las mujeres hacia el trabajo en transportación pública en Guadalajara, Mexico] [Tesis doctoral]*. Erasmus University Rotterdam.
- Gutiérrez, S. (2020). El componente afectivo de las representaciones sociales. *Revista Cultura y Representaciones Sociales*, 15(29), 123-151.
- Hanson, S. (2010). Gender and mobility: New approaches for informing sustainability [Género y movilidad: Nuevas aproximaciones para informar la sustentabilidad]. *Gender, Place & Culture: A Journal of Feminist Geography*, 17(1), 5-23.
- Haraway, D. (1995). *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza*. Cátedra.
- Harding, S. (1996). *Ciencia y feminismo*. Ediciones Morata.
- Hernández-González, E., & Carbone, S. (2022). Equidad e inequidad en la práctica del espacio público nocturno con un enfoque de género. El ejemplo de una colonia popular de la Ciudad de México (CDMX). *Revista CRONÍA*, 78-89.
- Hernández-González, E., & Guérin, F. (2016). La experiencia de la caminata urbana durante la noche. *Alteridades*, 26(52), 35-50.

- Hirsch, P., & Levin, D. (1999). Umbrella advocates versus validity police: A life-cycle model [Los defensores del paraguas versus la policía de la validez: Un modelo de ciclo de vida]. *Organization Science*, 10(2), 199-212.
- Huffschnid, A. (2012). Los riesgos de la memoria. Lugares y conflictos de memoria en el espacio público. En A. Huffschnid & V. Durán (Eds.), *Topografías conflictivas: Memorias, espacios y ciudades en disputa* (pp. 369-388). La Nueva Trilce.
- Ibarra, M. V., & Escamilla-Herrera, I. (2016). La geografía feminista, de género y de la sexualidad en México, un saber en crecimiento. En M. V. Ibarra & I. Escamilla-Herrera (Eds.), *Geografías feministas de diversas latitudes. Orígenes, desarrollo y temáticas contemporáneas* (1.^a ed., pp. 209-238). Universidad Nacional Autónoma de México.
- Ilárraz, I. (2006). Movilidad sostenible y equidad de género. *Revista de Servicios Sociales*, 40, 61-66.
- IMPLAN Culiacán. (2025). *Rutas urbanas actuales* [Map]. <https://share.google/8xHL0gThz9qqPVBj7>
- Instituto Nacional de Estadística y Geografía. (2025). *Encuesta Nacional de Seguridad Pública Urbana (ENSU)*. INEGI. <https://www.inegi.org.mx/programas/ensu/>
- Jirón, P. (2007). Implicaciones de género en las experiencias de movilidad urbana en Santiago de Chile. *Revista Venezolana de Estudios de la Mujer*, 12(29), 173-198.
- Jirón, P., & Cortés, S. (2011). Mobile relations, mobile shadows. Understanding contemporary urban daily living through shadowing techniques [Relaciones móviles, sombras móviles: Entendiendo la vida urbana contemporánea a través de la técnica shadowing]. *International Workshop: The everyday life of multi-local families. Concepts, methods and the example of post-separation families*.
- Jirón, P., & Zunino-Singh, D. (2017). Dossier. Movilidad urbana y género: Experiencias latinoamericanas. *Revista Transporte y Territorio*, 16, 1-8.
- Jodelet, D. (1986). La representación social: Fenómenos, concepto y teoría. En S. Moscovici (Ed.), *Psicología Social II* (Vol. 2, pp. 469-494). Paidós.
- Jodelet, D. (1989). *Madness and social representations: Living with the mad in one French Community* [Locura y representaciones sociales: Viviendo con la «“los locos”» en una comunidad francesa]. University of California Press.

- Jodelet, D. (2015). *Représentations sociales et mondes de vie [Representaciones sociales y mundos de vida]*. Editions des archives contemporaine.
- Kern, L. (2020). *Feminist City. Claiming space in a man-made world [Ciudad feminista, Reclamando espacios en un mundo creado por los hombres]*. Verso.
- Kuckartz, U., & Rädiker, S. (2019). *Analyzing qualitative data with MAXQDA [Analizando datos cualitativos con MAXQDA]*. Springer.
- Lagarde, M. (2006). *Feminicidio: Una perspectiva global* (Vol. 7). UNAM.
- Lagarde, M. (2015). *Los cautiverios de las mujeres: Madresposas, monjas, putas, presas y locas* (2.^a ed.). Siglo Veintiuno.
- Lagarde, M. (2018). *Género y feminismo. Desarrollo humano y democracia* (1.^a ed.). Siglo Veintiuno.
- Lan, D. (2016). Los estudios de género en la geografía argentina. En M. V. Ibarra & I. Escamilla-Herrera (Eds.), *Geografías feministas de diversas latitudes. Orígenes, desarrollo y temáticas contemporáneas* (1.^a ed., pp. 55-70). Universidad Nacional Autónoma de México.
- Lindón, A. (2020). Experiencias espaciales femeninas en los desplazamientos cotidianos. *Revista Mexicana de Sociología*, 82(1), 37-63.
- Lizárraga, E., & Yazuko, B. (2019). Mujeres y los tres períodos de narcotráfico en Sinaloa, México. *Sociedad Hoy*, 26, 25-44.
- Lofland, L. (1998). *The Public Realm. Exploring the City's quintessential social territory [El espacio público. Explorando el territorio social por excelencia de la ciudad]*. Aldine de Gruyter.
- Longhurst, R. (2003). *Bodies. Exploring fluid boudaries [Cuerpos. Explorando límites fluidos]*. Routledge.
- Márquez, R., & Jaenes, M. (2021). *¿Cerró usted las piernas? Contra la cultura de la violación*. 13 Insurgentes.
- Massey, D. (1994). *Space, place and gender [Espacio, lugar y género]*. University of Minnesota Press.
- McDowell, L. (1983). Towards an understanding of the gender division of urban space [Hacia un entendimiento de la división de género y el espacio urbano]. *Environment and planning D: Society and Space*, 1(1), 59-72.

- McDowell, L. (1999). *Género, identidad y lugar. Un estudio de las geografías feministas*. (P. Linares, Trad.). Ediciones Cátedra.
- Miralles-Guasch, C., Martínez, M., & Oriol, M. (2015). A gender analysis of everyday mobility in urban and rural territories: From challenges to sustainability [Un análisis de género en la movilidad urbana cotidiana y los territorios rurales: Desde los retos hacia la sustentabilidad]. *Gender, Place & Culture: A Journal of Feminist Geography*, 23(3), 398-417.
- Mondaca, A. (2012). *Narcocorridos, ciudad y vida cotidiana: Espacios de expresión de la narcocultura en Culiacán, Sinaloa, México [Tesis de doctorado]*. Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente.
- Mondaca, A. (2024). Relaciones de género y poder: El cuerpo femenino en la narcocultura. En J. M. Valenzuela & J. C. Ayala (Eds.), *Vidas amortajadas. Poderes sicarios, violencias y resistencias sociales* (pp. 357-379). Editorial Tirant lo Blanch.
- Morales, G. (2019). *Accesibilidad y motivos individuales para elegir un modo de transporte. Caso de estudio: Ciudad Universitaria de la Universidad Autónoma de Sinaloa [Tesis de maestría]* [Universidad Autónoma de Sinaloa]. <https://mapasin.org/wp-content/uploads/2023/05/ACCESIBILIDAD-Y-MOTIVOS-INDIVIDUALES-PARA-ELEGIR-UN-MODO-DE-TRANSPORTE-CIUDAD-UNIVERSITARIA-DE-LA-UNIVERSIDAD-AUTONOMA-DE-SINALOA.pdf>
- Moreno-Candil, D., Burgos-Dávila, C. J., & Batiz, J. (2016). Daño social y cultura del narcotráfico en México: Estudio de representaciones sociales en Sinaloa y Michoacán. *Revista de Pensamiento Crítico y Estudios Literarios Latinoamericanos*, 14, 249-269.
- Moscovici, S. (1961). *El psicoanálisis, su imagen y su público* (2.^a ed.). Temas Básicos.
- Moscovici, S. (1988a). Introducción: El campo de la psicología social. En S. Moscovici, *Psicología social, I. Influencia y campo de actitudes. Individuos y grupos* (pp. 17-37). Paidós.
- Moscovici, S. (1988b). Notes towards a description of social representations [Notas hacia la descripción de las representaciones sociales]. *European Journal of Social Psychology*, 18(3), 211-250. <https://doi.org/10.1002/ejsp.2420180303>

- Motte-Baumvol, B., Bonin, O., Nassi, C., & Belton-Chevallier, L. (2016). Barriers and (im) mobility in Rio de Janeiro [Barreras e (in) movilidad en Río de Janeiro]. *Urban Studies*, 53(14), 2956-2972.
- Muxí, Z. (2004). *La arquitectura de la ciudad global*. Gustavo Gili.
- Nelson, L. (2016). La geografía feminista anglosajona: Reflexiones hacia una geografía global. En M. V. Ibarra & I. Escamilla-Herrera (Eds.), *Geografías feministas de diversas latitudes. Orígenes, desarrollo y temáticas contemporáneas* (1.^a ed., pp. 21-54). Universidad Nacional Autónoma de México.
- Nordahl, S. (2025). En solo ocho meses, Sinaloa supera la cifra de feminicidios registrada en todo 2024. *Revista Espejo*. https://revistaespejo.com/2025/06/02/feminicidios-narcoguerra-sinaloa/?fbclid=IwY2xjawMTK4hleHRuA2FlbQIxMABicmlkETFISjVMdXFCck1ZN3BmRlBpAR6wfURndCDx63CMBbdR6f8uDz8-5cXntmQUhOxHqNSlsb81QtNs-a2FtskOvg_aem_tciI8DYhb6Gn5FN3Hmqhw
- Núñez-González, M. A. (2017). Masculinidades en la narcocultura: El machismo, los buchones y los mangueras. *Revista Conjeturas Sociológicas*, 109-126.
- Núñez-González, M. A., & Núñez-Noriega, G. (2019). Masculinidades en la narcocultura de México: “Los viejones” y el honor. *Región y sociedad*, 31. http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_abstract&pid=S1870-39252019000100117&lng=es&nrm=iso&tlng=es
- Núñez-Noriega, G., & Espinoza, C. E. (2017). El narcotráfico como dispositivo de poder sexo-genérico: Crimen organizado, masculinidad y teoría queer. *Revista Interdisciplinaria de estudios de género de El Colegio de México*, 3(5), 90-128.
- Olesen, V. (2012). Investigación cualitativa feminista de principios del milenio. En N. K. Denzin & Y. S. Lincoln (Eds.), *Manual de investigación cualitativa. Paradigmas y perspectivas en disputa* (Vol. 2, pp. 405-440). Gedisa.
- Ovalle, L. P., & Giacomello, C. (2006). La mujer en el «“narcomundo”». Construcciones tradicionales y alternativas del sujeto femenino. *Revista de Estudios de Género. La Ventana*, 24, 297-318.
- Padilla, I. (2017). *Geografía de la violencia en Culiacán*. Universidad Autónoma de Sinaloa.

- Padilla, I. (2024a). La fractura del orden: Capturas y asesinatos en Sinaloa [Nexos]. *Blog de la Redacción*. <https://redaccion.nexos.com.mx/la-fractura-del-orden-capturas-y-asesinatos-en-sinaloa/>
- Padilla, I. (2024b). Reflexiones de una sinaloense en Querétaro: Lo que Culiacán nos enseña sobre la violencia urbana. *El Universal Querétaro*. <https://www.eluniversalqueretaro.mx/opinion/iliana-padilla/reflexiones-de-una-sinaloense-en-queretaro-lo-que-culiacan-nos-ensena-sobre-la-violencia-urbana/>
- Pain, R. (1991). Space, sexual violence and social control: Integrating geographical and feminist analyses of women's fear of crime [Espacio, violencia sexual y control social: integrando el análisis geográfico y feminista del miedo al delito en mujeres]. *Progress in Human Geography*, 15(4), 415-431. <https://doi.org/10.1177/030913259101500403>
- Parra, M. F. (2021). *Ciudad, transporte y género: La movilidad urbana en el desarrollo sostenible de Villavicencio [Tesis doctoral]*. Universidad De Los Andes.
- Parrini, R. (2016). Falotopías: Masculinidades erectas y violencia social en México. UNAM. AnexOS.
- Payo-De-La-Cueva, B., Cuerdo-Vilches, T., & Navas-Martín, M. (2025). Arquitectura hostil y privación del espacio público juvenil en Madrid: Estudio cualitativo con Photovoice. *Revista de Arquitectura*, 27(1), 129-142. <https://doi.org/10.14718/rEVaRQ.2025.27.5871>
- Polit, G. (2014). De cómo leer el narcotráfico y otras advertencias. *Apuntes de investigación del CECYP*, 24, 177-185.
- Rambo, C. (2019). Múltiples reflexiones sobre el abuso sexual infantil: Un argumento para una narración en capas. En S. Bérnard (Ed.), *Autoetnografía. Una metodología cualitativa* (pp. 123-154). Universidad Autónoma de Aguascalientes.
- Ramírez, E. (2024). *Expresiones de la segregación urbana en mujeres adolescentes: Habitar entre muros, y la violencia en colonias de Naucalpan de Juárez, Estado de México [Tesis de licenciatura]* [Universidad Nacional Autónoma de México]. <https://hdl.handle.net/20.500.14330/TES01000852652>
- Ramírez, X. (2025). Colectivo Sabuesos Guerreras realiza pega masiva de rostros de desaparecidos en Costa Rica, Culiacán. *Línea Directa*.

- https://lineadirectaportal.com/sinaloa/colectivo-sabuesos-guerreras-realiza-pega-masiva-de-rostros-de-desaparecidos-en-costa-rica-culiacan-2025-08-25__1462789
- Rendón-Huerta, E. G. (2021). La ciudad desde las mujeres: Análisis de los obstáculos de movilidad para las mujeres en la Zona Metropolitana de Monterrey. *Revista Estudios*, 43, 173-197. <https://doi.org/10.15517/re.v0i43.49324>
- Restrepo, E. (2016). *Etnografía: Alcances, técnicas y éticas*. Envió Editores.
- Rich, A. (2019). *Ensayos esenciales. Cultura, política y el arte de la poesía* (M. Bofill, Trad.). Capitán Swing.
- Rose, G. (2002). Feminism and geography: The limits of geographical knowledge [Feminismo y geografía: Los límites del conocimiento geográfico]. En M. Dear & S. Flusty (Eds.), *The spaces of postmodernity. Readings in Human Geography* (pp. 314-324). Oxford.
- Saergert, S. (1981). Masculine Cities and Feminine Suburbs: Polarized ideas, contradictory realities [Ciudades masculinas y suburbios femeninos: Ideas polarizadas, realidades contradictorias]. En C. Stimpson, E. Dixler, M. Nelson, & K. Yatrakis (Eds.), *Women and the American City* (pp. 93-108). The University of Chicago.
- Saldaña, J. (2013). *The coding manual for qualitative researchers [El manual de codificación para investigadores cualitativos]* (2.^a ed.). SAGE.
- Salgueiro, M. (2018). *Experta expone geografía del feminicidio*. Universidad de Guanajuato. <https://www.ugto.mx/noticias/noticias/13703-expone-experta-geografia-del-feminicidio>
- Sánchez de Madariaga, I. (2013). The mobility of care: Introducing new concepts in urban transportation [Movilidad de cuidado: Introduciendo nuevos conceptos en el transporte urbano]. En *Fair shared cities: The impact of gender planning in Europe*. Routledge.
- Segato, R. L. (2010). *Las estructuras elementales de la violencia: Ensayos sobre género entre la antropología, el psicoanálisis y los derechos humanos*. Prometeo Libros.
- Segato, R. L. (2016). *La guerra contra las mujeres* (1.^a ed.). Traficantes de Sueños.
- Segato, R. L. (2018). *Contra-pedagogías de la crueldad*. Prometeo Libros.

- Sheller, M., & Urry, J. (2006). The new mobilities paradigm [Un nuevo paradigma de la movilidad]. *Environment and Planning A*, 38(2), 207-226. <https://doi.org/10.1068/a37268>
- Silva, A. (2001). Imaginarios: Estética urbana. En A. Vergara (Ed.), *Imaginarios, horizontes plurales* (pp. 107-129). Conaculta.
- Simón, P. (2022). *Miedo. Viaje por un mundo que se resiste a ser gobernado por el odio*. Debate.
- Soto, P. (2012). El miedo de las mujeres a la violencia en la Ciudad de México. Una cuestión de justicia espacial. *Revista INVI*, 27(75), 145-169.
- Soto, P. (2013). Repensar las prácticas espaciales: Ruptura y continuidades en la experiencia cotidiana de mujeres urbanas de la Ciudad de México. *Revista Latinoamericana de Geografía y Género*, 4(2), 2-12.
- Soto, P. (2014). Patriarcado y orden urbano. Nuevas y viejas formas de dominación de género en la ciudad. *Revista Venezolana de Estudios de la Mujer*, 19(42), 199-214.
- Soto, P. (2016). Repensar el habitat urbano desde una perspectiva de género. Debates, agendas y desafíos. *Andamios*, 13(32), 37-53.
- Soto, P. (2017). Diferencias de género en la movilidad urbana. Las experiencias de viaje de mujeres en la Ciudad de México. *Revista Transporte y Territorio*, 16, 127-146.
- Soto, P. (2019). *Análisis de la movilidad, accesibilidad y seguridad de las mujeres en tres Centros de Transferencia Modal (CETRAM) de la Ciudad de México* (A. Crotte & L. Montes, Eds.). Banco Interamericano de Desarrollo.
- Soto, P. (2023). Movilidades invisibles: Patrones de movilidad cotidiana de mujeres en contextos de nueva ruralidad de municipios del estado de Hidalgo. *Banco Interamericano de Desarrollo*. <http://dx.doi.org/10.18235/0004970>
- Soto, P., & Castro, C. (2017). La violencia de género en los espacios públicos. Un análisis del Metro de la Ciudad de México. En J. Martínez, *La Erosión del espacio público en la ciudad neoliberal* (pp. 201-227). Universidad Nacional Autónoma de México.
- Taylor, S., & Bogdan, R. (1987). *Introducción a los métodos cualitativos de investigación* (Vol. 1). Paidós.
- Umaña, L. (2018). Representar lo social desde la sociología urbana: La metodología de las representaciones sociales en el estudio de los fenómenos urbanos. En F. Castañeda &

- P. González, *Reflexiones multidisciplinarias sobre metodologías actuales en las ciencias sociales* (pp. 61-71). Universidad Nacional Autónoma de México. https://www.researchgate.net/publication/349474864_Representar_lo_social_desde_la_sociologia_urbana_la_metodologia_de_las_representaciones_sociales_en_el_estudio_de_los_fenomenos_urbano_en_Reflexiones_multidisciplinarias_sobre_metodologias_actuales_en
- Urry, J. (2011). *Mobilities*. Polity Press.
- Valdés, G. (2013). *Historia del narcotráfico en México*. Aguilar.
- Valverde, É. (2024). Acoso sexual en espacios públicos y servicios de transporte: Impactos en la vida de las mujeres. En A. S. Solano, S. Rodríguez, & M. Hernández (Eds.), *Violencias de género: Primera escuela de todas las otras formas de violencia en Centroamérica* (pp. 281-305). Universidad Nacional de Costa Rica.
- Valverde, M. (2012). *Everyday Law on the Street: City Governance in an Age of Diversity* [*La ley cotidiana en la calle: Gobernanza urbana en una era de diversidad*]. University of Chicago Press.
- Vasilachis, I. (2006). La investigación cualitativa. En *Estrategias de investigación cualitativa* (pp. 23-60). Editorial Gedisa.
- Velázquez-Huerta, S. (2021). *¡Quiero ser libre, no valiente carajo!: Representaciones sociales de acoso sexual callejero y su denuncia por mujeres y actores sociales de Nezahualcoyotl* [Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Iztapalapa]. <https://orcid.org/0000-0002-9680-5465>
- Vidó, L. E. (2022). Cuerpo, emociones y ciudad: Un acercamiento desde la movilidad urbana de las mujeres en la ciudad de Guanajuato, Guanajuato. *Revista Alter. Enfoques Críticos*, 26, 75-94.
- Villaman, D., Beltrán, V., & Figueroa, A. (2025). Mapa: Huellas de la narcoguerra en Sinaloa. *Revista Espejo*. <https://revistaespejo.com/2025/07/25/mapa-huellas-de-la-narcoguerra-en-sinaloa/>
- Vizcarra, M. (2024). A tres meses de la «guerra» en Sinaloa: 613 asesinatos y 626 desapariciones. *Revista Espejo*. <https://revistaespejo.com/2024/12/09/a-3-meses-de-la-guerra-en-sinaloa-613-asesinatos-y-626-desapariciones/>
- Walby, S. (1990). *Theorizing Patriarchy* [*Teorizando el patriarcado*]. Basil Blackwell.

- Walker, R. (2010). Violence, the everyday and the question of the ordinary [Violencia, lo cotidiano y la pregunta de lo ordinario]. *Contemporary South Asia*, 18(1), 9-24.
<https://doi.org/10.1080/09584930903561564>
- Zunino-Singh, D. (2018). Ciudades, prácticas y representaciones en movimiento. Notas para un análisis cultural de la movilidad como experiencia urbana. *Tempo Social, Revista de Sociología*, 30(2), 35-54.

ANEXOS

Anexo 1. Guía de entrevistas e instrucciones de photovoice

GUÍA DE ENTREVISTA PARA MUJERES UNIVERSITARIAS EN CULIACÁN, SINALOA

Te agradezco por aceptar participar en esta entrevista. Mi nombre es Sughey Castro y soy estudiante de la Maestría en Psicología Social de la Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Iztapalapa (UAM-Iztapalapa). Actualmente me encuentro trabajando en mi tesis sobre las representaciones sociales y prácticas de la movilidad urbana de mujeres universitarias en Culiacán, Sinaloa. El objetivo de conversar hoy contigo es conocer tu experiencia, tus prácticas y cómo vives tu movilidad cotidiana en la ciudad. Te comento que tu colaboración es voluntaria, confidencial y anónima, siéntete con la libertad de expresarte y compartir la información que consideres oportuna. Si en algún momento de nuestra entrevista deseas retirarte, tomar un momento, no responder a alguna pregunta o evitar hablar de algún tema específico, me lo puedes comentar sin problema alguno, es importante que te encuentres cómoda durante esta conversación. De igual manera, te comento que la información que compartas aquí será utilizada exclusivamente con fines académicos. Para el registro y escritura de mi tesis, puedes aparecer con un seudónimo si es de tu preferencia. Asimismo, antes de iniciar, quisiera preguntarte si me das tu consentimiento para grabar el audio de nuestro encuentro, el cual puedo compartírtelo junto con la transcripción si es de tu interés.

Entrevista inicial

1. Datos generales			
Tema	Objetivo	Puntos por abordar	Preguntas guía
Datos personales	Obtener información sociodemográfica de las entre	<i>Datos de identificación</i>	Edad, colonia y municipio donde vive, estado civil, facultad y semestre en el que se encuentra. ¿Puedes contarme un poco sobre ti? ¿En qué universidad estudias y qué carrera? ¿Trabajas o realizas alguna otra actividad?

2. Panorama de movilidad: representaciones y prácticas			
Tema	Objetivo	Puntos por abordar	Preguntas guía

Panorama de movilidad: Representaciones y prácticas	Conocer las rutinas y trayectos más frecuentes para construir un panorama general de su movilidad y primer acercamiento a sus representaciones y prácticas.	<i>Espacios frecuentados, rutas, tiempo, transporte</i>	¿Cuál es tu rutina cotidiana? ¿Qué actividades realizas entre semana? ¿A cuáles lugares vas? ¿Por qué motivo? ¿En qué sectores de la ciudad sueles transitar? ¿Cómo te transportas? ¿Qué rutas tomas? ¿En qué horarios vas? ¿Cuánto tiempo te toma tu trayecto? ¿Cuánto sueles gastar? ¿Vas sola o acompañada? ¿Por qué? ¿A qué lugares vas el fin de semana? [Repetir o incorporar las preguntas anteriores para la movilidad en fin de semana] Noche: Preguntar por traslados de noche, ¿cuáles hace, cuáles no? ¿Por qué? ¿Ha cambiado desde la crisis de seguridad en el estado? ¿Que implica para ti moverte por Culiacán? ¿Qué significa para ti trasladarte por Culiacán? ¿Qué dificultad encuentras? ¿Qué es lo que impide que realices X trayecto? ¿Cuáles experiencias positivas y negativas has tenido en tu traslado? ¿Cómo te sientes cuando te mueves por Culiacán? Si tuvieras que describir la experiencia de moverte por Culiacán, ¿cómo sería?
--	---	---	--

3. Mapeo inicial de movilidad

Tema	Objetivo	Puntos por abordar	Preguntas guía
Mapeo de movilidad	Identificar los trayectos más significativos y mapearlos	<i>Ubicación geográfica de su movildiad</i>	Cuentame sobre tus trayecto, cómo sería desde el momento en que sales de casa, hasta que llegas a X. Trazar de forma conjunta los trayectos significativos en Google Maps. De acuerdo con el panorama general de movilidad que se construye. Dar indicaciones iniciales sobre <i>photovoice</i> .

Photovoice

Indicaciones:

- Durante tus traslados en Culiacán, toma fotografías con tu celular de lo que llame tu atención o te parezca significativo en tu experiencia de moverte por la ciudad. Pueden ser lugares, situaciones, personas, eventos o cualquier cosa que consideres

importante, interesante y que exprese la manera en la que vives tus traslados por Culiacán.

- Durante una semana, toma las fotografías y envíalas en ese momento a mi número de WhatsApp con una pequeña descripción de dónde fue tomada y un título que le asignes a la foto.
- Si en ese momento quieres escribirme o mandarme un audio sobre por qué tomaste esa foto o por qué la consideras importante, puedes hacerlo. Si prefieres no decir nada en ese momento, está bien; podemos hablarlo después.
- No importa la hora que sea ni cuántas fotos decidas tomar; no hay un límite en el número de fotografías.
- Al final de la semana, te pediré que elijas cinco fotos que consideres las más importantes o significativas para ti. Yo también elegiré cinco, y en nuestro próximo encuentro hablaremos sobre todas ellas.
- Recuerda que no es necesario que te expongas a situaciones que te incomoden o te pongan en riesgo. Lo importante es que registres lo que te haga sentido.

Entrevista posterior

Después de una semana, planeamos otro encuentro.

4. Mapeo de movilidad			
Tema	Objetivo	Puntos por abordar	Preguntas guía
Mapeado de movilidad	Incorporar las fotografías más significativas en el mapa.	<i>Ubicación geográfica de su movilidad a través de fotografías</i>	Incorporar las imágenes que consideramos importantes en el mapa que elaboramos en la entrevista inicial.

5. Discusión de fotografías			
Tema	Objetivo	Puntos por abordar	Preguntas guía
Fotografías más importantes	Discutir las fotografías que consideren más relevantes	<i>Selección de fotografías</i>	De todas las fotografías que me enviaste, ¿por qué seleccionaste estas? ¿Por qué las tomaste? ¿Qué te hizo detenerte a capturar esta imagen en particular? ¿Qué te hizo sentir? ¿Esta imagen representa una experiencia común para ti o fue algo excepcional? ¿Qué dice esta foto sobre cómo te mueves por la ciudad?

			¿Hay algunas fotografías que te hubiese gustado tomar pero no fue posible? Nota: Rescatar algunas de estas preguntas sobre las cinco fotografías que yo seleccioné, revisar coincidencias.
--	--	--	--

6. Prácticas de movilidad			
Tema	Objetivo	Puntos por abordar	Preguntas guía
Prácticas cotidianas en la movilidad	Identificar las prácticas de movilidad de las mujeres universitarias en Culiacán, atendiendo a los sentidos y significados que construyen en torno a su movilidad cotidiana.	<i>Prácticas</i>	¿Cuáles son las estrategias que utilizas para moverte? ¿Tienes rutas u horarios que evitas? ¿Con el tiempo, han cambiado tus prácticas al moverte por la ciudad? ¿A qué se debe? ¿Qué estrategias realizas en el día? ¿Cuáles en la noche?

7. Movilidad situada (narcopatriarcado)			
Tema	Objetivo	Puntos por abordar	Preguntas guía
Movilidad situada: violencia en la movilidad	Explorar cómo el orden narcopatriarcal se manifiesta en la movilidad urbana de las mujeres universitarias y en las experiencias que viven al moverse por la ciudad.	<i>Patriarcado</i>	¿Qué elementos de la ciudad identificas como inseguros o peligrosos para las mujeres? ¿Qué particularidades crees que tenga moverse por la ciudad en Culiacán para las mujeres? ¿Crees que las mujeres enfrentan dificultades particulares en su movilidad? ¿Cuáles? ¿Cómo influyen las experiencias de violencia o inseguridad en tus decisiones sobre movilidad? ¿Sientes que hay zonas que te excluyen simbólicamente por ser mujer? ¿Cómo lo experimentas?
		<i>Narcotráfico</i>	¿Crees que la presencia del crimen organizado y/o militarización influye en la manera en que las mujeres se mueven por la ciudad? ¿Crees que el contexto del narcotráfico influye en la percepción de ciertos espacios como más inseguros para las mujeres?

			¿Has identificado que ciertos lugares estén vinculados a dinámicas del narcotráfico que te hagan sentir más vulnerable como mujer? ¿Qué ha cambiado en tu movilidad desde el 09 de septiembre? ¿Desde esta crisis de inseguridad?
--	--	--	--

8. Movilidad cautiva

Tema	Objetivo	Puntos por abordar	Preguntas guía
Movilidad cautiva	Indagar en las experiencias de movilidad cautiva, reconociendo los trayectos que no se realizan y los significados que las mujeres universitarias les atribuyen.	<i>Miedo</i>	¿Cómo te sientes al moverte por la ciudad? ¿Has sentido que tu movilidad está restringida por temor a ciertas zonas o situaciones?
		<i>Trayectos que no se realizan</i>	¿Hay lugares o rutas que evitas? ¿Por qué? ¿Cómo te sientes cuando decides no moverte por seguridad? ¿Has cambiado de planes o actividades por no sentirte segura en el trayecto? ¿Has dejado de asistir a actividades académicas, sociales o de esparcimiento debido a dificultades o miedos relacionados con tu movilidad?

9. Movilidad en resistencia, desafiante

Tema	Objetivo	Puntos por abordar	Preguntas guía
Movilidad en resistencia, desafiante	Analizar las formas de movilidad en resistencia o desafiantes, explorando cómo las mujeres universitarias construyen estrategias para moverse en la ciudad y qué significados les otorgan a estas acciones.	<i>Universidad y proyecto de vida</i>	¿Qué te hace transitar la ciudad? ¿Cómo influye tu movilidad en tu vida universitaria y en tu desarrollo académico? ¿Qué significa para ti ser universitaria en un contexto así? ¿Cómo el ser universitaria influye en tus decisiones cotidianas de desplazarte?
		<i>Agencia</i>	¿Cómo imaginas una movilidad que no esté condicionada por el miedo o la violencia narcopatriarcal? ¿Qué cambios crees que serían necesarios para transformar la movilidad de las mujeres en una ciudad como Culiacán, donde el narcotráfico es una presencia constante? ¿Cómo imaginas una ciudad en la que te puedas mover con más seguridad y libertad?

10. Espacio abierto			
Tema	Objetivo	Puntos por abordar	Preguntas guía
Espacio abierto	Concluir o dar cierre a la entrevista expresando libremente cualquier aspecto que consideren relevante.	<i>Cualquier tema o idea adicional que consideremos oportuna</i>	¿Hay algo más que te gustaría compartir sobre tu experiencia al transitar por la ciudad o la movilidad de las mujeres universitarias? ¿Crees que hay algo que no hemos tocado y que consideras importante?



Casa abierta al tiempo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA

ACTA DE EXAMEN DE GRADO

No. 00033

Matrícula: 2233804201

Moverse en un orden
narcopatriarcal:
Representaciones sociales y
prácticas de movilidad en
mujeres universitarias de
Culiacán, Sinaloa.

En la Ciudad de México, se presentaron a las 11:00 horas
del día 2 del mes de diciembre del año 2025 en la Unidad
Iztapalapa de la Universidad Autónoma Metropolitana, los
suscritos miembros del jurado:

DRA. PAULA CAROLINA SOTO VILLAGRAN
DRA. EDNA HERNANDEZ GONZALEZ
DRA. LILIAN PAOLA OVALLE MARROQUIN
DRA. MARTHA LILIA DE ALBA GONZALEZ



Sughey Castro A.
SUGHEY DANIELA CASTRO ANGULO
ALUMNA

Bajo la Presidencia de la primera y con carácter de
Secretaria la última, se reunieron para proceder al Examen
de Grado cuya denominación aparece al margen, para la
obtención del grado de:

MAESTRA EN PSICOLOGÍA SOCIAL

DE: SUGHEY DANIELA CASTRO ANGULO

y de acuerdo con el artículo 78 fracción III del
Reglamento de Estudios Superiores de la Universidad
Autónoma Metropolitana, los miembros del jurado
resolvieron:

APROBAR

Acto continuo, la presidenta del jurado comunicó a la
interesada el resultado de la evaluación y, en caso
aprobatorio, le fue tomada la protesta.

REVISÓ

[Signature]
MTIRA. ROSALIA SERRANO DE LA PAZ
DIRECTORA DE SISTEMAS ESCOLARES

DIRECTORA DE LA DIVISIÓN DE CSH

[Signature]
DRA. SONIA PEREZ TOLEDO

PRESIDENTA

[Signature]
DRA. PAULA CAROLINA SOTO VILLAGRAN

VOCAL

[Signature]
DRA. EDNA HERNANDEZ GONZALEZ

VOCAL

[Signature]
DRA. LILIAN PAOLA OVALLE MARROQUIN

SECRETARIA

[Signature]
DRA. MARTHA LILIA DE ALBA GONZALEZ